

se

PENELOPE FITZGERALD

La puerta de los ángeles

Traducción de Jon Bilbao



Lectulandia

Fred Fairly, un brillante joven, tiene ante sí un prometedor futuro como profesor de Ciencias en Cambridge, siempre y cuando respete una de las normas ancestrales del *college* al que pertenece. El St. Angelicus, como el Monte Athos, se caracteriza por no haber permitido que ninguna mujer traspase sus muros desde hace más de quinientos años. Por tanto, el matrimonio es algo impensable.

Pero parece que Fred, miembro de la peculiar Sociedad de los Desobedientes, comienza a revelarse contra la rigidez del mundo que le rodea: empieza por confesar a su padre que ha perdido la fe y, tras un aparatoso accidente de bicicleta, acaba por enamorarse de una misteriosa joven con un dudoso pasado. Y es que en cualquier lugar, hasta en el riguroso St. Angelicus, existe una puerta oculta...

Lectulandia

Penelope Fitzgerald

La puerta de los ángeles

ePub r1.0

Titivillus 31.01.2018

Título original: *The Gate of Angels*
Penelope Fitzgerald, 1991
Traducción: Jon Bilbao
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PREFACIO



PENELOPE FITZGERALD

por Hermione Lee

Cuando en 1979, a los sesenta y tres años de edad, Penelope Fitzgerald recibió inesperadamente el Premio Booker por *Offshore*^[1], les dijo a sus amigos: «Ya sabía que era una *outsider*». Las personas sobre las que escribía en sus novelas y biografías también eran *outsiders*: inadaptados, artistas románticos, optimistas frustrados, amantes incomprendidos, huérfanos y bichos raros. Las novelas de Fitzgerald nos demuestran que sentía especial predilección por los personajes inestables que viven al margen. Siempre elegía como protagonistas a la gente vulnerable y a los desfavorecidos: niños, mujeres que trataban de abrirse paso por sí mismas, hombres corteses, confusos, fracasados... En definitiva, dividía el mundo entre los exterminadores y los exterminados. Solía decir: «Me llama especialmente la atención la gente que parece haber nacido ya derrotada, o incluso profundamente perdida». Aunque era una escritora humorística, siempre lograba dejar patente en sus textos su profundo sentido trágico de la vida.

Sus autores favoritos también eran, de uno u otro modo, *outsiders*. Le atraían los escritores infravalorados, idiosincrásicos, con voces singulares, como el novelista J. L. Carr, o Harold Monro, de la Poetry Bookshop, o la notable y trágica poeta Charlotte Mew. La iniciativa de la editorial Virago de recuperar a escritoras olvidadas la entusiasmó, y bajo ese sello editorial apoyó a la novelista decimonónica Margaret Oliphant. Disfrutaba con excéntricas como Stevie Smith. Podemos decir que le gustaban los escritores, y las personas, a quienes el mundo había arrinconado.

Hija de una atípica familia de clase media inglesa, aficionada a la literatura, heredó los principios evangélicos de sus abuelos obispos y los valores de su padre y sus tíos paternos: integridad, austeridad, moderación, genialidad y un sentido del humor lacónico e irónico.

Jamás esperó el éxito, aunque era consciente de su propia valía. Su carrera literaria se desarrolló de forma poco frecuente. Comenzó a publicar a una edad tardía, alrededor de los sesenta, pero en los veinte años posteriores ya habían salido a la luz nueve novelas, tres biografías y numerosos ensayos y reseñas. Cambió cuatro veces de editorial, hasta que encontró su sitio en Collins, y aunque nunca tuvo un agente

que cuidara de sus intereses, sus editores se convirtieron en sus amigos y protectores. Era, en verdad, una *outsider*, cuyo Premio Booker, obtenido con su tercera novela, sorprendió a todo el mundo. Pero esa *outsider* consiguió ser finalista del mismo galardón en varias ocasiones. Hacia el final de su vida había ganado unos cuantos premios más en Gran Bretaña, era un personaje conocido en la escena literaria y, a los ochenta, se hizo famosa con la publicación de *La flor azul*, que ganó, en Estados Unidos, el National Book Critics Circle Award.

No obstante, siempre tuvo fama de discreta. No era una celebridad, sino una novelista con un grupo de seguidores apasionados y exigentes. Escribió novelas breves y delicadas. Divertidas, pero también oscuras. Elocuentes y claras, pero también elusivas e indirectas. Novelas que dejan mucho sin decir. Algunas de ellas se basaban en experiencias propias: cuando trabajó para la BBC durante los bombardeos alemanes, cuando ayudó a sacar adelante una librería en un pueblecito de Suffolk, cuando en los años sesenta vivió en el Támesis en una casa flotante que hacía aguas, cuando enseñó a niños en una escuela de teatro... Y en otras novelas retrocedía en el tiempo o viajaba fuera de Inglaterra a períodos históricos que evocaba con asombrosa autenticidad. Pero, en todas ellas, como sucede en sus últimas cuatro grandes novelas, creó mundos completos con una impresionante sobriedad. Sus libros habitan un lugar reducido que, mágicamente, se extiende más allá de sus límites.

Cabía la posibilidad de que tras su muerte, a los ochenta y tres años, en 2000, su extraordinaria voz quedara silenciada por el olvido. Pero, gracias a sus albaceas y a sus admiradores, eso no ha sucedido. A la publicación póstuma de sus relatos, ensayos y correspondencia, se suma ahora la de una biografía (*Penelope Fitzgerald: A Life*, Hermione Lee, Chatto & Windus, 2013) y una celebrada reedición del resto de su obra. El hecho de que magníficos escritores hayan firmado presentaciones para estas nuevas ediciones de sus libros demuestra lo distinguido de sus seguidores. Confío en que muchos otros lectores descubran y se enamoren de la obra de una de las novelistas inglesas más fascinantes del siglo xx.

HERMIONE LEE

Primera parte

TRES MENSAJES PARA FRED

¿Cómo podía el viento soplar con tanta fuerza, estando tan lejos de la costa? ¿Tanto como para que los ciclistas que volvían a la ciudad al final de la tarde parecieran marineros en apuros? Sucedió a las afueras de Cambridge, en Mill Road, pasados el cementerio y el asilo para indigentes. En el descampado que quedaba a la izquierda, el viento había azotado los sauces hasta arrancarlos de raíz, y las ramas habían ido a caer sobre la hierba anegada, agitándose convulsas y desparramando estelas de hojas sobre toda la superficie visible. Las vacas habían enloquecido, a fuerza de abalanzarse sobre las hojas plateadas y empapadas que, de pronto, llevando la contraria a su experiencia, se encontraban a su alcance, por todas partes. Sus cuernos se hallaban festoneados con ramas de sauce. Incapaces de ver bien, tropezaban y caían. Dos o tres de ellas se revolcaban de espaldas, como estúpidas, exhibiendo aquellos vientres amplios y pálidos que la naturaleza había destinado a permanecer siempre ocultos. No dejaban de rumiar. Copas de árboles en el suelo, patas de animales en el aire... Un panorama desolador en una ciudad universitaria consagrada a la lógica y la razón.

Fairly pedaleaba tan rápido como podía. No le gustaba que otros ciclistas lo adelantaran. A nadie le gusta que lo adelanten otros ciclistas. Lo difícil del clima — algunos acababan derribados por el viento— convertía Mill Road en una exhibición continua de orgullos heridos y vanidades.

Corría el año 1912, así que la bicicleta de Fairly, una Royal Sunbeam, debía de tener unos trece años. Llevaba unos neumáticos Palmer que dejaban una huella de líneas finas como alambres sobre la carretera mojada, libre de hierba. Se sintió mucho mejor cuando adelantó a un hombre al que creía haber reconocido de espaldas, y al que resultó reconocer de verdad cuando pasó junto a él. Se trataba de un profesor de Fisiología de los Sentidos:

—¡No pueden levantarse! —gritaba—. ¡Pobres bestias, pobres bestias irracionales!

Era como estar en mitad de una tempestad en alta mar. Por turnos, uno tras otro, fueron efectuando sucesivos y bruscos virajes para que no cayera sobre ellos un sombrero aplastado y deformado que el viento llevaba en volandas, lanzándolo en

cualquier dirección de manera imprevisible. Uno de los miembros de un grupo que acababa de adelantar a Fairly se quedó atrás para pedalear a su lado.

—¡Skippey!

No oyó lo que Skippey le decía, así que disminuyó la velocidad y, a continuación, aceleró de nuevo para situarse al otro lado, a sotavento.

—¿Cómo dices?

—El pensamiento reside en la sangre^[2] —contestó Skippey.

El hombre al que había reconocido antes los alcanzó. Pedalearon los tres en paralelo.

Sus palabras se perdían en el viento.

—Estaba equivocado. Son las ovejas las que no pueden levantarse, ¡las ovejas!

—¡Qué alivio! —respondió Fairly alzando la voz.

Había parado de llover, pero seguían desprendiéndose gotas, duras como puñados de grava, de los árboles.

Al llegar a Christ's Pieces, Fairly giró a la derecha, enfrentándose al viento, y echó pie a tierra en su *college*, el St. Angelicus.

Los Ángeles, pues así se le llamaba habitualmente, era, y sigue siéndolo, un *college* muy pequeño. Los chistes sobre lo difícil que resultaba dar con él y sobre los problemas de sus adjuntos para encontrar un hueco en el que instalarse habían circulado sin cesar durante los últimos quinientos años. El siglo xx arrancó con un considerable agravamiento de estas estrecheces —sirva como ejemplo el cobertizo para las bicicletas de los profesores, sitiado contra la cara interna del muro como una choza agrícola—. No obstante, si los agricultores hubieran sido los responsables de la construcción de esa choza, esta se habría situado al abrigo del viento y de la lluvia, mientras que dicho cobertizo estaba expuesto a las inclemencias del tiempo por tres de sus cuatro costados. Y, para colmo, ¡mira quién se le había adelantado! Allí estaba ya el vehículo del preceptor del St. Angelicus, que, haciendo ostentación de su puesto de voluntario en el Cuerpo de Ciclistas de East Anglia, al que pertenecía desde que se alistase en la Segunda Guerra de los Boers, había adaptado su particular medio de transporte con una funda de piel para las banderas de señales, un soporte para el rifle y una cantimplora de repuesto. Ocupaba, además de la plaza que le correspondía, tres octavas partes de la contigua, así que al último en llegar, posición que ocupaba Fairly aquella tarde, no le quedaba más remedio que levantar su propia bici y colgarla de un gran gancho de hierro que el portero había colocado en lo alto del muro a tal efecto.

La lluvia le corría a Fairly en cascadas por la cara y se acumulaba en la punta de su nariz antes de caer. Más que a una choza, el cobertizo se parecía a la capota antirroces del puente de un barco, bajo la cual, como mucho, quizá se pudiera estar un poco más seco que fuera. De una sola zancada, sin embargo, se plantó bajo el Arco del Fundador y de ahí pasó al patio interior, con su gran nogal solitario. Allí, con los firmes muros bloqueándole el paso, apenas se notaba el viento. Con cierta sensación de aturdimiento, como sumido en un sueño, Fairly comenzó a cruzar el

césped en diagonal, rumbo a su habitación en el ala noroeste. Una pequeña porción de oscuridad se desprendió de la penumbra que reinaba bajo los árboles. Era el director del *college*, cuya toga se mecía levemente en la serena atmósfera del patio del St. Angelicus.

El director era ciego. Fairly vaciló. Cabía suponer que, al cabo de trece años en su puesto, se hallaba al tanto de cuanto ocurría en su pequeño *college*, como en efecto sucedía. Seguramente se había detenido bajo el nogal para intentar averiguar si ese año daría muchas nueces. Era un ejemplar viejo, un Cornet du Périgord, de floración tardía.

Sin embargo, el director dijo, casi sin levantar la voz:

—Este césped es solo para los profesores del *college*. ¿Tiene usted derecho a pisarlo?

—Así es, director.

—¿Y a quién me dirijo?

—A Fred Fairly.

—Fairly. ¿No tuvo un accidente hace poco?

—Así es.

—¿Chocó contra algo o se cayó de la bicicleta?

—Ambas cosas, diría yo.

—Confío en que no cometiera la imprudencia de ir al hospital.

—Ya estoy bien, director.

—Por favor, tome mi brazo izquierdo.

Había que hacerlo de un modo concreto, apoyando solo un par de dedos en el antebrazo del ciego. Fue este último, no obstante, quien guio a Fairly, despacio, alrededor del gran nogal. El pequeño paseo circular se repitió un par de veces.

—Está usted empapado, Fairly —dijo con serenidad.

—Sí, director. Lo lamento.

—Dígame, ¿ha llegado a alguna conclusión sobre la más importante de todas las cuestiones?

—¿Se refiere usted a mis creencias religiosas?

—¡No, por Dios!

De un rectángulo de luz que se abrió en una pared surgió la figura del jefe de estudios, que, afectuosamente, acudió a ayudar al director, aunque este no parecía tener ninguna necesidad de ser auxiliado.

—Me gustaría tratar con usted un par de asuntos —dijo el director—. En primer lugar, por algún motivo que desconozco, Fairly está empapado. ¿Dónde se aloja exactamente?

—Creo que en el ala noroeste.

—Por otro lado, me consta que en alguna parte del *college* hay gatos, gatos muy pequeños. Los oigo con total claridad. Como sucede con cualquier clase de mamífero, empiezan emitiendo unos primeros sonidos de enojo, para pasar, poco después, a un

claro maullido de súplica.

—Seguramente provendrán de la cocina —dijo el jefe de estudios—. Hablaré con el encargado.

Como en el Monte Athos, no se le permitía el paso a las instalaciones del *college* a ninguna hembra en edad fértil, fuese de la especie que fuese, aunque a las *estorninas* no se las podía controlar del todo. No había camareras ni limpiadoras, ni jóvenes ni viejas. Aquellas eran normas ancestrales. Fairly prosiguió su trayectoria diagonal. Al pie de los escalones, se quitó la Burberry, la colgó de la antigua pilastra de la escalera y le dio un par de sacudidas para quitarle el agua. A continuación se dirigió al último piso, donde se encontraba su dormitorio. Mientras subía las escaleras se cruzó con Beazley, el criado. Beazley era un hombre más bien bajo, como todos los sirvientes del *college*, cosa que llevaba a sospechar que la estatura era uno de los criterios de selección para entrar a trabajar en el St. Angelicus. Fred mantenía con aquel hombre un acuerdo tácito, al que habían llegado cinco años atrás, cuando le admitieron en el *college*, según el cual el sirviente debía abstenerse de preguntarle si tenía que encenderle la chimenea, pues era perfectamente capaz de decidir por sí mismo si hacía falta. Fairly también le había dejado claro que nunca le subiera nada de la cocina y, por encima de todo, que jamás le indicase si eran urgentes los mensajes que le dejaban en la portería.

—Estos son urgentes, señor Fairly —dijo el contumaz Beazley, yendo tras él y entregándole tres sobres; dos de ellos limpios y otro no tanto.

El *college* no disponía de instalación de gas, así que Fred encendió su lámpara de aceite, que arrojó un círculo de luz tan sereno como brillante. El fuego de la chimenea ardía como el de un horno, de manera que la habitación se dividía en áreas de calor insoportable o de frío helador, igualmente insoportable. Allí arriba volvía a oírse el viento, que azotaba los cristales tratando de colarse en la habitación, mientras que las tejas de pizarra del tejado se aferraban las unas a las otras, tratando de evitar la caída. Desde el mismo momento de su inauguración, el *college* jamás había conseguido mantener un nivel de temperatura o de humedad aceptables, pero Fred, que creció en una rectoría, uno de los sitios con más corrientes de aire del planeta, no encontraba razón alguna para quejarse. Colgó las botas, los calcetines, las ligas y el sombrero, como ofrendas al dios Fuego, de la robusta pantalla de bronce que protegía la chimenea. El vapor comenzó a emanar de los húmedos objetos, así como de sus largos pies. Como era demasiado tarde para cenar en el salón, sacó un cuchillo y una hogaza de paz de una alacena y se preparó una tostada. Era consciente de la suerte que había tenido por haber conseguido una plaza en un *college* como el St. Angelicus.

El primer mensaje era del director. Los renglones se desviaban considerablemente hacia abajo a lo largo de la hoja, pero, aun así, la caligrafía era legible.

He de pedirle disculpas por haber dicho, o insinuado, hace solo un momento, en el patio, algo que no era cierto. Le pregunté quién era usted, pero, por supuesto, sabía perfectamente quién era. Reconozco las

voces de todos los profesores del *college*. Reconozco también sus pasos, incluso sobre la hierba —en especial sobre la hierba—. Normalmente cruza usted el patio desde el SSO hacia el NNE, pero esta tarde no siguió su ruta habitual. Debe de haber caminado un trecho por el sendero de grava, y eso me confundió. Mi pregunta, me temo, reflejaba en parte la irritación que me había producido dicha confusión.

Al director le gustaba enviar ese tipo de mensajes «en aras de la verdad», o más bien con el propósito de irse a la cama cada noche con la seguridad de haber subsanado cualquier afirmación falsa que hubiera podido escribir o decir durante el día. Para provenir del director, se trataba de un mensaje breve. Fred había aprendido a convivir con aquellas personas y, para entonces —al igual que le ocurría respecto al frío de su habitación—, le resultaba difícil imaginar otra cosa.

El segundo mensaje era de Skippey. Debía de haberlo dejado en la portería de camino al Jesus, su *college*. Decía:

Querido compañero, me parece que antes, en Mill Road, no lograste escuchar lo que trataba de explicarte. Thorpe ha dejado tirada a la Sociedad de los Desobedientes esta noche. Dice que está enfermo. Él lo llama «gripe», y nosotros lo llamamos «dejarnos tirados». Es una suerte que ya te hayas recuperado del accidente, porque queremos que intervengas en el debate de hoy. Nos gustaría reclutarte para la oposición. El tema es: «El alma no existe, nunca ha existido y no sería deseable que existiera». Charles Reding apoyará la propuesta. La cuestión es que, como ya sabes, es teólogo, y un beato, así que, previsiblemente, dirá que más allá del cuerpo no hay nada de lo que podamos tener certeza, y que el pensamiento reside en la sangre, y esgrimirá todos esos argumentos tan manidos..., y luego tú, Fred, como ateo confeso, tendrás que defender la existencia del alma. Después, vino y pastas. Y, Fred...

Beazley seguía allí.

—¿El director espera respuesta? —preguntó Fred.

—No que yo sepa, señor.

«Soy una decepción para Beazley —pensó Fred—. Mis calcetines echando humo y yo aquí, haciéndome una tostada, aunque mucho mejor, no lo olvidemos, que las que él prepara. ¿Dónde ha quedado la distinción? ¿Dónde la elegancia? Bien es cierto que, tras repasarle de arriba abajo en nuestro primer encuentro, debió de renunciar a toda esperanza de hacer algo de dinero cuidando de mí. Y, sin embargo, aquí sigue. Y me cae bien. ¿No debería darle un poco de conversación?».

—Me parece que no me va a quedar más remedio que salir a dar una charla, Beazley. Sigue lloviendo. Y yo todavía no me he secado. ¿Tengo muy mala pinta?

—Sí, muy mala, señor Fairly.

Tras esta pequeña satisfacción personal, Beazley se marchó, cerrando tras él la puerta de roble de diez centímetros de grosor, que acalló el sonido de sus pasos mientras descendía por la ventosa escalera.

Fred consultó su reloj. Era de plata y había pertenecido a su padre, que se lo dio cuando consiguió la plaza en el *college*, aunque no era un verdadero regalo porque, cuando regresaba por vacaciones, su padre acostumbraba a recuperarlo. De repente, cayó en la cuenta de que no le apetecía nada volver a salir esa noche, de que había una carta que debía —era forzoso— escribir para dejar zanjado de una vez por todas aquel asunto, pero, por otro lado, no podía desatender a la Sociedad de los

Desobedientes. Y es que una vez le había hecho un favor a Skippey, una cuestión de dinero, un pequeño préstamo, y ya se sabe que si ayudas a alguien una vez quedas en deuda con él para siempre. Pero su mente no había entrado en calor a la misma velocidad que su cuerpo, y no se le ocurría nada, coherente ni incoherente, que decir en favor del alma.

El tercer mensaje, el del sobre que no estaba tan limpio, lo habían escrito en un par de páginas arrancadas de un cuaderno. Era de alguien que conocía. Fred no recordaba dónde había conocido a Holcombe, ni sabía de qué, y no albergaba grandes deseos de volver a encontrarse con él; no quería pasar de ese nivel de conocimiento. El mensaje versaba sobre un tema del que ya habían hablado un par de días atrás. A Holcombe se le debía de haber ocurrido algo más que decir, habría ido a la portería, donde le habrían informado de que Fred había salido, y se habría puesto a escribir, pues no soltar de inmediato lo que le pasaba por la cabeza le habría provocado una tremenda indigestión.

... ¡Largas caminatas, Fairly, por nuestro querido Fenland, tratando nada más que cuestiones intelectuales, y luego, al cabo de, digamos, un par de decenas de kilómetros, un alto para tomar un *whisky* y entrar en calor ante alguna acogedora chimenea de Cambridge! En eso consiste la diversión para un hombre. Pero, cuando uno comienza a sopesar la posibilidad del matrimonio, hay que tener presente que ¡una esposa tiene derecho legal a permanecer en la misma casa, e incluso en la misma habitación, que su marido! Desde el punto de vista de las tentaciones de la carne, puede resultar bastante conveniente, ¿pero qué sucede si en lugar de dedicarse a dichos menesteres ella quiere hablar? Aunque, por suerte, tú no te encuentras ante semejante encrucijada. No tienes que tomar ninguna decisión al respecto. A tus veinticinco años, tu camino está ya trazado. Si te quedas en el St. Angelicus, no te puedes casar. Si te vas, tal vez podrías conseguir otra plaza, pero, seguramente, no de profesor adjunto. Creo que, en realidad, no tienes opción. De hecho, deberías cultivar tu capacidad de elección a fin de no perderla del todo. Me refiero a oxidarte, a olvidar resortes que se van deteriorando. Quizá un día descubras que ya no recuerdas cómo tomar una decisión. Y tener en perspectiva alternativas es algo absolutamente necesario para la voluntad y la actividad humanas. No obstante, seamos honestos, hasta donde a mí se me alcanza, no tiene sentido que te molestes en buscar a una chica...

Llegado a ese punto, Holcombe se había quedado sin papel. Fred sabía que la próxima vez que se encontrara con él proseguiría justo donde terminaba el mensaje, como si entre las palabras habladas y las escritas no existiera línea divisoria alguna. De un armarito de roble tallado que se encontraba junto a la chimenea, en el lado opuesto al del cubo del carbón, pero no en el mismo armario que empleaba de panera —el olor a moho que ambos desprendían era diferente—, Fred sacó unas hojas de papel con el membrete del *college*. Agitó la estilográfica para comprobar cuánta tinta le quedaba y escribió: «Querida señorita Saunders».

UNAS BREVES PALABRAS SOBRE EL ST. ANGELICUS

El St. Angelicus se distinguía de los demás *colleges* por dos rasgos peculiares. Uno lo compartía con la Universidad de St. Andrews y se refería a que, puesto que su fundación había sido validada por la bula de un papa, Benedicto XIII, que fue destituido tras años de largas disputas, tanto el St. Angelicus como dicha universidad carecían de entidad legal alguna. Y es que dos años después de haber sido elegido en legítimo cónclave, en 1394, a dicho papa se le informó de que su nombramiento había sido declarado nulo. Sin embargo, ni las leyes terrenales ni las divinas otorgan a nadie en esta tierra el derecho a hacer cosa semejante. Se puede destronar a los reyes, e incluso a los emperadores, pero no a los papas legalmente investidos. Benedicto, además, como buen aragonés, era un hombre particularmente obstinado en una nación ya de por sí caracterizada por las gentes obstinadas. En 1415 se retiró a un castillo en lo alto de una escarpada roca de sesenta y cuatro metros de altura, unida a la costa de Castellón por una lengua de arena que durante los períodos de marea alta quedaba cubierta por el mar. Allí, en los amplios salones de su residencia de Peñíscola, con las paredes cubiertas por los libros y los tapices hechos jirones que había llevado consigo, siguió concediendo audiencias. No se tomó ninguna medida contra él, pues para entonces había cumplido noventa años y se esperaba que muriera pronto. Pero, con su proverbial obstinación, continuó sin morirse, y negándose a aceptar su «destitución». Para acallar los dilemas de conciencia de todo el mundo católico, los reyes de Europa acordaron envenenarlo. Benedicto siempre había vivido con moderación y solo se le conocía una debilidad: su afición por la conserva de membrillo, que elaboraban para él las monjas de un convento que se encontraba en tierra firme. Tras múltiples pesquisas, los conspiradores dieron con un monje benedictino experto en introducir veneno en toda clase de dulces. Después, consiguieron sobornar a un asistente para que hiciera llegar el letal manjar al estudio del papa. Pero cuando dio el primer bocado, el anciano vomitó con tanta violencia que su estómago quedó limpio de todo veneno. El asistente fue arrestado, el benedictino declarado culpable y quemado vivo, y el papa falleció cinco años después, dignamente. Se le enterró en su localidad natal de Illueca. Durante la Guerra de Sucesión española, cuando todo el país fue víctima del pillaje, unos soldados

franceses exhumaron el cuerpo, lo decapitaron y tiraron la cabeza sin preocuparse de adónde fue a parar. Un honesto jornalero la rescató del fondo de una zanja y la preservó como objeto de adoración. El jefe de estudios del St. Angelicus, acompañado por el doctor Matthews, el rector del James's, y un reconocido anticuario, había viajado a Aragón para visitar la reliquia. Como muestra de deferencia, se abrió para ellos el relicario de plata donde esta descansaba, y así fue como tuvieron oportunidad de echar un vistazo al cráneo de Benedicto XIII. Ninguno de los dos pudo dejar de reparar en que el ojo derecho permanecía incorrupto, pendiendo del fondo de la cuenca como una especie de gelatina oscura.

—En mi opinión, su mirada era claramente humana —había dicho el rector—. Desprendía un brillo, como si quisiera transmitir una especie de mensaje. Imagino que, si hubiéramos visto todo el esqueleto, habríamos podido comprobar que en realidad tenía una mano apoyada sobre el corazón.

El capellán del St. Angelicus declaró más tarde que el jefe de estudios había cometido un error al viajar a España con el rector, quien, en su tiempo libre, se dedicaba a escribir cuentos de fantasmas que luego leía en público y que, ante asuntos de huesos y cementerios, se comportaba como una ancianita.

—¡Lo deben de haber pasado fatal! Ya sabe usted que en España acostumbran a poner patatas troceadas en la tortilla. ¡Y, además, tuvieron que ir en mulas!

—Creo que tomaron un tren en Zaragoza —le corrigió alguien.

—¡Un tren español! Peor, mucho peor... —se lamentó el capellán.

La segunda característica peculiar del St. Angelicus era su tamaño. Se trataba del *college* más pequeño de Cambridge, y nunca nadie había mostrado deseos de aumentar las dimensiones de sus dependencias ni de añadir otras nuevas. Fue erigido a comienzos del siglo xv, de acuerdo a un diseño que intentaba alejarse todo lo posible del de un monasterio. Aunque estaba construido a pequeña escala, parecía una fortaleza en miniatura; una fortaleza de juguete, pero un juguete de enorme solidez, con muros de grandes sillares de casi cuatro metros de grosor. No contaba con los habituales claustros, ni con dispensario o enfermería, ni —para ser sinceros— con nada que ofreciera un recibimiento mínimamente acogedor a quienes, desconocidos o no, llegaran de fuera. El director tampoco disponía de unas dependencias privadas, de modo que se hacinaba en uno de los pisos altos junto con el resto de profesores, lo que había llevado a que su cargo se conociera en el *college* como el de «director desubicado». Con el paso del tiempo, se abrieron en el tejado salidas para los conductos de las chimeneas que, a regañadientes, se fueron construyendo en las habitaciones. Además, instalaron un grifo de agua fría en cada piso. En lo que se refiere al acomodo de los profesores, en 1415 ningún *college* tenía dormitorios, y en 1912 el St. Angelicus continuaba sin tener habitaciones que pudieran ser consideradas como tales. Tampoco habían construido ninguna dependencia destinada a tal fin. Tenían que apañárselas como buenamente podían, por lo que, hacia las seis de la tarde, hora de retiro de las aves de corral, las animadas

chácharas comenzaban a extinguirse hasta que el último de los profesores desaparecía, y no volvían a dar señales de vida hasta la mañana siguiente. En el patio no había sitio para sus bicicletas, que se amontonaban en la parte exterior de la gran puerta de acceso. Sobre esta, el escudo de armas, tan desgastado por los elementos que apenas se distinguía del resto del muro, mostraba a dos ángeles dormidos, a la espera del Día del Juicio Final, momento en el que se revelaría el derecho incuestionable de Benedicto XIII, y todas las diligencias llevadas a cabo por la iglesia católica desde 1396 quedarían anuladas y pisoteadas por haberse dictado sin autoridad legítima. El lema de la institución, *Estoy in mis trece*,^[3] no del todo apropiado para un lugar dedicado a la enseñanza, era una de las escasas citas de Benedicto de las que se tenía constancia. Aunque el significado tradicional es el de «No he cambiado de parecer», en este caso se empleaba más bien con el sentido de «¡Qué remedio!».

El *college* aprendió el arte de la vida en un espacio reducido. Bajo él había bodegas, por supuesto, y estas se extendían más allá de las instalaciones superiores del *college*, por debajo de Butts Green. El de 1911 fue un buen año para el vino blanco y el champán, y el St. Angelicus había acumulado considerables reservas de ambos, por lo que actualmente se barajaba la posibilidad de ampliar el terreno excavado y construir una nueva bodega. Pero, en la superficie, solo estaban el director, el personal del *college* y seis adjuntos. Hacía treinta años que el resto de los *colleges* habían permitido a sus profesores casarse y fijar su residencia fuera, pero los estatutos del St. Angelicus lo prohibían terminantemente. La cantidad de problemas que, en consecuencia, se evitaban permitían un gran ahorro de tiempo. También se ahorraba en los puestos de trabajo. La plaza de profesor adjunto que le habían concedido a Fred incluía las labores de ayudante de organista, ayudante de bibliotecario, mayordomo suplente y ayudante del tesorero suplente. Los términos «ayudante», «suplente» y similares no implicaban que hubiera nadie por encima de él, sino que Fred debía realizar cada uno de aquellos trabajos sin recibir remuneración alguna.

CÓMO CONSIGUIÓ FRED EL PUESTO

Fred conoció al profesor Flowerdew en una pequeña fiesta organizada en honor de todos aquellos alumnos de Ciencias que, como él, se habían graduado con las máximas calificaciones. Los habitantes de Cambridge siempre acababan confiando en el buen pronóstico del tiempo y, una vez más, habían corrido riesgos innecesarios organizando un evento con música y aperitivos al aire libre. Por supuesto, la celebración se vio interrumpida por culpa de un chaparrón, y todos los asistentes tuvieron que correr a refugiarse al edificio Cavendish^[4]. El profesor Flowerdew, al que no le gustaban nada aquellas celebraciones —en especial cuando recibían el nombre de «pequeñas fiestas»— y, que por lo tanto, jamás asistía a ellas, estaba en ese mismo instante cerrando la puerta del laboratorio de Física y, con una melancólica inclinación de cabeza, invitó a Fred a seguirlo escaleras arriba, a su despacho. Tras recorrer un lóbrego pasillo llegaron a una estancia oscura —aunque hay que decir que no más oscura que el resto del edificio—. Tanto las paredes como las mesas estaban cubiertas con fotografías sujetas con chinchetas. Fred olfateó el aire. Desde hacía años albergaba la ambición de tener, algún día, un despacho en el Cavendish.

Flowerdew le cedió el taburete que había ante el microscopio, tomó asiento tras el escritorio y preguntó:

—¿Qué sabe usted de mí?

—Acabo de terminar la carrera —contestó Fred—. Sinceramente, no sé nada.

—Bien, pues yo sí sé algo sobre usted. Un poco, al menos. Sé que es muy buen estudiante. Sé que proviene de una familia de rectores. Se dice que en el Cavendish nos las tenemos que apañar con instrumental fabricado a base de cartón y alambre. Pero si ha vivido usted en una rectoría, estará acostumbrado a todo tipo de estrecheces.

—En todo caso, es estupendo que se haya interesado por mí —dijo Fred.

—¿Qué planes tiene usted ahora?

—Había pensado pedirle al profesor Wilson que me permitiera trabajar con él. No me importa en qué. Podría ayudarle con las placas fotográficas, quizá. Fue mi tutor de

Física Práctica Avanzada.

—C. T. R. Wilson... Un buen escocés, con mucha paciencia. ¿Era usted capaz de leer lo que escribía en la pizarra?

—Generalmente no. Escribía con una mano y, al mismo tiempo, borraba lo que acababa de escribir con la otra. Pero, si tuviera la oportunidad de estudiar sus métodos...

—Quiere ayudarlo a construir su tercera cámara de niebla y a fotografiar los supuestos rastros de partículas ionizadoras.

Fred se sonrojó.

—Cambridge está pasando por una etapa maravillosa.

—¿Le atrae la investigación atómica?

—Me he cruzado con Ernest Rutherford paseando por el Cavendish —dijo Fred, emocionado—. He asistido a sus conferencias. Todo cuadra. Si lo que dice resulta coherente, por fuerza tiene que ser cierto.

—Bien, bien —dijo el profesor Flowerdew—. Espero que siga encajando mucho tiempo, por lo menos otros sesenta o setenta años. La creencia de que un espíritu de la naturaleza o un dios invisible creó el mundo y le asignó un propósito a cada cosa duró mucho más que eso, y funcionó razonablemente bien. Pero, ahora, hemos dejado todas esas teorías atrás porque no hemos encontrado ninguna evidencia de la existencia de Dios o de los espíritus de la naturaleza.

—Ninguna en absoluto —coincidió Fred—. Eso es cosa de la fe. Después de todo, la realidad solo se puede inferir a partir de lo observable.

—Exacto —dijo el profesor Flowerdew—. Pero los átomos son inobservables. —Señaló una foto en una pared—: ¿Quién es ese?

Fred observó los rostros barbudos y enigmáticos de la fotografía. Era la imagen de un grupo de hombres de un pasado remoto, ataviados con levitas y sombreros de copa, ante un edificio que no reconocía. Uno de ellos estaba rodeado con un círculo rojo. No sabía la respuesta.

—Es Ernst Mach. La fotografía se tomó en Viena, cuando dejó la cátedra de Física. Yo mantenía correspondencia con él, pero, en algún momento, dejamos de escribirnos. Gracias a sus clases y a su *Ciencia de la mecánica* comprendí lo necio que era basar cualquier clase de investigación científica en parámetros inobservables. Mach, no lo olvide, es un físico muy prestigioso y respetado. Ha logrado establecer, entre otras muchas cosas, la relación entre la velocidad de los objetos y la velocidad del sonido. Pues bien, Mach ha hecho una sola afirmación respecto al átomo: «¡No os fiéis de él!». Un átomo no es una realidad, es solo un concepto provisional, así que ¿cómo podéis estar tan seguros de que ocupa un lugar en el espacio? Deberíamos sospechar de él, pues hemos descubierto que se le han atribuido características que se contradicen absolutamente con las observadas en cualquier otro cuerpo. Existe una continuidad en el pensamiento científico, ya lo sabe usted. Pues a esa continuidad la han defenestrado. Confiemos en recordar adónde ha ido a parar cuando, al final,

descubramos que no podemos hacer nada sin ella.

Dedicó a Fred una mirada compasiva.

—Tiene usted hambre, pero es inútil volver a bajar. Los de la Facultad de Ciencias ya se lo habrán comido todo. Los químicos orgánicos habrán arramblado con los sándwiches. Así que permítame explicarle lo que sucederá, durante los próximos siglos, con la investigación atómica.

»Aparentemente, se harán muchos descubrimientos en este campo: algunos útiles, algunos espectaculares y algunos, muy posiblemente, desagradables. Pero, dado que los cimientos de la investigación actual carecen de solidez, las grietas irán apareciendo, una a una, en su estructura. Los físicos empezarán a construir modelos del átomo; de hecho, tenemos ya varios, muy bonitos, en el Cavendish. Luego descubrirán que esos modelos no funcionan, porque solo funcionarían si los átomos existieran en realidad, así que los sustituirán por términos matemáticos que siempre podrán forzarse para seguir manteniendo sus teorías. En consecuencia, llegarán a la conclusión de que, como tratan con algo que no pueden observar, tampoco lo pueden medir, y entonces nos contarán que el átomo *probablemente* se encuentra en esta posición y que su energía es *probablemente* esta otra. La fluctuación de dicha energía quedará más allá de su comprensión, lo que los llevará a teorizar que aumenta y disminuye más o menos al azar. Llegados a ese momento, con sus hipótesis a punto de venirse abajo, tendrán que sacarse de la manga más y más ideas, más y más brillantes, para disimular las grietas y esconder los errores debajo de la alfombra. Hablarán de partículas elementales tan extrañas que no serán más que un nombre curioso, y de antimateria, que debería estar ahí, pero que no aparece por ningún lado. Para finales de siglo no les quedará más remedio que reconocer que las leyes que se supone que han descubierto actúan de manera profundamente impredecible. Y ¿qué es una ley confusa, Fairly?

—Suenan a algo similar al caos —dijo Fred.

—El caos solo estará en sus cabezas. Y será también inobservable.

—¿Qué cree que se debería hacer entonces?

—Admitir el error y retroceder hasta lo que se puede conocer mediante los sentidos. Si no basan sus teorías en hechos demostrables, las afirmaciones de los científicos tienen el mismo valor que las simples habladurías.

El profesor Flowerdew le contó que él había tenido suerte. Durante los últimos diez años, más o menos, la universidad se mostraba sorprendentemente dispuesta a crear plazas, e incluso cátedras, provisionales, que se mantendrían tan solo mientras se consideraran necesarias —gracias a Dios, por emplear sus propias palabras—. Entre ellas, por ejemplo, becas de viaje «para el apoyo a la investigación en el extranjero», concedidas por el Consejo Especial de Estudios Militares; en otras palabras, becas para espías. Como contrapartida, otros puestos no tenían en apariencia ninguna utilidad práctica. A Herbert Flowerdew le habían ofrecido una plaza temporal para impartir clases de Física Experimental Observable.

A Fred le impresionó que el profesor hubiera empleado la palabra «suerte». Creía que en la ciencia no había lugar para la fortuna y el azar, y menos aún en el edificio Cavendish.

—El Cavendish se está convirtiendo en un lugar muy concurrido —continuó Flowerdew—. Aquí el ambiente es como el de una olla a presión. He llegado a un acuerdo para disponer de un pequeño laboratorio para mi uso personal, en el Departamento de Filosofía Mecánica.

Sus experimentos versaban sobre los principios de equivalencia y reciprocidad. Por lo tanto, era poco probable que se encontrara con grandes fisuras.

—¿Pero significa eso —lo interrumpió Fred sin poder contenerse— que no le interesa el trabajo de Wilson ni el de Rutherford ni el de Planck ni el de Niels Bohr, a cuyas casi inaudibles clases yo también he asistido durante el curso?

—No, de ningún modo. Sigo con gran interés cuanto publican, tanto en las revistas alemanas como en las inglesas. Me impresionan sus resultados. Admiro sus grandes talentos. Pero cuando pienso en su futuro solo veo tristeza: la tristeza de los ancianos y la de aquellos a quienes los dioses han dado la espalda.

Flowerdew buscaba un asistente, al que él mismo pagaría cien libras anuales de su bolsillo, para que impartiera clases a sus propios alumnos de Física y, básicamente, quitárselos de encima. Si aceptaba el puesto, conseguiría además una plaza de profesor adjunto en el St. Angelicus. Precisamente acababa de quedar una vacante en el *college*, y no por defunción, sino porque un profesor de Explosivos Propulsores había sido llamado de regreso a su país natal, Alemania. Al exponer la propuesta, Flowerdew dejó bien claro que el adjunto también tendría que echar una mano en la biblioteca, en la cocina y con los libros de cuentas, ejercer como ayudante del organista y mantener la colección de instrumentos musicales del siglo xv que había en el *college* en perfectas condiciones de uso y, en la medida de lo posible, afinada. Fred se rio cuando oyó este último requisito.

—Imposible. Lo máximo a lo que he llegado en relación con la música ha sido a ayudar en casa con los himnos. Ni siquiera he visto jamás un instrumento del siglo xv.

—Pues dejemos eso por el momento. No me dé una respuesta ahora. Piénselo.

Con aquel «No me dé una respuesta ahora», Flowerdew había querido decir: «No acepte de inmediato solo porque es usted un becario nacido en una rectoría y no dispone de ningún otro medio de vida». Estas últimas palabras impresionaron a Fred, como también le habían sorprendido las muchas cosas, típicas de los notables de Cambridge en sus búsquedas feudales de jóvenes acólitos, a las que el profesor no había recurrido. No le pedía que le diera la razón respecto a la falta de solidez de la Física Atómica, ni mucho menos. Saltaba a la vista que era un solitario, pero que no se lamentaba en absoluto de su soledad. Y tal actitud no era producto de una falta de confianza en sí mismo, sino de un reconocimiento de ausencia de certezas que a Fred le había gustado. Tampoco él era vanidoso, y solo los humildes son capaces de

valorar la humildad. Además, le atraía que Flowerdew plantara cara en solitario a una multitud, y no porque él supiera menos que ellos, sino porque comprendía demasiado sobre la materia. «Plantar cara», sin embargo, no era la expresión que venía más al caso. Ofrecer resistencia parecía algo tan impropio de él como lo era de su propio padre, cuya vida se resumía en contemplar el mundo por la ventana de la rectoría.

Fred regresó a su casa sin volver a ver a Flowerdew. Los vecinos, que habían sido invitados a una pequeña fiesta para celebrar su excelente calificación en Física, lo interrogaron acerca de sus planes de futuro, y el párroco le preguntó si ya estaba preparado para hacerlos saltar a todos por los aires. Después, Fred se marchó con dos amigos a disfrutar de unas vacaciones para hacer senderismo por Austria. Por primera vez en su vida, se sentía en paz con el mundo. Fueron a Salzburgo, a la zona de los Alpes. En el Hotel Bruckmann's, en la económica habitación para viajeros de comercio en la que se alojaban, tuvo lugar una escena digna de un cuento popular. Alumbrándose con unas velas, aparecieron dos doncellas acompañadas por la hija de los dueños. Fred era el único que no estaba dormido. Despertó inmediatamente a sus dos amigos y, acompañado por la hija de los dueños, que tenía las llaves, bajó al comedor para hacerse con dos botellas de vino. No se atrevieron a coger más. Cuando volvieron a la habitación, los demás estaban sentados en los bordes de las camas, tensos, aún vestidos y sin cruzar palabra, como a la espera de recibir permiso. Fred no pudo contener la risa y, entonces, todos rompieron a reír. El vino era un Grüner Veltliner, con un fuerte gusto a pimienta. Apagaron las velas y abrieron las contraventanas para ver las estrellas. La habitación olía a cera de vela, a vino especiado, a carne de chicas robustas y a almidón, porque las doncellas habían estado planchando.

A la mañana siguiente, echaron a caminar a través de los campos de heno, rumbo a la montaña. Pasaron los valles rocosos, donde ya casi no quedaban frambuesas, dejaron atrás la gélida sombra de las cumbres y se adentraron en las altas laderas bañadas por el sol. Casi al filo del glaciar, se sentaron, y, entonces, el mayor de los amigos de Fred, que era ingeniero químico, les confesó que se había enamorado de una de las doncellas y que se volvía al Bruckmann's. Cogió su bolsa y el bastón y comenzó a desandar el camino, pendiente abajo, despidiendo piedrecillas a su paso. El amigo restante le contó que iba a hacer todo lo posible por ir a Manchester, donde confiaba en proseguir su formación bajo la tutela de Rutherford. Fred también tenía que ir: todo lo que era importante estaba sucediendo en Manchester.

—No. Yo me vuelvo a Cambridge. Herbert Flowerdew me ha ofrecido un puesto de profesor adjunto.

Su amigo rompió a llorar. Llevaba demasiado tiempo trabajando en exceso. Miró a Fred como si se sintiera completamente perdido.

—No me lo habías contado.

—Acabo de decidirlo.

—Vente conmigo a Manchester.

—La decisión ya está tomada.

CENA EN EL ST. ANGELICUS

Jaime I dijo que cualquier hombre tendría que rezar en el King's College, cenar en el Trinity y estudiar en el Jesus, pero, al menos en una ocasión, añadió, debería dormir plácidamente en el St. Angelicus. Esto no significa que en el St. Angelicus se cenase mal —más bien al contrario—, solo que habría sido difícil hacer sitio en la mesa a la guardia personal y al séquito del rey. Adaptarse al espacio disponible era, y continuaba siendo, una cuestión de práctica. En otros *colleges*, el jerez se servía en la sala de reuniones^[5], la cena en el salón y el *brandy* en algún otro santuario. En el St. Angelicus solo tenían un salón. No se había hecho la instalación del gas y ni siquiera estaba en perspectiva. Las velas se disponían en antiguos candelabros con unas pantallas de plata que permitían que las llamas ardieran perfectamente erguidas. No obstante, podrían haber prescindido de ellas, dado que el del St. Angelicus era el único salón en todo Cambridge que no recibía las visitas de las frecuentes corrientes de aire. Los objetos de plata del *college*, que se habían ido adquiriendo poco a poco a lo largo de cuatrocientos años, provenían en su mayoría de iglesias españolas necesitadas. Posiblemente, no todos estaban diseñados para emplearse en la mesa. Había instrumentos de utilidad desconocida, como, por ejemplo, un conjunto de piezas que parecían extractores dentales, y otro semejante a un peine para caballos. ¿Para qué los utilizarían en la iglesia mayor de Morella? No obstante, cada noche resplandecían sobre el mantel, para después regresar a los cajones del aparador de la plata. Todo el proceso se llevaba a cabo con sumo cuidado. Los comensales se apretujaban alrededor de la mesa —no de la mesa de los profesores, porque solo había una— como unos amigables conspiradores. Bebían manzanilla importada de Sanlúcar hasta que comparecía el mayordomo y exclamaba: «El director». Entonces todo el mundo se ponía en pie. Como su silla se encontraba separada de la mesa la distancia justa, el director no necesitaba que nadie lo guiara, y nadie se ofrecía a hacerlo. El capellán recitaba una oración que el mismísimo Benedicto XIII empleaba en las ocasiones informales, seguida de unas amenazadoras palabras en español: «*El Juicio Final revelará los secretos de la Historia*». Volvían a arrastrarse las sillas y los que habían dejado caer sus servilletas desaparecían un instante para recuperarlas. La

manzanilla continuaba sirviéndose para acompañar la sopa y dejaba paso al champán cuando llegaba el turno del pescado. A continuación, en el St. Angelicus tenían la costumbre de servir clarete. Por último, los invitados eran agasajados con fruta en conserva, el mismo tipo de dulce que no había logrado envenenar a su fundador.

Solo podía haber un invitado en cada comida, de manera que dicho honor se concedía siguiendo un riguroso sistema de turnos. Uno de los comensales más frecuentes, pues la mayoría de los profesores disfrutaba de su compañía, era el doctor Matthews, el rector del James's. Era un medievalista y paleógrafo que, para relajarse, escribía cuentos de fantasmas. Si había acabado uno recientemente, lo llevaba en un sobre y lo leía en alto después de la cena. No esperaba a que nadie se lo pidiera. El sobre, en caso de que lo llevase, se distinguía perfectamente en el bolsillo de su abrigo. Entonces su anfitrión de esa noche preguntaba discretamente al mayordomo: «Foley, me gustaría saber si el doctor Matthews ha traído un sobre de grandes dimensiones». Foley estaba al tanto del asunto. «No, señor. Esta noche no». Eso significaba que no habría lectura, pero puede que sí hubiera música. En algunos *colleges* —el King's, por ejemplo— conversaban durante toda la velada, pero en el King's no había más que historiadores y filósofos, que no tenían necesidad alguna de relajarse. ¿No se dedicaban precisamente a eso el resto del día? En cambio el claustro del St. Angelicus, como dictaban sus estatutos, estaba constituido por científicos o matemáticos exclusivamente.

La cítara, la viola, el *cornetto* y todos los demás instrumentos musicales eran los responsables de los momentos más desagradables que Fred experimentaba en el *college*. De hecho, no podía creer que se hubieran concebido, por muy afinados que estuvieran, para tocar juntos. Solo se ocupaba de ellos porque sabía que el director disfrutaba con su música. Estaba algo más familiarizado con el realejo, con su teclado de veintidós teclas largas y trece cortas, que se encontraba en un rincón oscuro de la pequeña capilla. Por suerte, los fuelles estaban en tan mal estado que no se podía bombear. Pero el doctor Matthews, en cualquier caso, no era precisamente un melómano. De hecho, carecía del más mínimo oído musical, y prefería contemplar manuscritos viejos y examinar antiguas inscripciones. Bromeaba a menudo con el director, por ejemplo, acerca de la puerta extrañamente alta y estrecha, tan vieja como el propio *college*, que había en el muro suroeste.

—La única entrada, mi querido director, además de la principal, que tiene el recinto, cosa inexplicable, dado que el propósito que parecían tener en mente los constructores era impedir el paso de los visitantes.

No había ninguna inscripción en la puerta ni ningún asiento en los libros de cuentas del *college* donde se hiciese referencia a su instalación. Por otro lado, figuraba en los anales que, en dos ocasiones, había aparecido abierta de par en par: la primera, el 21 de mayo de 1423, la noche del fallecimiento del papa Benedicto, y la segunda en 1869, cuando se inauguró el primer *college* femenino. Por supuesto, dicho *college* no formaba oficialmente parte de la universidad.

—No se menciona, en ninguna de las ocasiones, quién abrió la puerta —dijo el doctor Matthews—. Ni quién volvió a cerrarla.

—Nadie, ni siquiera el director, tiene autoridad para hacer ninguna de las dos cosas —dijo el tesorero.

—Pero, si alguien que la tuviera, o aunque no la tuviera, hubiese abierto la puerta, ¿a quién creen ustedes que habría permitido entrar?

—Prefiero no pensarlo —dijo el director.

El doctor Matthews pasó a otro tema: los manuscritos de la biblioteca del St. Angelicus. Hacía poco, contó, había estado examinando un libro de horas medieval, magníficamente iluminado por Jean Pucelle. Cada espacio libre entre las líneas había sido relleno con una cola larga, esbelta y sinuosa, perteneciente a una rata, a un monstruo o a un diablo. Las colas de los diablos se curvaban con frecuencia, como un lazo corredizo, alrededor del cuello de algún desgraciado. «Imagino que para arrastrarlos a los infiernos», dijo el doctor Matthews con una sonrisa entusiasmada. Precisó que la mayoría de las víctimas eran alquimistas o aritméticos herejes, y que, en los siglos XIV y XV, todos sus actuales anfitriones, sentados en ese momento a la mesa, también podrían haber sido condenados al infierno.

Los profesores del St. Angelicus se divertían escuchando al doctor Matthews. Era un erudito, pero su trabajo les parecía anticuado. Al doctor Matthews, por su parte, le agradaba la gente del St. Angelicus. Aunque la ciencia, pensaba, no los hacía avanzar en ninguna dirección, sino más bien retroceder.

EN LA RECTORÍA

Al final de su primer año como profesor adjunto, Fred pensó que debía confesarle a su padre que ya no era cristiano, pero de manera que le causara la menor aflicción posible. El dilema le parecía más propio de 1857 que de 1907. Había oído historias familiares, ecos lejanos o reminiscencias de inmensas batallas de lo que se consideraban los tiempos heroicos. Dos de sus tíos habían discutido por el *Leben Jesu* de Strauss y terminaron a golpes. De hecho, uno de ellos se golpeó en la cabeza con el canto de la pantalla de la chimenea y se abrió el cráneo. El otro, el tío Philip, fue conocido desde entonces, aunque nunca se dijera en familia, como el asesino Fairly. Por el lado materno los hubo que no se dirigieron la palabra durante años, y también mujeres que, de jóvenes, rompieron su compromiso porque el prometido dejó de creer. Luego empalidecieron y se marchitaron, hasta asemejarse a espectros, ante una máquina de escribir en alguna asociación misionera eclesiástica o tras un mostrador de venta de ropa de segunda mano. Fred, que contemplaba el pasado con tanta bondad como el presente, pensaba que, aun en el nuevo siglo, no debía menospreciar aquello que se había tenido en tan alta estima. No le quedaba más remedio que ir a casa y hablar con su padre, cara a cara, exponiéndole sus motivos, como solían hacer los hijos para tratar un tema en el que la razón, por desgracia, carecía de poder. Actuar de ese modo era lo mínimo que exigía la cortesía. Pero no cabía duda de que su padre se sentiría profundamente consternado. El momento adecuado para hablar de ello, para infligirle aquel dolor y, a ser posible, atemperarlo en alguna medida, era entre las cinco y las seis de la tarde. Durante ese intervalo de tiempo, se sentaba pacientemente en su estudio para dar consejo a los feligreses, quienes, no obstante, siempre escogían otra hora para visitarlo. Las ventanas del despacho miraban a un jardín delantero que, en los veranos de su infancia, Fred y sus dos hermanas tenían prohibido cruzar entre las cinco y las seis, a fin de no perturbar la hora pastoral. Fred, Hester y Julia incumplían reiteradamente la prohibición, por supuesto, arrastrándose sobre el vientre como apaches, pegados a las raíces de olor amargo del seto de laurel donde el gato abandonaba los restos de los ratones que había cazado. Al asomarse, en aquella época, sobre el borde de una pequeña elevación del jardín, Fred veía a su padre sentado ante su escritorio, voluntariosamente despierto, con la cabeza un poco

inclinada a un lado. Él suponía que trataba de dar a entender que se hallaba preparado y deseoso de escuchar, mientras miraba hacia fuera, contemplando cómo declinaba la tarde.

Lo mejor sería explicarle sin rodeos que, desde el comienzo de ese verano, ya no creía en Dios, pero que su falta de fe era condicional. No había encontrado ninguna prueba razonable de que lo que afirmaba el cristianismo fuera cierto, pero tampoco le parecía imposible que, en algún momento, pudiera aparecer una evidencia que le convenciera de lo contrario. «Y, entonces, le concederías otra oportunidad —diría seguramente su padre—. Es muy considerado por tu parte, Freddie. ¿Y qué aceptarías como “prueba razonable”?». «Bueno, padre, planteémoslo de otro modo. Quiero conocer la verdad de las cosas. No puedo aceptarlas sin más motivo que la fe. Eso sería desperdiciar la educación que me has proporcionado, además de mi propia inteligencia. En este momento —“en este momento” no sonaba tan bien como a Fred le hubiera gustado, pero ahora no importaba—, la única prueba válida sería la que recibiésemos a través de nuestros sentidos o a través de los sentidos de gentes que nos han precedido y que, mediante la escritura, nos comunicasen sus descubrimientos». «Como los autores de los Evangelios —diría su padre—, aunque fueran un comité. ¿Opinas que desperdiciaban su tiempo? Además de hacerte desperdiciar el tuyo, por supuesto». A pesar de todos sus esfuerzos, cuando se dirigía a su padre, que no estaba sordo en absoluto, Fred siempre levantaba un poco la voz, mientras que él respondía hablando incluso más bajo de lo que tenía por costumbre. «Sin embargo, padre —proseguiría—, tú te mantienes pegado a la realidad, reconoces las similitudes entre cosas diferentes y cómo una idea es continuación de otra que la precede, y que, gradualmente, al cabo de generaciones, todo termina por explicarse. En cuanto algo se describe en su totalidad, queda explicado; como la anatomía humana, por ejemplo. No hay más que decir al respecto. Puede describirse, por lo tanto ya no alberga misterio, se convierte en algo ordinario. Llegará un momento en el que todo lo que antes nos parecía extraordinario pase a considerarse ordinario». «¿Preferirías eso? —preguntaría su padre, dubitativo—. ¿Lo preferirías, Freddie?».

Fred se veía caminando atrás y adelante por el despacho, durante toda la conversación, mientras su padre permanecía sentado, sosteniendo en la mano el estuche azul de sus gafas. Pero ese ir y venir podía dar a entender que no estaba seguro de sí mismo, así que se sentó, en su imaginación, en una de las sillas, ninguna de las cuales era cómoda. Su padre, con toda probabilidad, repetiría la pregunta a la que no le había respondido. «Todavía no me has dicho, Freddie, qué considerarías una prueba razonable para creer que Cristo resucitó de entre los muertos». Fred se vio escrutando esa voz, tratando de averiguar en qué medida había herido sus sentimientos. Lo siguiente que sucedería es que llamarían a la puerta, porque su madre era incapaz de dejar que nadie estuviera en el estudio durante más de veinte minutos sin entrar a preguntar si les apetecería tomar algo, quizá un poco de agua de cebada. El agua de cebada se guardaba en el alféizar de pizarra de la despensa, en una

jarra cubierta por un paño de muselina, con cuentas azules en los bordes a modo de pesos.

Entonces se dio cuenta de que tendría que iniciar la conversación de forma completamente distinta. Sería absurdo comportarse como si estuviera impartiendo una clase a su padre. Lo que de verdad quería explicarle, de manera gradual y ordenada, era cómo el niño que se arrastraba por el jardín, el responsable miembro del coro que, con toda la convicción de su corazón, cantaba:

Enséñame a vivir de modo que tema
la tumba tan poco como mi cama,

se había convertido en lo que era ahora: un hombre con la mente liberada, en permanente estado de liberación, de hecho —pues se trataba de una necesidad constante—, de toda idea que no pudiera verificarse a partir de la experiencia física. Ya no quedaba espacio para las fantasías. La atmósfera era pura. Se trataba de algo que había ido aconteciendo poco a poco y, aunque Fred se mostraba reacio a hablar de sí mismo, en esa ocasión no le quedaría más remedio que explicarse. Tendría que describirle a su padre, paso a paso, cómo había desterrado a todas esas consoladoras presencias invisibles que, durante su infancia, le decían: «Danos la mano». Lo que está descrito por completo, no dejaba de repetírsele a sí mismo, está completamente explicado.

Se levantó temprano, pedaleó hasta la estación, dejó allí la bicicleta y tomó el tren con dirección a Blow Halt, aunque tuvo que hacer un trasbordo en Bishop's Leaze. Todo el pueblo, de un extremo a otro de cada jardín, resplandecía de flores: *floxes* tempranas y flores de haba competían entre sí desprendiendo potentes descargas aromáticas, madrugadoras rosas rojas y blancas, maravillas, hierba santa, que allí se cultivaba como planta de jardín, feroces amapolas y acianos, peonías, claveles del poeta todavía en flor, ruda, lupinos, clavelinas. No cabía duda de que la naturaleza no se mostraba en el pueblo en su estado más salvaje. La mayoría de los lugareños sabía perfectamente dónde conseguir estiércol. El cartero y el policía, que cada tarde trabajaban en sus propios jardines en mangas de camisa, solían proporcionárselo al resto de los vecinos. Cada familia arrojaba tres veces al día los posos del té al suelo del jardín y, por la noche, el contenido de sus letrinas. No existía en Blow ningún sitio donde comprar verduras, y a nadie se le hubiera ocurrido pagar por ellas. En la estación se cultivaban rosas, judías y unos enormes calabacines, rayados como un gato montés. Ni siquiera las malas hierbas superaban en exuberancia a los múltiples huertos.

En Blow Halt él era el señor Fred, y antes había sido el señorito Freddie, aunque no recordaba en qué momento se produjo aquel cambio. Al bajar del tren se encontró

con Ellsworthy, el jefe de estación, que a su vez se había convertido en el viejo Ellsworthy.

—Nos hemos detenido durante cinco minutos a las afueras de Bishop's Leaze —dijo Fred—. ¿Sabe usted por qué?

—Lo ignoro —respondió Ellsworthy—. Tendría que averiguarlo.

—¿No podría usted telefonear?

—Sí, podría.

Ellsworthy lo acompañó hasta la barrera, vigilada por un mozo de corta edad que en ese momento se dedicaba a colocar unas lecheras en fila. Cada vez que movía una, un poco de leche salpicaba el andén, de manera que un vago olor a cocina de parvulario, que pronto cedía ante la fragancia de las flores de haba y de la ulmaria, inundaba el ambiente.

—¿Cómo se encuentran todos en la rectoría, Ellsworthy?

—¿Por qué me lo pregunta a mí, señor Fred?

Fred no lo sabía, no había sido su intención herirlo. Sabía muy bien, no obstante, que el campo no era un lugar pacífico, y que resultaba difícil distinguir qué se consideraba una ofensa, lo que, en su caso, había supuesto un buen entrenamiento para la vida en la universidad. En este asunto concreto, seguramente su error fue mencionar la parada imprevista en Bishop's Leaze.

—¿Por qué no se lo pregunta usted al rector? —insistió Ellsworthy, tratando de controlar su enfado—. A mí no se me puede acusar de ir a la iglesia.

—Yo no le acuso de nada —dijo Fred.

Ellsworthy se aplacó un poco y le preguntó qué tal le iba por Londres. Fred le explicó que continuaba en Cambridge, pero que a veces resultaba más práctico ir hasta King's Cross y hacer allí un trasbordo.

—Sí, Londres es perfecto para ese tipo de cosas —dijo Ellsworthy.

Un viejo caballo, que una vez fue gris y ahora era blanco, se apartó ligeramente, algo aturdido, de la valla que delimitaba el campo que quedaba al otro lado de la estación. Se trataba de una retirada simbólica: hacía muchos años que la llegada del tren ya no significaba que tendría que tirar de la calesa de la estación. Esta se pudría, con los ejes apuntando hacia arriba, en el cobertizo. Cuando el caballo volvió a quedar inmóvil, unas flores de saúco cayeron suavemente sobre su hundido lomo. Una verja con una pequeña puerta separaba la estación del terreno que la rodeaba. Al otro lado de esta nacía un atajo que llevaba directamente a la rectoría, pero Fred vio que estaba invadido por ortigas y zarzas. Se percató también de que Ellsworthy estaba esperando a que empujara el portillo para decirle que el camino era intransitable y que sería mucho mejor que fuera por la carretera.

—Iré por la carretera —dijo.

—Todavía puedo recordar cuando saltaba esa valla. Era un niño muy ágil. Ese obstáculo no habría sido nada para usted.

Fred echó a caminar por la carretera que llevaba a la iglesia, balanceando su bolsa

de viaje. La iglesia y la rectoría se alzaban, grandiosas —algo inaceptable en estos tiempos—, en lo alto de una empinada pendiente. Si necesitabas que el rector te firmara algún tipo de certificado, no te quedaba otra que reventarte subiendo hasta aquel lugar. Los álamos protegían el campo, y saúcos y avellanos colmaban las cunetas. Deberían podarse antes de que llegara el invierno, aunque se tenía que encontrar a alguien dispuesto a hacerlo. Las vacas Hereford rumiaban, moviendo las mandíbulas en sentido contrario a las agujas del reloj, como crecen los zarcillos. A su alrededor la hierba, de una brillante tonalidad rojiza, permanecía inmóvil, dispuesta ya para la siega. También los arbustos estaban quietos, pero de entre los densos cañaverales y los tupidos setos llegaban continuos y furtivos zumbidos, quejidos y crujidos que hacían sospechar que, más allá de la vista, se desarrollaba una alarmante actividad. Las hojas se desprendían y caían. Numerosas hebras pegajosas llegaban flotando por el aire, surgidas de la nada... Era como si se estuviera cometiendo un asesinato a pequeña escala bajo el sereno calor veraniego. Sin desfallecer, Fred continuó remontando aquella carretera, jamás asfaltada, en la que los carros dejaban unas profundas huellas que ahora el sol había secado y que se desmoronaban a su paso, convertidas en polvo.

Una vez elegida la pauta de conducta, se debe revisar una única vez y luego evitar pensar en ella hasta el momento de ponerla en práctica. Fred decidió hablar por separado con su madre y con cada una de sus hermanas. Hester tenía ya veinte años —Fred estaba seguro de eso— y, puesto que Julia había dejado de recibir lecciones, suponía que debía de andar ya por los dieciséis. Tendría que ser por separado, porque casi nunca se encontraban en el mismo cuarto ni compartían el mismo parecer. Entre ellas se había establecido una especie de acuerdo que consistía en hallarse en desacuerdo ante cualquier cosa imaginable, circunstancia la cual, sin embargo, no impedía que la familia Fairly disfrutase, de la mañana a la noche, de la paz y la tranquilidad del hogar.

La rectoría se había edificado en 1830. En aquel momento se la dotó de una sólida solemnidad, pero desde hacía veinte años el agua se colaba por todas partes. La puerta principal, diseñada por el Gremio de Artes y Oficios de Coventry, era, sin embargo, bastante nueva. Estaba hecha de roble blanqueado, tallado y taraceado con medallones de cobre, y adornada con algo que parecían platos vidriados. En unas letras en relieve se leía: LA RECTORÍA, y debajo: BIENVENIDO, PASA, NO TENGAS MIEDO, LA SENCILLEZ Y LA PAZ MORAN EN ESTE LUGAR. El texto, dispuesto en dos líneas, estaba escrito con una tipografía celta decorativa casi ininteligible, por suerte para algunos. La puerta había sido un regalo para el rector anterior, amante de las bellas artes, y era casi la única parte de la casa que se conservaba en perfecto estado.

Había unos carteles clavados en la puerta, ya desteñidos por la lluvia: anuncios de una feria floral organizada para recaudar fondos para la misión Zenana, y el aviso de la Reunión Masculina de Comentario de la Biblia, que se había cancelado. Fred, que ya había empuñado la manilla de bronce forjado, la soltó de golpe y fue hasta la parte

trasera. Aquel terreno estaba consagrado a los groselleros, sobre los que se había puesto a secar la colada blanca, y al ruibarbo, cuyas verdes y ásperas hojas se escapaban del viejo cubo de zinc donde supuestamente lo iban a escaldar. Debajo del cobertizo encontró un enorme escurridor de ropa, los restos de un panal, un marcador de líneas para el campo de tenis, con escasas posibilidades de volver a marcar nada nunca, dos tableros rotos que servían para anunciar los himnos de la misa y unas viejas alzas para féretros que el consejo parroquial había desterrado de la sacristía. «¿Por qué no tiramos todo esto?», se reprochó Fred. En la rectoría jamás se tiraba nada. Se dejaba que las cosas se pudrieran a su propio ritmo. Aquel lugar se hallaba detenido en un otoño perpetuo, mientras que más allá la naturaleza se sublevaba con todo su verdor.

Un perro ladró dentro de la casa. Tenían dos perros: Sandford y Merton. Sandford, que habría reconocido los pasos de Fred aunque este regresara de entre los muertos, salió a su encuentro sin dejar de ladrar. Dos o tres grajos alzaron el vuelo entre los álamos, trazaron un círculo en el cielo azul y volvieron a desaparecer en su refugio. Ellos también reconocían los ladridos de Sandford. Tras el perro salió Julia, peinada con coletas y cubierta de sudor, rebosando energía. El abrazo de su querida Julia fue más bien una colisión.

—¡Freddie, Freddie, Freddie!

—Julia.

—¿Por qué no has mandado un telegrama? Ya sabía yo que las gentes de Cambridge no tenéis corazón...

—Os escribí —dijo Fred, casi asfixiado—. Le envié una carta a padre. Y aquí estoy, cual Ulises, reconocido solo por un viejo perro.

—Estamos en la sala de las mañanas —dijo Julia, casi gritando y arrastrándolo por un pasillo acristalado, una especie de invernadero donde no se cultivaba nada. A Sandford no le estaba permitido ir más allá, y se retiró apesadumbrado a la caja de detergente donde yacía, hecho un ovillo, un comatoso Merton. Julia lo precedió hasta la cocina. Se oía el tictac del reloj, y el horno estaba frío.

—¿Hay algo de comer? —preguntó Fred.

—Queda algo de pastel de pechuga de grajo y de pudín de sagú para esta noche. Son asquerosos, pero ya sabes que, como somos pobres, no tenemos más remedio que comer cosas asquerosas.

—¿Dónde está la señora Burden?

—También en la sala de las mañanas. Estamos todas ahí.

—Pero ya es por la tarde, Julia.

—Empezamos a las seis de la mañana. Ya verás cómo está la salita. Ahora no podemos moverlo todo.

Su madre, Hester y la señora Burden, que iba desde el pueblo para cocinar y ocuparse de las tareas más pesadas de la casa, estaban sentadas, cosiendo, alrededor de la mesa. La señora Burden utilizaba la máquina de pedal. Había metros y metros

de tela por todas partes: violeta, verde y blanca... Los fragmentos blancos parecían recortes de fundas de almohada. Las tres se pusieron en pie. Los trozos de tela cayeron de sus regazos. Julia se agachó a por uno, de algodón púrpura.

—¡Aquí estabas! Púrpura para la justicia.

—¡Mi querido Freddie! —exclamó la señora Fairly—. ¡Qué agradable sorpresa! Hester, no tan fría como de costumbre, dijo:

—Espero que sepas lo que estamos haciendo. Son los colores del WSPU^[6]. Fabricamos pancartas para la marcha de Birmingham. Dicen que, por muchas que tengan, no serán suficientes.

—Pero, madre, ¡tú no estás a favor del sufragio femenino! —dijo Fred—. Hemos hablado de ello en varias ocasiones...

—Ahora está a favor. Todas lo estamos —le interrumpió Julia—. Lo que le dijiste no le causó ni la más mínima impresión. ¡Que Dios ayude a los pobres que asisten a tus clases!

—Todo ha cambiado, Freddie —dijo Hester—. Ahora es distinto. Ahora nadie se ríe. Vimos las fotos de la gente que estaba haciendo huelga de hambre en el *Daily Mail*.

—¡Vosotras no leéis el *Daily Mail*!

—Yo sí —dijo la señora Burden.

—La señora Burden nos las enseñó —continuó la señora Fairly—. ¡Pobre muchacha, con los ojos cerrados y la boca abierta! Estaba desfallecida.

—¿Murió?

—No nos enteramos —respondió Hester.

Fred vio que habían recortado letras de tela, y también signos de interrogación.

—La gente no entiende qué supone el «sufragio» —prosiguió Hester—. Dicen: «Si a las mujeres les apetece sufrir, que les dejen hacerlo». Cosemos las letras para formar la pregunta: «¿Concederá el voto a las mujeres?». Van a plantarse ante Asquith con esas palabras: «¿Concederá el voto a las mujeres?».

La señora Burden, que cuando él era niño había buscado, de manera escandalosa, ganarse su favor, asintió y puso en marcha de nuevo la máquina de coser. El eje debía de estar rozando con algo, porque hacía un ruido raro. Freddie pensó que tendría que echarle un vistazo más tarde. Pero, si lo hacía, podía parecer paternalista, como si estuviera diciendo: «Ya está aquí Freddie, de vuelta de la universidad, para solucionar todos vuestros problemillas». Y se quedó allí plantado, detestándose, intentando encontrar el tono adecuado.

—Tenemos que terminar esto, Freddie —dijo Julia—. Es una lástima que no sepas coser. Tiene que estar en Birmingham mañana.

—¿Cómo vais a enviarlo? —preguntó él—. El último tren de Blow Halt a Bishop's Leaze salió a las 3.47.

—Lo llevará la señora White.

—¿Quién es la señora White? —Se sentía un exiliado: no conocía a nadie.

—Viene a veces al servicio vespertino. Saldrá hacia Birmingham en cuanto anochezca. Tiene coche. Conduce ella misma.

—¿Nadie quiere saber...?

—Es un Panhard.

—¿Nadie quiere saber por qué he venido? —preguntó, suplicante, compitiendo con el estrépito de la máquina de coser—. Creo que las mujeres deberían tener derecho a votar. Estoy en desventaja porque, si hablo de cualquier otra cosa, pensaréis que no me tomo en serio el movimiento. ¡Me lo tomo muy en serio! Pero he decidido algo. Quiero hablar con todas sobre ello, y con padre en particular. Quiero hablaros de la decisión que he tomado.

—Te estás repitiendo —dijo Hester.

—Sí, pero ya sabemos que no puede evitarlo —dijo Julia, concentrada en cortar y en prender la tela con alfileres.

Fred nunca había visto a las cuatro mujeres en semejante armonía. Quizá su amor por él, del que siempre estuvo tan seguro, no había sido, al fin y al cabo, más que una consecuencia de la irritación que se producían unas a otras. En especial, esta suposición podía resultar acertada en el caso de la señora Burden, su quejica y fiable confidente, que solía darle pastelillos de mermelada en secreto, hechos especialmente para él con restos de masa.

—¿Está padre en su despacho? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Julia—. No se le ocurriría aparecer por aquí. Sabe lo que estamos haciendo y le da pánico.

Fred fue al estudio. Sin tomar asiento y sin decidirse aún a abordar la cuestión, aunque fuera poco a poco, comenzó a justificarse con frases entrecortadas. Su padre le tendió una mano floja, helada a pesar del calor veraniego, y él le devolvió el saludo. Entonces dijo:

—Cuando me explicaste que querías estudiar Ciencias Naturales en la universidad, lo que te ha proporcionado, supongo que por fortuna, tu actual empleo, di por supuesto que eso te llevaría, tarde o temprano, a concluir que la idea del alma no tiene sentido. Todo lo que te pido es que no me cuentes nada al respecto. Las mujeres de esta casa, como tal vez ya hayas visto con tus propios ojos, nos han abandonado definitivamente. No podemos contar con ellas para ningún fin práctico.

—No creo que nos hayan abandonado, padre. Están concentradas en lo que hacen, que no es lo mismo.

—Freddie, me han dicho que hay sobras en la despensa. ¿Tienes idea de cómo se cocinan las sobras?

—Las sobras no se cocinan. Son sobras porque sobraron de algo que se había cocinado antes.

Su padre sonrió y suspiró.

LA SOCIEDAD DE LOS DESOBEDIENTES

Skippey sabía que Fred ya no le encontraba sentido a la idea del alma y, precisamente por eso, le había echado el lazo para que interviniera aquella noche en ese absurdo debate. Fred continuó contemplando un rato más la hoja de papel con el lema *ESTOY IN MIS TRECE* impreso en rojo pálido. Debajo, una única línea: «Querida señorita Saunders». Se le había hecho tarde. Ya no le daba tiempo a poner por escrito lo que quería decir, así que apagó la lámpara, se puso la Burberry y se dirigió al atestado cobertizo para sacar de allí su bicicleta.

Las sociedades de la universidad celebraban sus encuentros en varios *colleges*, pero nunca en el St. Angelicus. Los Desobedientes tenían por costumbre reunirse en el lugar en el que se alojase su presidente honorífico, fuera cual fuese. Skippey, que ahora ocupaba ese cargo, era preceptor de Física Experimental en el Jesus. El entusiasmo que ponía en todas las cosas hacía de él un personaje muy querido en la universidad. Su preocupación por cada detalle —no solo los de naturaleza física, sino también por los emocionales, o incluso por los que implicaban una total falta de emoción— hacía que los demás, en comparación, parecieran tranquilos. Y había momentos durante aquellas veladas en que Skippey era excepcionalmente feliz, porque, al menos por unos instantes, nada iba mal y nadie, en apariencia, se hallaba descontento. Pero como Skippey era en realidad una de esas personas que, por naturaleza, son incapaces de organizar nada, dichos momentos de equilibrio escaseaban. Lo que no escaseaba era la hospitalidad. Los vasos y las botellas desprendían un acogedor brillo bajo las lámparas de gas. Junto a los platos de pastas Health, Fred estaba molesto porque se le había hecho tarde. Perdió alrededor de media hora tratando de escribir la carta, y otros diez minutos intentando preparar, sin conseguirlo, lo que iba a decir en la reunión. Y Charles Reding, al que le tocaba defender el tema aquella noche, ya había terminado su discurso. Al parecer, cruelmente avergonzado por que se estuviera tomando a broma un asunto tan grave como la inmortalidad, había hablado tan bajo que apenas se le escuchaba, y luego se había sentado sin querer añadir más. Cuando Fred llegó, alguien le estaba ofreciendo una taza de cacao, que él aceptó de inmediato, aunque pidió también un vaso de agua.

—Caliente, si es posible —decía el pobre Reding.

—No tendríamos que habérselo pedido —le confesó Skippey a Fred en voz baja—. Su charla no ha estado bien. No se ha entregado en absoluto. Me alegro de que estés aquí. Voy a presentarte... ¡Tienes que demostrar lo que vales!

La puerta se abrió de repente golpeando la única silla vacía, lo que produjo un pequeño alboroto. George Holcombe, una aparición barbuda con corbata roja —se consideraba un demócrata—, entró e inició una particular pelea con la silla, como si alguien la hubiese puesto allí aposta para hacerle tropezar. Su aliento frío y húmedo contrastaba con el ambiente cálido del lugar.

—Me llamo Holcombe. Busco a Fred Fairly.

—¿Es usted miembro de la sociedad?

—Aboné la inscripción anual una vez, hace años. Antes de que fuese usted admitido. Nunca asistí a ninguna reunión. Compensaré ahora todas las noches en que me olvidé de hacerlo.

—Fairly está aquí, pero está a punto de iniciar su disertación. Me temo que no es el momento más oportuno...

Para entonces Holcombe había visto a Fred, y se abrió paso a codazos hasta situarse a su lado, tan cerca que casi podía rasparlo con la barba. Con voz ronca, dijo:

—Para continuar con lo que te decía...

—No quiero hablar contigo, Holcombe. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Fui a tu habitación y leí tus mensajes. No tardé demasiado, no parece que recibas muchos.

Fred recordó que esa vez no había firmado al salir del *college*.

—El mío, como tal vez no hayas olvidado, concluía diciendo: «No tiene sentido que te molestes en buscar a una chica». Bueno, tendría que haber añadido: «... a una chica *apta* para casarte con ella».

—Siéntese, señor Holcombe —dijo Skippey con una dureza inesperada.

El tesorero le advirtió que una de las reglas de la Sociedad de los Desobedientes establecía que cualquier miembro podía interrumpir y contradecir a cualquier otro miembro en cualquier momento.

—No con una inscripción de hace años —dijo Skippey—. Por entonces no pagaría mucho más de una libra y seis peniques.

—Fairly y yo retomaremos más tarde nuestra conversación, entonces —interrumpió Holcombe—. Siempre y cuando no se olvide del «*apta* para casarse con ella».

Sacó y encendió una pipa de brezo, cuyo humo fue a sumarse al de muchas otras pipas. El ambiente estaba saturado por el olor a tabaco quemado.

—Compañeros desobedientes —prosiguió Skippey—, el siguiente orador, Fred Fairly, expondrá sus argumentos en contra del tema a tratar hoy. Asegura que era cristiano, pero ya no lo es. Él podría decir, como *sir* Leslie Stephen: «Ahora no creo en nada, pero no por eso creo menos en la moralidad, etcétera, etcétera, y me

propongo vivir y morir tan caballerosamente como sea posible».

—Disiento, señor presidente —dijo Fred—. No quiero que se me compare con Leslie Stephen. No sé a qué se refería con etcétera, etcétera, y tampoco deseo vivir ni morir caballerosamente.

—¿Quién era Leslie Stephen? —preguntó Holcombe, levantando la boquilla de la pipa.

Skippey, ignorando ambas interrupciones, continuó.

—Fred Fairly sostiene, al igual que yo mismo, que no tenemos protectores ni enemigos sobrenaturales. En esta tierra donde nos hallamos, todo hemos de hacerlo nosotros, y hemos de hacerlo por y para nosotros. Después, una vez que nuestra vida corporal concluye, no queda nada o, mejor dicho, no tenemos motivos para esperar nada, ni derecho a hacerlo.

—¿Podría repetir cuál era exactamente el tema? —preguntó una voz afable desde el fondo de la sala.

Skippey desconocía qué razón había llevado al distinguido rector del St. James's a asistir a aquella reunión, a pesar de que el doctor Matthews, infatigable y benévolo, se tomaba la molestia de inscribirse en todas las sociedades de la universidad y se interesaba, de cuando en cuando, por cada una de ellas. Era el único de entre todos los atentos fumadores de pipas que vestía de etiqueta. Los Desobedientes se consideraban bohemios y vestían de modo informal, y hasta Holcombe llevaba, bajo la toga de su *college*, una vieja levita verde y pantalones a cuadros.

Sosteniendo la hoja con el orden del día para sentirse más seguro de sí mismo, Skippey leyó en voz alta:

—El alma no existe, nunca ha existido y no sería deseable que existiera.

—El alma humana —dijo el doctor Matthews.

—Sí, rector.

—Gracias. Lamentablemente, aunque he intentado prestar atención a las palabras de la defensa, no he podido seguir sus argumentos.

Era sabido que el doctor Matthews poseía una fe sin mácula.

—Esto sí que no me lo esperaba —le dijo Fred a Skippey en voz baja.

—Yo no me esperaba a Holcombe.

—Compañeros —comenzó Fred—, estoy aquí, como nuestro presidente ha explicado ya varias veces, para defender el alma. Con el fin de hacer tal cosa, debo demostrar en primer lugar que no todo en la vida deriva de causas físicas. Lord Nelson, por ejemplo, al igual que otras personas que han sufrido la amputación de una extremidad, siguió sintiendo dolor en el brazo perdido. Lo tomó como una clara muestra de que existen cosas cuya explicación se encuentra más allá de lo físico o, como él lo denominó, lo corpóreo.

Se interrumpió un instante al ver cómo Skippey, que se había desplazado hasta el otro extremo de la sala, le hacía un gesto apuntando hacia arriba con la boquilla de su pipa, indicándole que tenía que elevar el tono intelectual. Fred, aunque tranquilo, se

sintió algo molesto.

—El presidente me indica que no desean ustedes oír nada más sobre el brazo perdido de Nelson. Me pliego a los deseos de la concurrencia. Permítanme entonces pasar a otra cuestión. Puede que haya aquí personas, seguramente un buen número de ellas, dispuestas a decirme que todo anhelo, todo sentimiento, incluso lo que entendemos como imaginación, todo ello, se encuentra condicionado por procesos orgánicos. Cuando las células de los tejidos corticales se hallan visiblemente atrofiadas, la memoria comienza a fallar. Si el tejido cortical que se encuentra bajo los huesos frontales se oscurece, es que estás enloqueciendo. Los cambios patológicos en el lóbulo parietal y en el occipital señalan el comienzo de una depresión. El pensamiento reside en la sangre, me dirían ustedes. Eres lo que es tu cuerpo. Resulta inconcebible plantear siquiera que la mente pueda sobrevivir sin él. No obstante, ¿quién de los presentes no se ha visto alguna vez envuelto en medio de un enfrentamiento, en peligro, o, si no en peligro, sí en una intensa y extrema crisis, tanto personal como emocional? Tal vez ante una carta que se debe escribir, ante una situación en la que uno se ve forzado a discutir consigo mismo, a decirse: «Adelante, no hay motivo por el que una persona racional deba sentir miedo». Y el cuerpo responderá: «Sí, sí lo hay». «Bueno, pues, aunque lo haya, es tu deber, es necesario para tu autoestima que lo hagas». «No, no lo es». Es la voz, compañeros, de la glándula adrenal. El cuerpo, por tanto, posee su propia mente. De lo anterior se colige que la mente posee asimismo su propio cuerpo, aunque no podamos verlo ni se parezca a nada que hayamos visto antes.

Fred divisó el reflejo luminoso de las gafas de montura negra del doctor Matthews. Cuando volvió la cabeza, pudo distinguir los inexpresivos ojos que ocultaban los cristales. Asintió levemente. Expresar opiniones que consideraba carentes de todo sentido estaba provocando un extraño efecto en él. Era como estar colgado por los pies o como respirar un elemento equivocado, agua en lugar de aire y humo de pipa. Experimentaba una sensación de ahogo, de ansia por regresar a su hábitat.

—Y, si estamos de acuerdo, como debe ser, en que la mente ha demostrado repetidas veces su independencia y conocemos la respuesta del cuerpo en tales ocasiones, ¿no es razonable creer que la mente puede volver a hacerlo, sobreviviendo a la muerte por sus propios medios? —Corrigió esto último—: Quiero decir, gracias a su incapacidad para morir. Pero acabo de preguntarles «¿No es razonable?». He empleado la palabra «razonable». He apelado, como científico, y como científico de la Universidad de Cambridge, a su razón. Esta noche, sin embargo, eso es lo último que deseo hacer. «Deberíamos haber hablado, rezado por otro mundo completamente distinto, antes del nacimiento de este»,^[7] pero no lo hicimos, y aquí estamos, debatiendo con la razón para explicar el mundo que nos ha tocado. ¡Compañeros desobedientes, yo rechazo esa razón! Me presento hoy ante ustedes como un creyente. Creo en la gravitación sin peso, en la vida sin materia orgánica, en el

pensamiento sin tejido nervioso, en voces y apariciones sin causa conocida, en agua que se transforma en vino, en piedras que ruedan sin fuerza impulsora y en almas sin cuerpos. Más aún, creo que la hierba es verde porque el verde es relajante para la mirada humana, que el cielo es azul para darnos una idea del infinito y que la sangre es roja para que los asesinatos se resuelvan más fácilmente y los criminales sean llevados ante la Justicia. ¡Sí, y creo que viviré para siempre, pero viviré sin razón!

La boquilla de la pipa de Skippey no apuntaba ahora ni hacia arriba ni hacia abajo, sino que trazaba amplios arcos de lado a lado. Pero, en ese momento, Holcombe, que había estado escuchando con gran atención, alzó su brazo y su pipa con la intención de pedir la palabra para expresar su fuerte disentimiento.

—Estoy seguro de que no es la intención del orador confundirnos ni confundirse a sí mismo. Pero, después de su breve discurso, me ha surgido una duda: ¿considera el alma y la mente como una sola entidad o como entidades separadas y diferentes?

Era quizá el comentario más claro que le había oído a Holcombe hasta ese momento. Skippey se adelantó desde el fondo de la sala y, pasando, por alguna razón, un brazo sobre los hombros de Fred, dijo:

—Como presidente honorífico, reclamo el derecho a responder la pregunta. Imaginar algo implica realizar una nueva conexión entre dos o más vías nerviosas por las que circulan sendas corrientes. Los impulsos eléctricos son, probablemente, una analogía más exacta que las vías de ferrocarril. El origen de esas corrientes es siempre uno de los terminales sensitivos. Tomemos, a modo de ejemplo, el sentido de la vista. Fairly ve un pájaro que vuela sobre los helechos, y luego se fija en una joven. Más tarde combina ambas visiones e imagina un ángel. Así funciona la imaginación. Sin embargo, las personas perciben el mundo exterior de distinta forma. Para cada persona una cosa es lo que ella piensa que es. En otras palabras: las cosas son solo pensamientos.

—Eso no responde ni mi pregunta ni ninguna otra —dijo Holcombe alzando la voz.

En ese momento el rector del James's se puso en pie y se hizo el silencio. No tuvo que molestarse en mandar callar a nadie.

—Caballeros, soy consciente de la libertad de expresión que se permite, por derecho, a las sociedades de debate de esta universidad. Pero no creo que deba quedarme sentado esta noche, ni ninguna otra, escuchando sin más cómo se describe el alma como un simple pensamiento.

Miró una por una todas las caras que lo rodeaban.

—A pesar de que sé que ha estado totalmente fuera de lugar que me dirigiera a los asistentes, me gustaría plantear una última cuestión a su presidente. Mi pregunta es la que sigue: ¿cree usted que lo que yo llamo el «ojo interior», ese que se abre para algunos de nosotros, aunque no siempre cuando queremos o cuando lo esperamos, es un terminal sensitivo más?

—No, si hablamos en términos de disección —dijo Skippey, harto ya de la

polémica.

Tras el debate, la costumbre, al parecer muy arraigada, era ofrecer a los asistentes un refrigerio que no les gustara en absoluto. Se creía que era bueno para la mente, la cual, independiente o no del cuerpo, requiere una activación permanente que se logra a base de oposición, contradicción y sorpresa. Skippey estaba desesperado. ¿Qué podía ser bueno para la mente del doctor Matthews? Por primera vez se le pasó por la cabeza que podía haber algo infantil en el proceder de la asociación. El tesorero insistía a todos para que cogieran una pasta Health. Repicaban al caer en los platos.

—Me retiro para fumar otra pipa, o quizá media —dijo el doctor Matthews—. ¿Va alguien en mi dirección?

Miró directamente a Fred, que, a decir verdad, no lamentó en absoluto tener que marcharse de allí. No iba ni mucho menos en la dirección del doctor Matthews, pero agradeció la excusa para dar un paseo. Ayudó al rector a ponerse el abrigo y la toga, aunque habría sido más fácil —siempre lo es— que se los hubiera puesto él solo. En casos como esos, la ayuda solo resultaría tal si los brazos de las personas, igual que las mangas de las prendas de ropa, pudieran doblarse hacia atrás.

—Buenas noches, señor Skippey. Debe disculparme. Sigo la norma de irme a la cama antes de medianoche.

La lluvia y el viento habían cesado, dejando el cielo entreverado de nubes. Cuando echaron a andar, tranquilamente, hacia King's Parade, el rector dijo:

—Se llama usted Fairly, ¿no es así? Creo que estaba en el salón del St. Angelicus cuando hablamos del misterio de la puerta suroeste. Me ha gustado lo que ha dicho acerca de que la mente tiene derecho, como sin duda sucede, a su propio cuerpo, uno mucho más satisfactorio que el actual.

—Me pregunto, rector, si alguien le ha explicado el funcionamiento de nuestra sociedad. Uno de sus miembros habla en defensa de un tema y, a continuación, otro lo hace en su contra.

—La gente llega a extremos curiosos —continuó el rector, marcando el compás de sus palabras con una mano, como si cantara—. Mi hermana me ha escrito para comunicarme que ha dejado ciertas instrucciones en su testamento: quiere que le amputen el dedo meñique antes del funeral. De ese modo no habrá posibilidad, o digamos, más bien, *probabilidad* de que la entierren viva.

Fred no estaba seguro de cómo responder adecuadamente.

—Supongo que servirá —dijo.

—Sí, y además ella es muy aficionada a recrearse con este tipo de cuestiones. Pero el problema reside en el método que ha elegido, Fairly... Es ese su nombre, ¿cierto? Me refiero a que se puede perder un meñique en cualquier momento. Cada día utilizamos más máquinas en nuestra vida cotidiana, aparatos cuyo uso entraña ciertos riesgos... —añadió—. Y respecto a ser enterrado vivo... Muchas cosas siguen por ahí vivitas y coleando, ya sabe usted, cuando se creía que estaban enterradas y bien enterradas.

¡Qué extraño rostro el del rector, protector y paternal cuando le daba la luz, y un instante después, cuando giraba la cabeza y las gafas de negra montura centelleaban, qué máscara inexpresiva!

—Por cierto, ¿quién era aquel hombre, su amigo o su enemigo, de la barba?

—George Holcombe.

—Me temo que no lo identifico. ¿Es profesor en...?

—No es profesor en ninguna parte —dijo Fred—. Es ayudante en los nuevos laboratorios de química.

—Parecía un perturbado.

—Puede que lo sea.

—¿Por qué?

Como a Fred no le apetecía dar explicaciones, el rector continuó, pensativo:

—Siempre he creído que los nuevos laboratorios son un error, pero nunca se me habría ocurrido pensar que el personal pudiera no estar cuerdo del todo.

Guardó silencio y entonces Fred retomó la palabra.

—Iba a explicarle cómo funciona la Sociedad de los Desobedientes.

Pero ya habían llegado a la portería. Un encargado abrió la puerta, seguido por un gran gato atigrado que brincó al hombro del rector, hundiendo sus garras en la toga y preparándose para defender su sitio ante posibles rivales que quisieran ocuparlo.

—Espero que me acompañe a fumar esa pipa.

Fred dijo que se temía que él no fumaba.

—Quiere decir, por supuesto, que lo hace —dijo el rector, acariciando, triunfante, a su gato.

Al regresar a su habitación, Fred se encontró con que en la chimenea seguía ardiendo un buen fuego. Encendió la lámpara de aceite y rompió la carta que había empezado justo antes de la reunión. En una hoja nueva comenzó a escribir: «Querida Daisy».

¿QUIÉN ES DAISY?

Si Holcombe hubiera entrado en ese momento y le hubiera preguntado: «¿Quién es esa tal Daisy? ¿Entra dentro de la categoría de chicas aptas-para-casarse-con-ellas?», Fred no le habría podido dar una respuesta. Sabía su nombre, y le podía contar cómo la había conocido, pero ignoraba quién era y su dirección, así que, en realidad, no tenía modo de hacerle llegar ni esa carta ni ninguna otra. Presumiblemente, lo único que le había llevado a escribirle debía de haber sido el placer de ver su nombre sobre el papel.

Cierto día, tres semanas antes de la reunión de los Desobedientes, cuando ya estaba a punto de ponerse el sol, había salido a pasear en bicicleta por Guestingley Road.

En las afueras, Cambridge abandonaba su carácter de ciudad comercial. Aparecían las primeras parcelas de labrantío y los campos comunales, y, al borde de la carretera, casas de buen tamaño. Se acercaba la hora de la cena. Comenzaron a encenderse las luces en las plantas bajas, a la vez que las de los últimos pisos, donde se estaban preparando las camas para acostar a los niños. Descubrió a un par de ellos mirando por la ventana, tras las rejas de protección. A continuación empezaron a correr las cortinas, de peor calidad en las habitaciones de los niños, de manera que la luz de las lamparillas nocturnas brillaba a través de ellas mostrando sus colores: azul, verde, marrón o rojo. En la carretera había bastante tráfico: muchos coches y algunos carros de las granjas cercanas. Pasado el cruce, la circulación se hizo más fluida y Fred pudo acelerar la marcha. Solo había dos ciclistas delante de él, dos luces rojas traseras que no marchaban juntas. Uno era una mujer, seguramente joven, o al menos eso indicaba su silueta. Llevaba puesto un impermeable de algodón encerado que reflejaba las luces de la calle. Fred, por supuesto, conocía bien el camino, pero aun así iba con cuidado. De repente, el muro de ladrillo que quedaba a su izquierda desapareció y dejó paso a un gran trecho de oscuridad. Ese hueco, recordó Fred, correspondía a la entrada de una granja, una de las que se obstinaban en sobrevivir, fastidiando con sus ruidos y su hedor rabioso y penetrante a las respetables casas que la flanqueaban. Fred iba justo detrás de las dos bicicletas que lo precedían, seguramente más cerca de lo aconsejable, cuando, sin previo aviso, un caballo y un

carro salieron, casi a medio galope, del trecho oscuro. El carro no llevaba luces y el conductor, tal vez borracho, o muerto o dormido, se bamboleaba en el pescante sin sujetar las riendas. Se escuchó una especie de grito o de alarido que bien podía proceder del caballo, porque los caballos viejos son capaces de emitir ruidos extraños cuando son presa del terror. Después de un sonido de cristales haciéndose añicos, Fred, que había clavado los frenos, perdió la verticalidad y se dio un violento golpe en un lado de la cabeza. Después, todo se volvió negro.

Cuando volvió en sí, tenía una sed terrible. Seguramente, si se acababa de despertar de la siesta, le traerían un poco de limonada. Algo lo mantenía a flote, librándolo del dolor que lo acechaba. No sabía dónde estaba, pero dado que se encontraba en una cama con un colchón mullido, quedaba claro que no era en el *college*. La habitación parecía respirar por sí misma. Al menos, había algo que respiraba justo a su lado. La luz era tenue, pero bastaba para proyectar, sobre una pared con un empapelado de flores irreconocibles, la sombra de un lavamanos con su jarra y su palangana. Lo habían tapado con un edredón blanco y una colcha del mismo color. Aquello se parecía mucho a la habitación de un niño. Sobre el borde de la blanca colcha, a unos quince centímetros de él, asomaba la limpia mano izquierda de una chica. Llevaba un ancho anillo de oro en uno de sus largos dedos; en el cuarto, concretamente. Fred sacó su mano y tocó la de la chica. El oro era suave; la piel, áspera.

No podía verle la cara, porque estaba tendida junto a él mirando hacia otro lado, pero sí una larga melena —una melena abundante, habría dicho su madre—, tirando a castaña, o entre pelirroja y castaña, con un recogido que había empezado a desmoronarse. También alcanzaba a distinguir que los ojos de la chica estaban cerrados.

«¡Dios mío, vaya suerte!», pensó él.

De repente, su mente se aclaró. Se sentó y aguardó un momento, por si le entraban ganas de vomitar, cosa que habría resultado de lo más desagradable. Tras semejante comienzo no bastaría con una disculpa, y tampoco podría presentarse como si no hubiera pasado nada. Permaneciendo tan inmóvil como le resultaba posible, dijo:

—Le debo una explicación. Me llamo Frederick Fairly. Soy profesor adjunto de Física Aplicada en, en... —Seguramente recordaría el nombre en breve—. Creo que he tenido un accidente. Y creo que usted también. Creo que es usted la chica que iba justo delante de mí.

Pero se trataba de una inferencia injustificada. De hecho, era muy posible que ella viviera en aquella casa y que aquella fuera su cama.

Sin moverse ni abrir siquiera los ojos, cuyas largas pestañas castañas continuaban inmóviles, como si no mereciera la pena tomarse la molestia de mirar a nadie, ella respondió:

—Me llamo Daisy Saunders. ¿Dónde está mi bicicleta?

—No lo sé, señora Saunders.

—No soy... —dijo ella—. No soy... No soy... No es mía.

—¿Quiere que vaya a buscarla?

—Sí —musitó ella.

—Yo tampoco sé dónde está mi bicicleta, ni mi ropa.

Fred tenía la cabeza vendada. ¿Dónde estaban su chaleco, su camisa, su cuello, sus calcetines, sus ligas y sus pantalones?

—Lamento decirle que no llevo nada puesto. De no ser así, creo que podría levantarme.

—No se preocupe por su ropa. He visto a cientos de hombres desnudos.

«Delira —pensó él—. No sabe lo que dice». Actuando de forma algo imprudente, se levantó de la cama. Para entonces ya se había habituado a la tenue luz, y ya no le cupo duda de que se encontraba en una habitación infantil, o en una que lo fue en algún momento. Junto a la ventana había un caballito balancín con un bulto oscuro sobre la espalda —quizá sus pantalones—. Una cenefa de azulejos en pleno vuelo recorría el interior de las altas paredes. La lamparilla de noche ardía dentro de una especie de jaula metálica, una jaula para pájaros. «Parece el decorado de una obra de teatro. O a lo mejor es que he vuelto a nacer», pensó. Pero cuando era pequeño, en su casa, las chicas eran las únicas que tenían una especie de habitación infantil. Él, aunque era el mayor, se había criado en el trastero.

—Regrese a la cama y no vuelva a moverse —dijo la chica—. Son las órdenes.

—Me temo que está usted confundida, señora Saunders.

—No soy la señora Saunders.

Fred volvió a la cama. Las sábanas despedían un aroma suave, delicioso, a jabón Pears. Lo que más le dolía era el costado derecho: la sien derecha y el hombro de ese lado, pero no la pierna derecha, que parecía estar como siempre.

—¿No ha encontrado sus cosas?

—No lo sé.

—¡Menuda suerte la mía! Inmovilizada en una cama con un vago...

Fred se sintió profundamente herido. En toda su vida, nadie lo había llamado vago.

—¿Dónde está el hombre que me acompañaba? ¿Qué le ha pasado? —preguntó ella.

—No sé qué le ha pasado. No me importa qué le ha pasado. ¿Por qué hablamos de él?

Puede que levantara un poco la voz. La puerta se abrió y la claridad inundó la habitación, un segmento de luz que luego se extendió sobre los azulejos y la blancura de las paredes para llegar hasta el techo. Alguien asomó la cabeza. Y una voz masculina, clara y potente, con el típico tono pedante de Cambridge, dijo:

—Venetia, hay dos completos desconocidos en la habitación del niño. Uno es un hombre que ha perdido su ropa. El otro es una mujer que también debe de haberla

perdido. —Y, a continuación, asomándose un poco más, añadió—: Resulta que están ustedes en mi casa. Pero no les exijo nada. Piensen que no soy un tipo hospitalario... Me llamo Wrayburn.

Estaba claro que nada le preocupaba. Era la clase de persona que siempre cuenta con alguien que se preocupa de las cosas por ella. De hecho, justo detrás de él, entró en la habitación la exuberante y caritativa señora Wrayburn, adornada con flecos y borlas como una india, aunque también llevaba puestos unos quevedos.

—Queridos míos, quería que durmierais tranquilamente hasta que llegara el médico.

—¿Están enfermos? —preguntó el señor Wrayburn, algo confuso.

—Los trajo el hijo del granjero. Brazos fuertes, ya sabes. Pero, por supuesto, no quise molestarte.

—Pues me han molestado —dijo el señor Wrayburn—. He oído voces aquí arriba. ¿Por qué no se los llevaron a la granja?

—¿Señora Wrayburn? —interrumpió Fred.

—¡Ah! ¡Puede hablar!

—Hablaba mucho más alto hace un momento, y caminaba haciendo temblar el suelo —protestó el señor Wrayburn.

—Es usted el señor Fairly, ¿no es así? Encontré una tarjeta en el bolsillo de su chaqueta. Y ella es su esposa.

—Yo no soy la señora Fairly —dijo Daisy.

—Pero lleva usted anillo de casada, querida. Y estaban los dos, uno encima del otro, en la carretera. Los trajeron aquí uno encima del otro, apilados.

—No soy su mujer.

El señor Wrayburn hizo acopio de todos sus buenos modales.

—En cualquier caso, espero que estén cómodos —dijo.

* * *

Trasladaron a Fred a una clínica en Bridge Street, o al menos eso supuso cuando despertó y se encontró allí, junto a su cepillo de dientes y su camisa de dormir: objetos que alguien del St. Angelicus debía de haberle enviado. Tomaron la decisión después de que perdiera el conocimiento por segunda vez, le explicó la incansable señora Wrayburn, tocada con un sombrero de terciopelo bordado, en el transcurso de un amable interrogatorio. Inexplicablemente, el señor Wrayburn la había acompañado. Fred quiso saber dónde estaba la señorita Saunders.

—Parece usted más seguro de su nombre que ella misma —dijo el señor Wrayburn.

—¿Por qué dice eso? ¿La está censurando? —preguntó Fred, decidido a levantarse y abandonar la clínica, que de todos modos no podía pagar.

—¿Censurarla? ¡Por supuesto que no la está censurando! —exclamó la señora

Wrayburn—. ¿Por qué debería una joven, o cualquier otra mujer, dar explicaciones sobre lo que hace? ¿Por qué está obligada a recordar su nombre, si no quiere hacerlo? Todo cuanto tenemos derecho a preguntar es: ¿predominan en su carácter los más elevados ideales? ¿Recorre la senda que conduce a la dicha? ¿Se encuentra en armonía con el nuevo siglo?

—No podría asegurarlo, señora Wrayburn —dijo Fred—. ¿Qué le ha contado ella?

—No parecía tener heridas graves. Pero estaba muy pálida. Sea como fuere, se levantó, se vistió y dijo que, en caso de ser necesario, iría al médico en cuanto volviera a Londres. Nos dio las gracias. No es que nosotros esperáramos que lo hiciera...

—Esperábamos que lo hiciera —dijo el señor Wrayburn—. Jamás he tenido tantos motivos para esperar que alguien me diera las gracias.

—Por lo que a mí respecta, no puedo agradecerérselo lo suficiente —dijo Fred—. ¿Mencionó a qué parte de Londres iba?

La señora Wrayburn meneó la cabeza y, con una sonrisa de sincera amabilidad, dejó junto a la cama una bolsa de papel llena de racimos de uvas y unas tijeritas chapadas en plata para cortarlas.

—Tome cuantas quiera, señor Fairly, y devuélvanos las tijeras cuando pueda. ¡Corte! ¡Corte!

Cuando se iban, el señor Wrayburn se demoró un momento y le dijo:

—Me he enterado de que tiene un puesto de profesor adjunto en el St. Angelicus. Si mi esposa lo hubiera sabido, jamás habría cometido, no lo dude, la equivocación de pensar que era usted un hombre casado.

Los Wrayburn dieron aviso a la policía. Pero para cuando llegó el primer agente, el caballo había llevado el carro al borde de la carretera y pastaba a oscuras, mientras que el conductor, fuera quien fuera, había desaparecido sin dejar rastro. El dueño de la granja les contó que era un trabajador eventual que iba a recoger una carga de viejas traviesas de madera a la estación de tren. Llevaba unas patatas de la siembra para intercambiarlas por las vigas de madera. El granjero no supo explicar para qué las quería, simplemente pensaba que podían serle útiles para algo. Se llamaba Saúl, pero ese podía ser tanto su nombre de pila como su apellido, ¿no? No sabía de dónde era y también ignoraba que el carro no llevaba luces. En la estación, el personal no había oído hablar de ninguna venta o intercambio de traviesas viejas, las cuales eran, en todo caso, propiedad de la Great Eastern Railway. La policía encontró aquellas explicaciones poco convincentes. La bicicleta de Fred y la de Daisy, ambas dañadas, seguían a un costado de la carretera. Daisy había alquilado la suya aquella misma mañana en la tienda de Trimmer, en Silver Street. Tuvo que dar su nombre y dejó un soberano en depósito. No había vuelto a la tienda y, aunque en el local, por norma, anotaban siempre la dirección de los clientes, no pudieron encontrar la suya por ninguna parte. A Fred le preguntaron si pudo ver si había alguien más en el lugar en

el momento del accidente. Sí, otro hombre, que iba en bicicleta justo delante de la señorita Saunders, pero no sería capaz de describirlo, y no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía. Aunque la policía lo interrogó con mucha más cortesía de la que había empleado con el granjero y con Trimmer, tampoco encontró su testimonio muy convincente. Quedaba claro que iba a resultar complicado preparar un caso que llevar al tribunal de primera instancia.

—¡Pero tienen que encontrar a la señorita Saunders! —dijo Fred—. No hay nada más importante.

La policía dijo que haría todo lo posible por averiguar algo sobre la chica. Pero ahora fue Fred quien encontró aquella promesa poco convincente. No quería que averiguaran nada sobre Daisy: quería que la encontrarán.

Segunda parte

DAISY

Daisy vivía en el sur de Londres, justo donde Stockwell se convierte en Brixton. Se había acostumbrado a vivir en aquel barrio tan tumultuoso. Las aceras parecían demasiado estrechas para acoger a los vecinos, que se desparramaban invadiendo las calzadas, por las que vendían toda clase de objetos: cerillas, juguetes de plomo u hojalata por un penique, almanaques, medicamentos, jaulas para pájaros y demás, hasta que se iba la luz, y con ella las posibilidades de vender. Entonces las casas abrían sus puertas y, de algún misterioso modo, los acogían a todos, junto con los trabajadores que regresaban al cabo de la jornada, los oradores procedentes de sus esquinas alumbradas con luz de gas, los niños y los borrachos. Cuando, finalmente, cada uno de ellos se había instalado en su lugar, las puertas se volvían a cerrar. Pero en el sur de Londres, una vez que te alejabas del río y de sus almacenes, las construcciones eran bajas, así que, cuando la niebla se aclaraba, se abría ante los ojos un cielo inmenso, que cambiaba a su particular ritmo, mostrando el sol y las nubes, o el manto de las estrellas.

Daisy creció entre los olores del vinagre, la ginebra, el humo de carbón, la parafina, el estiércol de caballo procedente de los establos en los patios traseros, el cloruro de cal de las fábricas de los callejones y el pan que se horneaba cada mañana. Durante su infancia, su familia había pasado penurias. Aunque la pobreza nunca es buena, la gran ciudad estaba casi tan preparada para los muy pobres como para los muy ricos. Los puestos de los mercados organizaban sus mercancías según un sistema estricto, colocando la más barata en uno de los extremos. Los clientes aceptaban, sin pretensiones, el extremo que les correspondía. En el barato podía conseguirse, por ejemplo, pezuña de ternera, que no se estropeaba tan rápido como el resto de la carne. La pezuña se cocía a fuego lento en el fogón del fondo de la cocina, durante casi todo el día, hasta que el caldo, según la señora Saunders, cogía consistencia. Tras la prolongada cocción, se retiraban los huesos y se comprimía la masa resultante, glutinosa y gris, con un plato, sobre el que se colocaba una plancha de hierro. Una de las fábricas de cola que había río abajo recogía los huesos sobrantes de las cocinas, aunque pagaba muy poco por las pezuñas de ternera.

Los días en que vencía el pago del alquiler trimestral, llegaba a cada buzón una

octavilla con el siguiente mensaje: ADELÁNTESE A SU CASERO. NO TENEMOS INCONVENIENTE EN TRABAJAR A ALTAS HORAS DE LA NOCHE. Aquellos hombres se dedicaban a trasladar cosas en carretillas, menos ruidosas que un carro con un caballo. Las Saunders, madre e hija, siempre habían vivido por esa zona, aunque nunca repetían alquiler en la misma calle. La madre de Daisy quería estar cerca de su trabajo, la fábrica de cerveza Falcon. Daisy cuidaba niños. No tenía hermanos ni hermanas, pero la señora Saunders pensaba que eso era, en realidad, una ventaja, pues de otro modo ya estaría harta o cansada de bebés.

Era razonable pensar que Daisy había tenido un padre, aunque no sabía mucho de él. Figuraba en el certificado de nacimiento de Daisy como envasador y comerciante. ¿Qué había envasado y con qué había comerciado? ¿Dónde vivía ahora? Ni la madre ni la hija querían saberlo. Entonces se produjo un inesperado, y de hecho extraordinario, golpe de suerte: la hermana de la señora Saunders, de quien nada sabían, les dejó una casa, una pequeña casa adosada en Hastings. Los abogados les escribieron para comunicarles que les habían «ordenado» informar a la señora Saunders y que «deseaban» ponerla al tanto de los detalles.

—Y yo que creía que había muerto... —No dejaba de repetir la señora Saunders.

—Y ha muerto —dijo Daisy—. Así que en cierto modo no te equivocabas.

—Siempre imaginé que, de seguir viva, se habría ido a vivir a Nueva Gales del Sur...

—No te aflijas —le interrumpió Daisy—. No lo sientes tanto.

—Si lo hubiera sabido a tiempo, lo habría sentido —repuso la señora Saunders.

La noticia no era tan extraordinaria como parecía. El abogado escribió de nuevo para rectificar la idea —que solo él les había llevado a creer— de que la casa pertenecía, o pertenecería en algún momento, a la señora Saunders. La herencia consistía en cierta cantidad que procedía de un alquiler. Durante los siguientes cinco años, nada más, pues en realidad se trataba de un subarriendo, recibirían cinco libras trimestrales. Eso suponía una gran mejora en su nivel de vida, les explicó el abogado.

La señora Saunders continuó, pues, encorchando botellas en Falcon. Su sueldo le permitía enviar a su hija a la escuela gratuita financiada por la Asociación de Vendedores de Bebidas Alcohólicas, en Latchmere Road. Daisy creció y se convirtió en una chica alta y delgada, pero robusta. Estaba repleta de energía. Trabajaría mucho durante toda su vida. La dificultad de decidir si su cabello, tercamente rizado, era más bien castaño o más bien pelirrojo no dejó de llamar la atención hasta que encaneció. En realidad, dependía de la luz.

A los quince años se recogió el pelo, lo sujetó con resistentes horquillas de acero y empezó a trabajar en una oficina. Eso suponía cruzar el río, junto con otros ciento cincuenta mil habitantes del sur de Londres, dos veces al día. Los sociólogos de la época compararon ese desplazamiento de gente con los de las grandes guerras o con los que se producían cuando sucedía una catástrofe en un paraje vecino. Tanto en

unos como en otros, los fugitivos, sin mirar atrás, se apresuraban a cruzar los puentes por cualquier medio posible, frenándose tan solo ante el miedo a tropezar, caer y ser pisoteados. En la parada del tranvía no solía haber cola —solo se hacía cola en los dispensarios médicos gratuitos—, y cuando doblaba la esquina dando bandazos, avanzando con obstinación, la multitud se arracimaba a su alrededor, desplazándose como un oscuro enjambre de abejas. Había que embestir y colocarse entre los primeros. Pero la defensa también había que estudiarla. Daisy acudía al trabajo, al igual que sus amigas, abotonada del cuello a los pies, con el sombrero prendido con horquillas y tratando de protegerse contra todo tipo de aproximaciones indeseadas. También llevaba en el anular un ancho anillo de oro, heredado asimismo de aquella tía de Hastings de la que durante tanto tiempo nada habían sabido. ¿Se había casado la tía Ellie? En el interior figuraba una inscripción: SI HAY ALGO QUE DEBE SABERSE LO SABREMOS ALGÚN DÍA.

Los que se le acercaban en el agobiante hacinamiento del tranvía preferían ignorar la alianza de matrimonio, y acababan por saber, tan bien como ella misma, qué más llevaba Daisy encima. Era una batalla sin reglas y, cuando el tren se ponía en movimiento con su carga humana, oscilante y pestilente, los hombres se colocaban la mano sobre el bolsillo donde llevaban el billete y la cartera, mientras que los escolares se protegían los genitales y las mujeres todo punto de posible contacto, por delante y por detrás.

Daisy estaba trabajando en la Cristalería Lambert, en Fulham. Aunque oscuro y de apariencia nada prometedor, el establecimiento tenía sobre la puerta una gran vidriera que representaba el regreso de la oveja descarriada. El cielo estaba compuesto de una pieza única de cristal opalescente, en la que el blanco y el azul se combinaban al azar, creando el efecto de altas nubes veraniegas. Probablemente nadie en la Inglaterra de 1909 podía fabricar una vidriera como aquella. Desde luego, la Cristalería Lambert no. Aunque casi todas las casitas de Battersea, Clapham, Streatham y Stockwell habían decorado su entrada con una pequeña vidriera, Daisy jamás había visto, ni siquiera en la iglesia, nada parecido.

En Lambert se trabajaba de ocho a ocho. La joven Daisy llegó con un irreprimible afán de complacer, como si fuera la primera mañana tras la Creación: una de las mayores demostraciones de esfuerzo malgastado de la historia. Le asignaron un taburete y un perchero en un lúgubre almacén mal ventilado al fondo de la cristalería. Disfrutaba sobre todo con las columnas de cifras, en especial si algún asiento estaba equivocado. 8073 pies de cristal a un chelín y seis peniques el pie, con cordón de plomo de medio centímetro, pasaban de cinco dieciseisavos, y el importe aumentaba un 13,5%. Esto le producía una enorme satisfacción, como si se hubiera enfrentado a un gran desafío y lo hubiera vencido.

Ganaba doce chelines semanales. La señora Saunders perdió su trabajo en la fábrica de cerveza. Algo le pasaba: tenía dolores, aunque no siempre en el mismo sitio. Y ahora disponía de tiempo de sobra para pensar en ello. Se habían mudado a

dos espaciosas habitaciones en el último piso de una casa en la que de todas las ventanas, salvo de las suyas, colgaban papeles escritos a mano que anunciaban útiles servicios: RECOGIDA Y LAVADO DE ROPA —en la planta baja, donde estaba la caldera—, PROFESOR DE MÚSICA EN CONDICIONES, REMEDIOS HERBALES.

—Es mejor que no los pruebes —dijo Daisy.

Pero la señora Saunders ya había pasado todo un día con el herborista. Sabía que no tenía más que dosis de hierba cana para aliviar las molestias de la menstruación, y de menta poleo, en sobrecitos, para provocarla. Nada para mujeres de su edad.

No había pasado ni un año, cuando Daisy fue despedida de Lambert. Pronto comenzó a trabajar en otro sitio, Cartones Sedley, también en contabilidad. Pero tampoco allí duró más que unos meses. ¿Hacía algo mal? No, se decía Daisy impasible. No podían ponerle ninguna pega. La señora Saunders suspiró.

—Me dijiste que el señor Lambert no podía tener quietas las manos. ¿No se fijó en la alianza de la pobre Ellie?

—¡Por Dios, madre! Eso es solo para el tranvía —dijo Daisy—. Para el viaje nada más. En el trabajo me la quito. Lambert sabía perfectamente que tengo quince años y que no estoy casada. No hablemos más de él.

—¿Y qué hay del señor Sedley?

—Ese es peor —respondió Daisy—. Todo un engatusador.

«Engatusador» era una palabra que nadie al sur del río usaba a la ligera. Tampoco nadie hubiera dicho que Daisy era problemática o de trato difícil, ni siquiera un poco especial. Al contrario, todos sabían de su generosidad, y pensaban que haría cuanto estuviera en su mano por ayudar a los demás. Lo único que sucedía era que no quería que el viejo señor Lambert se tomara ciertas libertades con ella, y aún menos el joven Sedley.

Las tasas de desempleo eran altísimas en aquella época, la peor que Daisy había conocido. Consideró que ya no estaba en edad de volver a estudiar y consiguió una recomendación del sacerdote de la iglesia anglocatólica de Santiago el Menor. El padre Haggett se compadecía de sus feligreses y estaba dispuesto a firmar cualquier cosa, dentro de lo razonable, que los ayudara a ganarse la vida. Gracias a él, Daisy consiguió un trabajo de lavandera, pero por nada más que siete chelines semanales, con una penalización de tres peniques si causaba algún desperfecto.

Daisy quería a su madre, que era su única pariente, pero, de algún modo, se sentía culpable de su muerte. En la primavera de 1909, Selfridge inauguró sus grandes almacenes en Oxford Street. Con motivo del evento se imprimieron unas circulares que aparecieron pegadas a todos los escaparates. Todo el mundo las vio. Daisy descubrió una de ellas en la sala de lectura para mujeres que estaba al fondo de la iglesia.

Es nuestro deseo dejar meridianamente claro que la invitación a la inauguración de Selfridge va dirigida a todo el público británico y a cualquier visitante venido del extranjero. No es necesaria ninguna carta o tarjeta. Todo el mundo es bien recibido para disfrutar del placer de hacer compras y contemplar

escaparates, lo que dará comienzo en el mismo momento de la apertura de puertas. Todo es NUEVO salvo los elevados y arraigados principios por los que nos regimos: integridad, sinceridad, generosidad en el comercio y trato cortés.

El espléndido edificio, con columnatas en las fachadas y multitud de ventanales, se había levantado, decía la circular, en tan solo un año, proporcionando empleo a mil quinientos hombres durante aquella triste depresión. Tenía hasta ascensores que funcionaban gracias a la instalación eléctrica.

—Te llevaré a verlo, si te apetece —le dijo Daisy a su madre—. En mi primera tarde libre.

La señora Saunders había estado en el West End varias veces, pero nunca en unos grandes almacenes. La idea de ir de la mano de su alta y guapa hija casi la hizo enloquecer de alegría, pero no bajó las defensas.

—Estaría bien, si a ti no te importa ir —dijo.

Tomaron un tranvía hasta Victoria y luego un autobús descubierto, al que subieron de puntillas y a la carrera, como alondras alzando el vuelo, para hacerse con los dos asientos delanteros del costado izquierdo, desde donde se contemplaban las mejores vistas. Confiaban en que las grisáceas nubes levantarán. Oxford Street estaba casi paralizada, atascada con carros y coches. Se apearon delante de Ruscoe's, el humilde negocio de paños contiguo a los nuevos grandes almacenes, en el número 424. Una alfombra roja cubría la acera, en homenaje a los clientes de Selfridge. Incluso los más modestos compradores, los que en realidad iban a Ruscoe's, se daban el gusto de pisarla, aunque solo fuera el borde. Al otro lado de la puerta principal, bajo una iluminación deslumbrante, se encontraba el mismísimo Gordon Selfridge, ataviado con una levita que, al anochecer, sustituiría por un traje de etiqueta. La señora Saunders lo saludó con una regia inclinación de cabeza. Con Daisy del brazo no se sentía inferior a nadie. De hecho, lo que más gozo le causaba no era la perspectiva del centenar de departamentos de que constaba el almacén, que la publicidad comparaba sin recato con los bazares del Lejano Oriente, o de los mil doscientos empleados, sino la oportunidad de demostrar a todos que, para una mujer como ella, aquello no era para tanto.

Después de haber visto quizá veinte de los cien departamentos, Daisy propuso tomar el ascensor y subir a los Tea Gardens. Los Gardens estaban en la azotea. Así respirarían un poco de aire fresco. Daisy lo dijo como si acabaran de llegar de lo más profundo del país, como si ellas siempre hubieran vivido entre bosques o patatales.

—¡Aire! —dijo la señora Saunders—. No pueden cobrarnos por eso.

—Todavía no nos han cobrado por nada —repuso Daisy.

Durante los primeros días, cada mañana, tanto en el momento de la apertura de los almacenes como en el cierre, se tocaría un clarín, como si cada día dedicado a las compras fuera un hito en la historia. La señora Saunders, que había hablado mucho del prometido toque de clarín y que ahora tenía la oportunidad de escucharlo, no parecía mostrar el menor interés por asistir a la ceremonia.

—Me iría ya a casa —dijo—. No se pueden ver tantas cosas.

—Estás cansada, madre.

—No lo estoy —negó la señora Saunders—. ¿Alguna vez me has visto cansada?

—No es pecado cansarse.

—Admitirlo, sin embargo, constituye un gran error.

Después apenas dijo nada hasta que tomaron el tranvía y cruzaron el río de nuevo, hacia su territorio. Las calles comerciales estaban a oscuras, los puestos se habían retirado a los callejones y se habían envuelto en apretadas lonas. Hasta ellas llegaba el olor de los establos atestados y, de cuando en cuando, el sonido de un caballo que cambiaba el peso de un casco al otro. Bajo las farolas de gas, en las encrucijadas de las calles, los predicadores, los oradores políticos, los marxistas y las sufragistas se habían quedado sin oyentes y volvieron a sus alojamientos —los que los tenían—.

—¿Qué te ha parecido, Daisy? —preguntó la señora Saunders—. ¿Cuánto crees que durará? Planta tras planta de objetos... No he querido mirar cuánto pedían por cada cosa. Y la mercancía expuesta, para que todo el mundo la vea. No creo que eso sea muy decente.

—Lo sé —contestó Daisy—. Solo les falta pedirle a la gente que pase y se sirva ella misma.

Sacó la llave de la puerta del bolsillo de la falda.

—Bueno, yo solo he cogido una cosa —dijo la señora Saunders.

«¡Dios mío, no es posible!», pensó Daisy. De todos modos, no podía ser nada muy grande.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—Al viejo estilo.

Eso significaba que lo había metido dentro del paraguas. Daisy pasó su brazo sobre los hombros de su huesuda y menuda madre.

—Lo he cogido para ti, Daisy. Es un regalo para ti.

—No, no lo has hecho por eso —dijo Daisy.

—Bueno, puede que no.

Subieron las escaleras, y su madre le mostró el regalo. Se trataba de una «rata», un rollo de pelo artificial que se coloca debajo del propio para hacerlo parecer más abundante, y que se había puesto muy de moda. Lamentablemente, la rata siempre asomaba demasiado, o no lo suficiente, y, además, aquella era de un tono rubio dorado.

—¿De verdad te gusta? —preguntó Daisy, dudosa.

—No, en realidad no. Ahora que la miro otra vez no me gusta tanto. No es del tono de mi pelo, y tampoco del tuyo. Me recordó el color que yo tenía a tu edad. Podemos devolverlo, si vamos otra vez por allí.

—Yo no me preocuparía por eso. Mil doscientos dependientes, además de los clientes... Seguramente se encontrarán con que les faltan unas cuantas cosas al final de cada día. Tendrías que haber cogido algo que quisieras de verdad.

Tres días después, mientras Daisy estaba trabajando, la señora Saunders murió. Esta sintió profundamente la pérdida, y pensar que no había estado a su lado en sus últimos momentos supuso un motivo añadido de pesar. No le preguntó al médico si la visita al West End habría sido la causante del ataque al corazón porque sabía que él no podría darle ninguna respuesta concluyente. Así que Daisy ni lo mencionó.

El herborista, el profesor de música en condiciones y la lavandera se dejaron caer por el alojamiento de Daisy. Ella no se engañaba: sabía que solo habían ido por si podían quedarse con algunas de las cosas de su madre. Al menos el lavamanos y la estufa de petróleo estaban ocultos por una cortina. Les dijo que, en cuanto terminara de organizado todo, les avisaría por si querían algo. Ella no iba a quedarse con nada, salvo con una fotografía de su madre de joven. De la imagen no se deducía que la señora Saunders hubiera sido rubia en algún momento, pero quizá el fotógrafo había cometido un error al colorearla.

—¿No va a conservar los muebles, señorita Saunders? —preguntó el herborista.

—No pienso quedarme aquí —dijo Daisy.

—¿Y el lavamanos?

—No voy a llevármelo.

El herborista habría supuesto que estaba detrás de la cortina, o tal vez hubiera alcanzado a ver la encimera de mármol.

Daisy avisó al abogado, que le dio sus condolencias. Cuando lo llamó de nuevo para saber qué iba a suceder con el alquiler de la casa de la tía Ellie, él le informó de que, con el fallecimiento de la señora Saunders, la renta de cinco libras trimestrales cesaba de manera automática.

—¿Y quién va a recibirlas ahora? —preguntó Daisy.

El abogado dijo que ella haría bien en pensar detenidamente sobre su futuro. Daisy le contó que siempre había querido, y seguía queriéndolo —ahora que no tenía que preocuparse por su madre resultaría más fácil—, ser enfermera de hospital.

—Hay dos modos de llegar a ser enfermera —explicó él—. Puede comenzar como una simple aprendiz. La mayoría de ellas, según tengo entendido, provienen del servicio doméstico. O puede pagarse unos cursos, como hacen las damas y, por supuesto, acabar vistiendo un uniforme muy diferente y evitando ciertas tareas desagradables. Usted, imagino, no entra dentro de este último grupo.

Tal vez para compensarla por haber perdido la renta de la casa de Hastings, el abogado no le cobró nada por el consejo.

EL HOSPITAL DE BLACKFRIARS

La enfermera jefe del Blackfriars solo entrevistaba a las aspirantes los viernes, entre las dos y las cuatro de la tarde. Tras llamar al timbre y atravesar las puertas exteriores y las interiores, Daisy se dio un pequeño repaso para asegurarse de que estaba a la altura de las demás aspirantes. Vestía un abrigo azul marino, falda y un sombrero, también azul marino, de paja, con una buena mano de laca encima para que conservara la forma incluso bajo una fuerte lluvia. Dos alfileres con sencillas cabezas de cristal lo mantenían en su sitio. Las mangas del vestido le quedaban un poco cortas. Había tenido que remangárselas para esconder los gastados puños. Algunas los teñían, pero Daisy no lo hacía jamás. En la puerta interior había una nota donde se leía: ESTE HOSPITAL RECHAZA TODOS LOS AÑOS MÁS DE UN CENTENAR DE SOLICITUDES DE PERSONAS DESEOSAS DE FORMARSE COMO ENFERMERAS. CADA AÑO SON ACEPTADAS, COMO MUCHO, 4 ó 5. Todo un reto para dar la bienvenida a los espíritus ambiciosos. Porque por él, o a pesar de él, todas las sillas de la sala de espera estaban ocupadas. Daisy se quedó de pie, con la espalda contra la pared, observando a las chicas rígidamente sentadas. Todas llevaban vestidos azul marino con las mangas demasiado cortas, todas llevaban sombreros de paja, salvo una mujer morena, de aspecto extranjero — puede que española, puede que de Gibraltar—, mayor que las demás. No se podía aspirar al puesto con más de treinta y ocho años, y ella debía de rondar los treinta y siete. Le preguntó a Daisy si venía de lejos. Daisy respondió que estaba acostumbrada a caminar. Las demás apartaron la mirada, como si, en caso de escuchar, la conciencia pudiera obligarlas a cederle el asiento.

—La que está dentro saldrá enseguida —dijo la mujer morena—. Hoy va rápido.

—¿Ha estado antes aquí? —La pregunta no había sido muy educada, y la mujer no respondió.

La puerta de la enfermera jefe, pintada de blanco y con cerradura de latón, se abrió. Una chica cruzó la sala con la cabeza gacha y le dijo algo —que ninguna de las demás llegó a oír— a la recepcionista. Las aspirantes se movieron ligeramente en sus asientos. O la chica estaba resfriada o lloraba. Entonces apareció el portero y la recepcionista le pidió que llamara a un taxi. La aspirante parecía una dama.

Daisy fue la última en pasar. Miró con respeto a la mujer sentada al otro lado del escritorio. Había que dejarse la piel, puede que pelear y hasta sangrar, para alcanzar un puesto como aquel. La enfermera jefe era una mujer baja, de piel pálida y cabello claro, que estaba tan derecha como si colgara de un garfio.

—Puede sentarse.

Tenía delante el impreso de solicitud de Daisy, y leyó en voz alta su nombre y su dirección.

—Tiene usted casi dieciocho años. ¿Es usted soltera o viuda? Si es viuda, ¿tiene hijos? Y si tiene hijos, ¿cómo y quién los mantiene?

—Estoy soltera.

—¿Tiene a alguien a su cargo?

—Ya no.

—Puede llamarme enfermera jefe.

—Ya no, enfermera jefe.

—¿Y recientemente?

—Mi madre. Falleció en marzo.

—Y eso la dejó a usted libre para trabajar como enfermera, lo que le permitiría dejar de vivir en su casa.

—Supongo que así es.

—Por lo tanto, su fallecimiento supuso un alivio para usted.

—No, yo no diría eso, no lo creo. Tampoco fue un alivio para ella.

La enfermera jefe no pareció prestar atención a sus palabras, seguía pendiente de los papeles del escritorio.

—Su certificado de nacimiento. Es usted demasiado joven, pero la dirección ha relajado la política a este respecto. Certificado de vacunación. ¿Altura?

Daisy dijo que aproximadamente un metro sesenta y siete.

—No me basta con aproximaciones —dijo la enfermera jefe—. Estudió en la escuela de la Asociación de Vendedores de Bebidas Alcohólicas. Diploma a la buena conducta y a la perseverancia. ¿Estudió latín? ¿Sabe lo que significa *enemata*?

Daisy no lo sabía, pero dijo que estaba dispuesta a aprender.

—No espero que las chicas que vienen al hospital sepan nada. ¿Es usted fuerte? ¿Está sana? ¿Ha padecido alguna enfermedad importante? Permítame decirle, para ahorrar tiempo, que varias de las aspirantes de hoy, después de hacer memoria detenidamente, recordaron haber padecido fiebres reumáticas en la infancia, lo que significa que, en caso de ser aceptadas, podrían recaer y convertirse en una molestia y en un gasto añadido.

—Siempre he sido fuerte y he estado sana —dijo Daisy, y sintió que, debajo de la ropa, el orgullo que le producía su cuerpo se hinchaba y se estiraba, como un gato al sol.

—¿Su vista y su oído son perfectos?

—Sí, eso creo. Nunca he tenido que preocuparme por ellos.

—Ve usted que yo llevo gafas para leer. Ahora las necesito, pero no las necesitaba cuando era aprendiz. ¿Tiene usted algún defecto físico?

—¿Qué clase de defecto? —preguntó Daisy, un poco preocupada.

—Cualquiera que yo no pueda apreciar a simple vista. Tal vez le toque hacer turnos muy duros. Puede sufrir golpes y heridas. Incluso lesiones de espalda... ¿Tiene tendencia a las dolencias pulmonares? ¿Sabe qué significa «pulmonar»?

—Sí, es algo de los pulmones.

—Relativo a los pulmones. Una enfermera enfermiza no es útil para la profesión. Hay quien diría que incluso es un enemigo de la profesión. Por encima de todo, no deseamos a nadie que practique la mala costumbre de la queja permanente. A modo de referencia, recuerde que mientras que el hombre medio está enfermo cuatro días al año, una mujer adulta pasa la cuarta parte de su vida presa del dolor.

Daisy sintió un arrebato de orgullo. Hasta el momento, ni se había acercado de lejos a esa proporción.

—La siguiente pregunta es: ¿ha leído, y comprendido, las normas del hospital? La experiencia me ha demostrado que leer no es lo mismo que comprender. Se entregan copias en la sala de espera, pero aunque las aspirantes disponen de tiempo más que de sobra antes de la entrevista, a menudo resulta que ni siquiera las han leído.

Nadie le había entregado a Daisy ninguna copia de tales normas. Quizá se habían acabado, pero si se lo decía a la enfermera jefe, tal vez le causara problemas a la recepcionista. Se arriesgó.

—No me asusta madrugar.

—¿Y hacer las labores más duras en los pabellones? ¿Y tener una única semana de vacaciones en el primer año de prácticas?

—Tampoco.

—¿Cómo ha dicho?

—Tampoco, enfermera jefe.

—Puede coger otra copia de las normas al salir. Por otro lado, necesitaré cartas de referencias, en especial de su último empleador. —Daisy titubeó—. Si no las ha traído, puede entregármelas el próximo viernes.

Y la diminuta enfermera jefe despidió con un asentimiento a la joven alta, fuerte, sugerente, resuelta, no del todo segura de sí misma y que, claramente, tenía algún problema con sus referencias. Daisy se detuvo en la amplia entrada del hospital, se cambió las botas buenas por las viejas y echó a caminar, reprimiendo sus esperanzas, bajo la luz de la fría tarde. Un momento después, apareció ante ella la mujer morena de la sala de espera. Debía de haber estado esperándola, deseando decirle, como finalmente hizo:

—Señorita, ¿me recuerda? No respondí su pregunta, pero lo haré ahora. Me preguntó si ya había intentado conseguir el puesto antes. Varias veces, pero nunca me han aceptado. No puedo rellenar el apartado de la solicitud que dice «soltera o viuda». ¿Qué puedo poner? Estoy soltera, pero tengo un niño, ¿comprende?

—¿La abandonaron? —preguntó Daisy—. Yo pondría eso si fuera usted. La mujer le dedicó una mirada triste y dijo que la juventud es imprudente.

—Vivo aquí mismo. ¿Le gustaría pasar y tomar una taza de té?

—No, gracias, mejor no.

—¿Por qué no? Será un momento.

—No, debería irme.

—Si yo estuviera casada, seguro que habría aceptado.

—No me lo habría ofrecido si hubiera creído que iba a rechazar la invitación — dijo Daisy, sonriendo—. No hay motivo para que diga eso.

Se detuvieron ante una pequeña lavandería, de esas a las que se llevaban las camisas para que les repasaran los cuellos tras un primer planchado hecho en un sitio más grande.

—Aquí me conocen como señora Martínez.

—De acuerdo —accedió Daisy.

La señora Martínez cruzó la lavandería sin dedicar más que un gesto de asentimiento a la encargada. De una cesta de mimbre que estaba sobre el mostrador sacó a un niño de unos dos años que jugaba con un puñado de pinzas. Un niño inglés jamás habría estado sentado tan tranquilo.

—¡Oh, por favor! ¿Es suyo? —preguntó Daisy—. ¡Qué encanto! Imaginé que sería un poco mayor.

—Tengo más de treinta y cinco años —dijo la señora Martínez—, pero, por desgracia, parece que sigo siendo fértil.

—Ya veo —dijo Daisy—. A estas alturas debería saber que hay que tener cuidado. —Tendió los brazos y cogió al niño, impidiéndole amablemente que le sacara los alfileres del sombrero—. Pero ya no tiene sentido preocuparse.

—Las fértiles somos desafortunadas —dijo la señora Martínez—. Sin embargo, llegará un momento en que alguien de treinta y cinco ya no le parecerá tan vieja.

—Tampoco tiene sentido que me preocupe por eso ahora. No me preocuparé, digamos, hasta 1939.

Ambas rieron: la fecha sonaba absurda. Subieron las escaleras y se detuvieron en un rellano provisto de un quemador de gas y un fregadero. Por la ventana que miraba a la parte trasera del edificio, Daisy vio un patio muy pequeño, donde había un grifo y una bomba, para cuando el grifo no funcionaba.

Sobre los muros del patio nubes de un plateado bruñido se desplazaban por un cielo deslumbrante.

—Seguro que le gusta a usted contemplar el cielo cuando no hay niebla —dijo Daisy.

Pero resultó que la señora Martínez procedía de una región de España donde había minas de carbón y el cielo estaba gris todo el año. En Londres, únicamente la niebla la hacía sentir como en casa. Daisy le devolvió al niño, envuelto en su faldón.

—No voy a quedarme, señora Martínez.

Se había dado cuenta de que había que subir el agua, de un modo u otro, del patio. Cada taza de té suponía una molestia.

—Siento que tenga que irse. Me habría gustado charlar con usted un poco más. Podríamos haber hablado de los padecimientos femeninos.

Daisy bajó un par de escalones y se detuvo.

—Pero, ya que se va —dijo la señora Martínez—, ¿me haría un último favor?

—¿Cuál?

—Dejarme un poco de dinero, solo eso.

—¿Cuánto necesita, señora Martínez?

—Un chelín con seis peniques, dos chelines con seis peniques...

—¿No sabe cuánto exactamente? —preguntó Daisy.

—No, no sé cuánto —dijo la señora Martínez, que parecía reír.

—¿Alguien la está presionando para que le pague? ¿Es eso?

Habitualmente, Daisy guardaba el monedero en el bolsillo interior del pecho, pero ese día, como llevaba su vestido bueno y tenía que pensar en su apariencia, lo había metido en el bolsillo de la falda, junto con la llave. Lo sacó y cogió dos chelines. La señora Martínez los aceptó con indiferencia y le dio una de las monedas al bebé para que la sostuviera.

Cuando Daisy leyó por fin las normas del hospital descubrió que pedían una carta de referencia de la parroquia a la que perteneciera la aspirante.

—Otra recomendación. ¿Cuántos años tienes? —preguntó el padre Haggett. Estaban en el despacho de la residencia clerical—. Diecisiete. Bien. Diré que eres inteligente, trabajadora, honesta y caritativa. Menea la cabeza si no te complace algo de lo que estoy escribiendo.

—No sé nada de la honestidad. Yo creo que tanto lo correcto como lo equivocado son siempre relativos, como la honestidad.

—Entonces, vas construyendo tus propias reglas según cada caso concreto —dijo el padre Haggett.

—Son relativas —explicó Daisy—, pero no cambian. Lo que cambia es aquello a lo que se aplican.

—Crees que voy a discutir contigo, pero no pienso hacerlo —repuso el padre Haggett—. Por complacerte, no diré que eres honesta. Totalmente digna de confianza, entonces.

De repente, la puerta se abrió de par en par y el ama de llaves anunció desde el umbral que el rabo de buey estaba listo.

—Puede tomarlo caliente ahora o frío más tarde. El padre Smith ya ha comido, así que le toca a usted.

—Me reclaman —dijo el padre Haggett añadiendo unas últimas líneas.

—El ama de llaves no debería tratarlo de ese modo. No debería usted

permitírselo. No está bien —dijo Daisy.

—Deberías dejar de ver la vida como un campo de batalla —le aconsejó el padre Haggett—. En una batalla solo se triunfa mediante el engaño y la violencia. Rezaré para que te vaya bien en tu nuevo trabajo. Reza tú por mí, Daisy Saunders.

Daisy le dio las gracias mientras él buscaba un sobre en los cajones del escritorio.

La otra referencia indispensable era, como se temía, la de su último empleador. Envió una carta al joven señor Sedley. Este no respondió, así que Daisy fue en persona a la fábrica de cajas. Sabía que él salía a eso de las seis y media, cuando su coche de alquiler iba a recogerle. Sedley la reconoció de inmediato y le preguntó si había cambiado de idea. Ella dijo que no, pero que necesitaba una recomendación, a lo que él respondió que no tenía ninguna intención de dársela, y que se podía meter sus peticiones por el culo. Subió al coche dando un portazo. La suspensión rebotó cuando él se dejó caer en el asiento. Sin perder más tiempo en aquel lugar, Daisy fue directamente a la cristalería Lambert. El recepcionista era amigo suyo y la dejó pasar. Con el viejo y zalamero señor Lambert, tan interesado por las ligas de las medias, las cosas fueron más sencillas. Temía que Daisy hubiera ido a quejarse.

—Veamos, señorita Sanderson, ¿cuándo dejó exactamente de trabajar con nosotros? ¿Le parece bien algo como: «Es mi voluntad dejar constancia de que el trabajo de la señorita Daisy Saunders fue satisfactorio y que dejó su puesto voluntariamente hace dos semanas»?

La determinación de Daisy comenzó a flaquear ante aquel tono compasivo, pero se mantuvo firme.

—Haga eso, señor Lambert, y no le daré más problemas. No volverá a saber de mí. Le doy mi palabra.

El anciano señor Lambert, debatiéndose con las viscosas ideas que le rondaban la cabeza, se esforzaba por conservar la compostura. Flácidos pliegues de piel colgaban de su cara y tenía los ojos húmedos.

—¿Qué clase de trabajo busca?

—Quiero ser enfermera en un hospital.

El anciano Lambert pareció aliviado.

—¡Una enfermera! Todos necesitaremos una antes o después. Quiere usted cuidar de la gente, ¿verdad? ¿No es así?

—Me gustaría saber cómo funciona el cuerpo humano —contestó Daisy— y qué hay que hacer cuando no funciona.

—Está muy equivocada, muy equivocada... ¡Eso es cosa de los médicos! Las enfermeras, sin duda, no necesitan saber cómo funciona nada. Solo se esperará de usted que tranquilice a los pacientes, señorita Sanderson, que los atienda y les mantenga alta la moral.

—Eso quiero hacer —dijo Daisy.

—La mente es tan importante como el cuerpo —dijo el anciano Lambert. Tal vez finalmente también él mismo hubiera acabado por comprenderlo.

El Blackfriars aceptó las referencias, y Daisy se convirtió en Saunders. Durante siete semanas, hasta que superara el primer examen, ni siquiera sería aprendiz. Le recomendaron que se hiciera con un Kirke's de segunda mano, un par de zapatos de un número mayor del que usaba habitualmente, una buena provisión de ropa interior y, si podía permitirse extras, jabón perfumado, un frasco de colonia y una tableta de chocolate o un paquete de cacao en polvo. El Kirke's era un manual de enfermería. La última noche que pasó en la habitación que había compartido con su madre, se sentó a hojearlo y se detuvo en las preguntas de repaso.

¿Qué haría para calmar a un paciente agitado?

¿Cómo actuaría ante un caso de síncope?

¿Puede un paciente cardíaco recibir un baño? En caso de respuesta negativa, ¿por qué no? ¿A qué sustitutivo recurriría?

¿Cuáles son sus responsabilidades durante la visita del médico?

¿Cómo aplicaría sanguijuelas? ¿Cómo se aseguraría de que mordiesen en el punto preciso? ¿Cuál es el mejor método para distinguir un extremo de la sanguijuela del otro, y cómo puede inducirles el vómito, una vez concluida la aplicación, para que puedan volver a emplearse tan pronto como sea posible?

En su primer día en el hospital, la enfermera encargada de los alojamientos, sobrepasada de trabajo, la condujo a toda velocidad a una pequeña habitación doble. Sobre la otra cama había un montón de medias de punto, una lata de galletas y un baúl de metal. El nombre que figuraba en el baúl era K. Smith.

—Esta tendrá que deshacerse de toda esa basura —dijo la enfermera—. Puede usted empezar a trabajar de inmediato. Póngase el vestido, la cofia y el delantal. No, así no.

Las aprendices tenían que ponerse firmes cuando una monja se dirigía a ellas, no debían meter las manos en los bolsillos, ni apoyarse nunca en una pared o en una mesa, ni reír, correr o hablar en los pasillos, y no podían olvidar el «señor» cuando trataban con médicos o estudiantes de Medicina. Solo las damas aprendices podían llamarlos «doctor».

Incluso estas reglas iniciales suponían más de lo que era capaz de recordar Kate Smith, quien dio con su habitación después de haberse extraviado por los pasillos. Desde el primer momento, Daisy encontró en ella a una amiga necesitada de protección. Una de las primeras tareas que tuvieron que hacer juntas consistió en recorrer —Daisy por la derecha, Kate por la izquierda— el pabellón femenino recogiendo en una apretada coleta el cabello de las pacientes a las que iban a operar. Cuando acabó con las mujeres de su lado, miró hacia atrás.

—Por Dios, Kate, ¿qué les has hecho?

—¡Ayúdame, Daisy!

Y Daisy, que desconocía lo peligrosa que es la generosidad para quien la ofrece, la ayudó. Fue la primera de muchas veces.

EL PABELLÓN MASCULINO

Cuando conseguían que todos los pacientes del pabellón masculino se despertaran, cuando habían aseado a cada uno de ellos y les habían cambiado los vendajes, cuando las ventanas que daban al exterior estaban abiertas cuatro centímetros, las situadas al abrigo del viento quince, y todas ellas cinco centímetros menos que por la noche, cuando todos los quemadores de gas estaban encendidos, los pacientes abdominales tendidos de espaldas, los apopléjicos boca abajo, los cráneos fracturados de costado, las extremidades rotas levantadas sobre calzos —o, al final de día, cuando no quedaban calzos, sobre barreños de hojalata—, las toses silenciadas, la curiosidad morbosa por los pacientes ocultos tras biombos aplacada, el pudin de carne y riñones que escondía el de la 23 —para cobrar fuerzas antes de su operación— discretamente incautado, y todos los cubrecamas alisados, cuando todo estaba blanco, todo impoluto, todo limpio, justo en ese momento de equilibrio y armonía, casi irreales, las enfermeras y las aprendices se veían a sí mismas como artistas. A continuación, aquellas blancas filas de camas que transmitían una impresión, tan difícilmente ganada, de paz recibían la visita de un grupo oscuro, una mancha negra, que se detenía ante la cama señalada por la enfermera jefe. Se trataba del cirujano, que pasaba consulta con su escolta de estudiantes. La cama elegida se convertía entonces en un escenario para la angustia y el dolor, o el recuerdo del dolor, o la expectativa de este. Cuando el cirujano, la enfermera jefe y los estudiantes se iban, las aprendices, respetando un tiempo prudencial, alisaban las sábanas, las almohadas y el cubrecama y calmaban al paciente, que ahora no solo estaba asustado, sino que lamentaba que hubieran concluido los únicos cinco minutos en que alguien se había interesado por él en el pabellón masculino del Blackfriars y, tal vez, en este mundo.

Daisy se reprendía a sí misma por su actitud en aquellos momentos, y creía que nadie podía sentirse como ella. Pero resultó que todas, todas las aprendices, albergaban aquel mismo sentimiento irracional ante la visión de las camas blancas y de la negra procesión.

—Estamos perdiendo la cabeza —le dijo a Kate, que respondió que, en cualquier caso, jamás estarían tan locas como el doctor Sage.

El doctor Sage, el jefe de los residentes, por supuesto, no estaba loco, pero sí era

muy autocomplaciente. Le gustaba llamar la atención y, en el reducido mundo del hospital, habían acabado por acostumbrarse a parecer siempre impresionados ante él. Daisy oyó su voz, procedente del extremo más lejano del pabellón de enfermos febriles, antes incluso de verlo.

—Todo el derramamiento de sangre, hermana, causado por la belicosa ambición de Napoleón no es nada comparado con las miríadas de personas que han acabado en la tumba por culpa de una confianza equivocada en el valor nutritivo del caldo de carne. Sucede como con el espejismo que los viajeros sedientos ven en el desierto: no es agua de verdad. Lo mismo pasa con el caldo de carne: no es comida de verdad.

Daisy había entrado cargada con un montón de vendas limpias para que los pacientes las enrollasen. No tenían nada que leer ni que hacer, y había que mantenerlos ocupados. El doctor Sage, con su bigote canoso triunfante y el estetoscopio aún al cuello, abandonó su conversación con la monja del pabellón y se volvió, preparado para uno de sus números estrella. Señaló a Daisy.

—Usted, joven, ¿es aprendiz de primer año?

Daisy contestó que lo era.

—¿Su nombre?

—Saunders, señor.

—¿Ha oído lo que le decía a la hermana Morris?

—Sí, señor.

—Dígame, ¿tomaba usted caldo de carne cuando era niña?

—Tomábamos salsa, señor, de pezuña de ternera.

Todo el pabellón observaba, como si asistiera a una obra de teatro. Los que podían, se irguieron. El doctor Sage gritó furioso.

—¡No cometa el error, Saunders, de creer que sigue viva gracias a eso!

Sí, él la había puesto en su sitio, y el pabellón estaba satisfecho. Aunque querían a Daisy, en cuyas fuertes manos se sentían seguros, estaban de acuerdo en que ella no debía dirigirle la palabra, al menos durante otro año más, a ningún médico. La monja del pabellón lo pasó por alto esa vez. Pero el doctor Sage se llevó la impresión —una primera impresión, no tenía tiempo para más— de que la aprendiz había fracasado en su principal deber, repetido al comienzo de cada clase de Fisiología Elemental, Anatomía, Materia Médica e Higiene: el deber de la obediencia absoluta. Saunders no le había replicado, pero tampoco le había dado la respuesta que él esperaba. Pese a ello, personalmente pensaba que llegaría a ser una buena enfermera. Los pacientes, por su parte, se fiaban del doctor Sage, no porque fuera mejor médico que los demás, sino porque había dado la espalda a los métodos nuevos, y a todo paciente capaz de tragar le prescribía generosas dosis de medicamentos que salían de unas botellitas personalizadas. Abajo, en el dispensario, la sala de máquinas del hospital, dispuestos en orden alfabético, había preparados de aceites, *aceta* (o vinagres), *aquae* (o aguas), bálsamos, conservas, decocciones, *enemata*, esencias, friegas, glicerinas, hechuras, infusiones, licores, pepsinas, resinas, siropes, *succi* o zumos, extractos de tiroides,

trochisii o pastillas, ungüentos, vapores, *vina* (o vinos). En los pabellones, a los pacientes hepáticos, para que sudaran por la noche sus camisones, gruesos y con mucho vuelo, se les administraba nitro, cebolla albarrana y retama. Los febriles recibían una cucharilla de agua con una gota de acónito cada quince minutos, además de antimonio cada cuarto de hora. A los bebés con enteritis se les daba alquitrán vegetal diluido y *brandy*. Los cálculos biliares y las hernias estranguladas se trataban con opio, la parálisis con estriknina, la solitaria con petróleo y helecho macho. Las ocasionales sobredosis aportaban el componente dramático a las tediosas jornadas de los pacientes. Demasiado antimonio les hacía desvanecerse, demasiada quinina provocada zumbido en los oídos, demasiado ácido salicílico ocasionaba delirios, demasiada estriknina les impedía tragar —y se retorcían violentamente—, demasiado mercurio les hacía babear, demasiado yodo les hacía estornudar de manera incontrolable y con demasiada acetanilida la piel se les volvía azul oscuro. Cuando los desinfectaban internamente con ácido carbólico, la orina se les ponía verde oliva. No había que preocuparse. Todos o la mayoría de los excesos podían corregirse. *Fiat Mistura!* Las audaces recetas del doctor Sage, muchas aderezadas con ruibarbo, jengibre y miel para supuestamente tratar de mejorarles el sabor, llegaban desde aquellas profundidades del hospital. Allí sus creadores molían y mezclaban los preparados y los depositaban en botellas verdes y rojas. Las enfermeras, manteniendo siempre la etiqueta a la vista, tal como se les había instruido, seleccionaban la botella adecuada y, en vasos limpios que llevaban escritos términos y números misteriosos, proporcionaban a cada paciente su correspondiente dosis. Y estos se la tragaban encantados. Sus nombres figuraban en las botellas. El médico les había dado algo.

EL CASO DE JAMES ELDER

El 16 de enero de 1912, James Elder se arrojó al Támesis desde la escalinata del Adelphi. A pesar de la niebla, el capitán de un barco sardinero lo vio y lo mantuvo a flote con la cabeza fuera del agua hasta que un vapor que pasaba por allí lo recogió. Lo acostaron en la comisaría de policía de Waterloo, donde había un camastro para estos menesteres, y se le administraron los primeros auxilios por el método Sylvester antes de trasladarlo a la enfermería. Pero una vez allí empezó a delirar y se estimó que el paciente estaba demasiado grave para ser tratado en aquel lugar. En consecuencia, se prepararon una camilla y varias latas de distintas formas y tamaños llenas de agua caliente, y con una debajo de cada brazo y otra en la entrepierna, la policía lo llevó al Blackfriars. Un agente esperó a que se tramitara el ingreso para recoger las latas, que eran propiedad de la policía ribereña. Este dijo que volvería por la mañana para tomarle declaración y, si era pertinente, presentar cargos por intento de suicidio.

A las dos y siete minutos de la madrugada, James Elder, a quien se había identificado gracias a unas cartas personales que llevaba en el bolsillo, despertó. La monja que hacía el turno de noche en el pabellón masculino tenía dos convalecientes de cirugía a los que atender. Le pidió a Daisy que le echara un ojo al 23, que había sido ingresado justo antes de que comenzara el turno de ambas. Tragar agua del Támesis a menudo lleva aparejada la fiebre tifoidea, pero si este era el caso no lo sabrían hasta pasados varios días. El 23, semiconsciente, empezó a murmurar y a llamar a «Flo». Daisy acudió, se sentó junto a la cama y le explicó que ella no era Flo, que era una enfermera, y que él estaba a salvo en el Blackfriars.

—Dame la mano, Flo —dijo él.

—No soy Flo —repitió ella—. Soy una aprendiz.

—¿Por qué me has traído aquí?

—No está usted bien. Se ha hecho una herida en la cabeza y ha tragado un montón de agua sucia.

—No tenía otra opción. Tú sabes por qué, Flo. Si no lo sabes, pregunta al abogado.

—Debe calmarse —dijo Daisy—. Podrá hablar con su familia por la mañana.

—No tengo familia. No tengo dinero. No quiero llamarte enfermera. Quiero llamarte señorita. Quiero llamarte Mujer Eterna. ¿Te avergüenza?

—Yo no me avergüenzo de nada.

Para tranquilizarlo y convencerlo de que estaba en un hospital, le tomó la temperatura, devolviendo luego el termómetro a su frasco de fluido Condy. El paciente le dijo que tenía sed y se alteró un poco cuando le explicó que, hasta que lo viera un médico, no debía beber nada. Daisy le frotó la frente con hielo y le sostuvo la mano cuando él volvió a gritar:

—¡Flo!

—Bueno, dígame, ¿qué sucede?

—Quiero decirte algo.

—Bien, aquí estoy.

Después de año y medio, ella ya se había acostumbrado a que los pacientes quisieran contarle cosas, en especial durante el turno de noche. La noche en el hospital constituía un período desligado del resto del día: casi nueve horas y media de algo similar a la libertad que compartía con los pacientes insomnes bajo el suave siseo de los quemadores de gas.

—Jura que me escuchas —dijo él.

—Estoy escuchando.

—Soy un suicida, ¿verdad? Por eso me has traído aquí. Una historia lamentable, una brillante promesa echada a perder. Sí, di el paso fatal. Necesito que me digas una cosa. En serio, no me mientas, dime la verdad: ¿sale algo sobre mí en los periódicos?

Eructos, vómitos leves de mucosidad mezclada con agua.

—No creo que estén impresos todavía —dijo Daisy.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y treinta y dos.

—Al filo del amanecer.

—Ni mucho menos, estamos en invierno. Todavía falta bastante para que haya luz.

—Cuando amanezca, ¿saldré en los periódicos?

—No lo creo.

—¿Cuándo se imprimen?

—¿Es que solo piensa en eso?

—Sí, solo pienso en eso.

—Pues piense en ponerse mejor —le aconsejó Daisy—. Si no tiene familia, al menos tendrá amigos.

—No tengo amigos.

—Entonces, ¿quién es Flo?

—No es una amiga. —Para entonces Daisy había conseguido retirar la sábana bajera y él estaba tumbado con la cabeza ligeramente vuelta hacia un costado, como si escuchara algo. Siguió diciendo—: Ella podría enterarse por el periódico. Cuando

el amanecer haga su aparición, como un trueno, ya vería el titular: Oficinista de Wapping trata de suicidarse.

—Hay muchos oficinistas en Wapping —repuso Daisy—. Wapping está lleno de oficinistas.

—Pero no todos intentan acabar con su vida.

—Su vida no es solo suya —dijo Daisy—. ¿Por qué piensa eso?

—No creo que te esté permitido hablarme así. Dame algo de beber ahora mismo. Y ve corriendo a comprarme un periódico.

—Termino el turno a las siete —dijo Daisy—. Y tengo que estar puntualmente en la cama a las nueve.

—¿Dónde está tu cama, Flo?

La superintendente de noche, que patrullaba los pabellones, se acercó a tiempo de oír al 23 repetir lastimero:

—¿Dónde está tu cama? ¿Quién me traerá un periódico? ¿Quién va a encargarse?

—Necesita una entremetida^[8] limpia, Saunders.

—Sí, hermana.

Se alejaron por el pabellón y, ya en la sala de enfermería, la monja preguntó:

—¿Delira?

—Sí, eso creo, hermana. En cualquier caso, está sobreexcitado.

—Temperatura 36,8.º C, sediento, vómitos, delirios, inquietud... Es cuanto hay que anotar. Si está excitado, seguramente no sea un caso de tifoidea. Tómese una taza de cacao.

A las enfermeras solo se les permitía entrar en la cocina por la noche. Al igual que los pabellones, estaba pintada de verde oscuro hasta la altura del hombro, y desde ahí hasta el techo era de color crema. Había hervidores del tamaño de marmitas. El lugar era de lo más corriente, pero quedaba reservado para las horas nocturnas, cuando los que deberían estar durmiendo trabajaban, y sus mentes y sus cuerpos se hallaban en su nivel de energía más bajo.

Cuando un agente se presentó por la mañana dispuesto a interrogar a James Elder, la enfermera jefe le prohibió terminantemente el paso al pabellón Alexandra, donde se encontraba el paciente, hasta próximo aviso. Como se trataba de la política habitual del hospital, el policía ya conocía el procedimiento. Pero sí le inquietó que lo enviaran a la oficina de la enfermera jefe, donde se le informó de que el hospital no había recibido ni la dirección ni ninguna identificación oficial del enfermo. El agente les facilitó el informe de la comisaría, según el cual, la ropa interior de Elder, así como sus cartas y todas las facturas, daban a entender que se trataba de un caballero.

—¿Son los motivos de los caballeros que saltan del puente de Blackfriars muy diferentes de los que tienen los que no pertenecen a esa clase? —preguntó con dureza la enfermera jefe.

—No sabría decirlo —respondió el agente—. Saltan continuamente, enfermera jefe, como usted sabe. Cuando los sacamos, la mayoría han dejado de respirar.

Usamos el viejo método, el Sylvester.

La enfermera jefe arrugó el ceño. En ese momento, el doctor Sage, sin haber sido invitado, pero, al parecer, sin tener nada mejor que hacer, se sumó a la reunión.

—Agente —dijo algo alterado—, sus superiores lo han enviado para perder el tiempo junto a la cama de un desgraciado que ha tratado de cometer lo que, en este país, continúa considerándose un crimen. Si no solo lo hubiera intentado, sino que lo hubiera conseguido, si ese hombre se hubiera ahogado, ¿habría arrastrado usted su cadáver enfangado hasta el juzgado y pedido que se le procesara? ¿Habrían sido esas sus órdenes?

El agente replicó que la enfermera jefe no le había permitido, de momento, perder el tiempo junto a la cama de ningún paciente, pero que en la comisaría les gustaría que les avisaran si le daban el alta.

—Eso queda en nuestras manos —dijo el doctor Sage, mostrando las palmas, como si quisiera dejar claro que tenía manos.

El agente se fue, no sin antes añadir que, por su experiencia, en la mayoría de esos casos solo se necesitaba reposo y caldo de carne.

Al día siguiente, James Elder no recordaba haberles contado que vivía en Wapping. Los sobres de sus bolsillos llevaban su nombre, pero no su dirección. Ningún amigo ni pariente acudió a verlo. No apareció nada sobre él en los periódicos, o al menos ningún miembro del personal del hospital con tiempo para leer el periódico encontró nada. La enfermera jefe compraba el *Morning Post*, los médicos echaban un vistazo, o eso decían, al *Times*, los auxiliares leían el *Daily Mail* y en la cocina había ejemplares del *Tit-Bits* y del *Police Gazette*, además de la prensa local, que se publicaba tres veces por semana. Los periódicos estaban prohibidos en los pabellones.

El doctor Sage recetó al 23 leche y soda, con alcohol y amoníaco como estimulante, y unas gotas de hierro para prevenir la anemia.

—Pronto estará como nuevo —dijo con aquel tono que tantos encontraban tranquilizador.

Pero James Elder se negaba a comer y a beber y, como cuando llegó al hospital tenía el estómago vacío, no mejoraba al ritmo deseable.

—Pruebe usted, Saunders. Busque el momento adecuado y hable con él. Hágale comprender que todo es por su bien, convénzalo.

El cometido recayó sobre Daisy. Fuerte, alentadora, sonriente... Ella nunca se rendía. Él reconocía su voz, parecía estar recuperando la memoria. «Usted estaba de servicio, usted iba a comprarme el periódico...».

A Daisy le habían dado instrucciones de ofrecerle un vaso de leche templada, cosa que hizo, aunque, en su opinión, no se puede ganar la confianza de nadie con leche tibia sobre la que empieza a formarse una telilla de nata. De inmediato se

convirtió para él en una enemiga que le había escondido el periódico o que se había deshecho de él o que era demasiado ignorante para comprender la letra impresa.

—Decía: VALIENTE INTENTO DE SUICIDIO. ¿No aprendió a leer en la escuela?

—Aquí todos somos un poco lentos —dijo Daisy—. Está usted cansado de las enfermeras, necesita visitas. Podríamos mandar un aviso a quien usted quisiera desde la oficina de telégrafos.

Él no dijo nada.

—Conocía usted a alguien que se llamaba Flo. ¿Viene de Flora o de Florence?

—Putá.

—No estoy haciendo progresos con mi 23 —le confesó Daisy a Kate.

—¿Has chocado contra un muro?

—He chocado contra el pabellón entero —dijo Daisy—. El miércoles es una de mis seis tardes libres. Si alguno tiene el valor de morirse cuando yo no esté, les haré lamentar haber nacido.

Dos días y medio después James Elder continuaba sin ingerir nada. Le tenían separado de los demás por unos biombos y era una gran fuente de entretenimiento para el resto de pacientes. Daban por supuesto que, como no podían verlo, él no era capaz de oír lo que decían. Para todos, salvo para los moribundos, la comida era un tema de sumo interés. Indudablemente, el médico se vería obligado a introducir algún alimento en el número 23, de un modo u otro, ya fuera por la boca o por detrás.

El doctor Sage, a pesar de su temeridad a la hora de recetar, se oponía implacablemente a la alimentación forzosa.

—Me dicen que es legal recurrir a ello con lunáticos y mujeres que quieren votar. ¿Qué le parece, hermana? ¿Qué le parece a usted, enfermera? Dos semanas de internamiento, huelga de hambre, abrir la boca a la fuerza, cebar a alguien como a un pollo... ¡Y aún piensan que todo esto entra dentro de lo normal en un hospital respetable! Bien, pues se ha recurrido a toda clase de trucos. Hasta los he visto restregar a las bestezuelas de los pabellones infantiles con aceite de castor con la esperanza de que una parte se absorba y los alimente. Pero yo opino que un hombre, una mujer, un niño y hasta un lunático tienen el derecho a decidir si quieren seguir viviendo. Y, por si cabe alguna duda, traten de encontrar en la extensa y documentada historia de la ciencia médica a algún hombre, mujer, niño o lunático que no haya sabido si tiene hambre.

La enfermera jefe opinaba, aunque solo se lo había revelado a su ayudante, que era una suerte que el doctor Sage no estuviera de servicio las veinticuatro horas del día.

Las dos sabían que el doctor Sage, especialista en psiquiatría, era socio de un sanatorio mental en algún lugar del país. Como defendía que lo que dicen los niños y

los perturbados mentales merece tanta consideración como cualquier otro testimonio, necesitaba un sitio a buena distancia de Londres para desarrollar su penosa investigación personal sin, por decirlo así, arriesgar su reputación.

—Me sorprende que apoye el sufragio femenino —dijo la ayudante de la enfermera jefe.

—No lo hace. Cree firmemente que nadie debería votar.

KELLY

El miércoles, el día de su tarde libre, Daisy, con un abrigo de paño y una gran boina escocesa, bajó hasta el río. Ahora que no tenía que atravesarlo dos veces al día, echaba de menos aquellos familiares sonidos, no todos amistosos, propios de su infancia. Se concedió un par de minutos, lo justo para contemplar una barcaza que pasaba, y luego fue a la biblioteca Borough. La biblioteca se comunicaba con la lavandería pública a través de las dependencias del servicio de fumigación municipal. Allí se desinfectaban los libros tras las epidemias y se hervía la ropa usada antes de repartirla entre los necesitados. Los tres edificios, largos y bajos, cada uno con su cartel de letras blancas sobre la fachada gris y roja de ladrillo, ofrecían una poderosa imagen de obligada pulcritud, tanto interior como exterior.

En la concurrida sala de lectura, dormitando al calor metálico de un radiador, un anciano que parecía haber nacido, crecido y envejecido en aquel mismo asiento se encorbaba sobre un montón de ejemplares *del Blackfriars, Vauxhall and Temple Gazette*.

—Disculpe, ¿puedo echar un vistazo a esos periódicos? —dijo Daisy—. Se los devolveré en un momento.

—No me dejan sentarme aquí si no tengo nada para leer —se quejó él.

—Si le dicen algo, ya les pediré yo que le dejen en paz —respondió Daisy, hojeando ya el primero de los periódicos.

—Esa no es forma de dirigirse a ellos. Aquí son los que mandan.

—Así les hablo yo siempre —concluyó Daisy.

No había más que tres páginas dedicadas a los sucesos en el periódico. El último número arrancaba con la campaña de la Junta Local de Gobierno para la instalación de retretes en las viviendas de la ciudad, seguía con las bodas, con las cenas anuales de las asociaciones obreras, con las funciones de los coros y con la noticia —acompañada de fotografía— de un gatito que había salido volando hasta el otro extremo de una habitación debido a una explosión, pero que, por fortuna, aterrizó sano y salvo en el sombrero de una dama, providencialmente dejado en el suelo. Al final se mencionaba que tanto la noticia como la fotografía habían llegado al periódico gracias a la cortesía de un lector.

Como antigua buscadora de empleo, Daisy se conocía muy bien las oficinas de los periódicos pequeños, aunque no había vuelto a ninguna desde la muerte de su madre, cuando acudió a poner una esquila. Estaba acostumbrada a las escaleras, al linóleo gastado y a abrirse paso entre pilas de ejemplares antiguos que se acumulaban en los pasillos a la espera de la recogida de papel usado. Abrió una puerta de cristal esmerilado y dijo sin más preámbulos:

—No me pregunte si quiero poner un anuncio. Lo que quiero es ver al editor.

En la habitación solo había dos hombres, uno mucho mayor que el otro, y un recadero que en ese momento estaba cogiendo su abrigo del colgador. Después de un primer vistazo, concluyeron que aunque aquella chica era guapa, no se trataba de ninguna dama. Por lo tanto, no había necesidad de que se pusieran en pie ni de dejar de fumar. El más joven empujó con el pie una silla para que ella se sentara.

—Siéntate, querida, y echa el freno.

—Es fácil para usted hablar así —dijo Daisy, tomando asiento—. Para mí no tanto. Quiero preguntarles algo. Y no tengo mucho tiempo.

El recadero se puso la gorra. En la oficina hacía un frío tan espantoso que sus jefes ni se habían quitado el abrigo. Él se embutió también en el suyo, cogió un montón de sobres y se fue. La estancia era tan pequeña que su partida supuso un notable cambio, al que siguió un momento de silencio.

—Quiero que publiquen un suelto —continuó Daisy—, una noticia breve, sobre un hombre que intentó suicidarse hace unos días, pero que fue rescatado y reanimado. —Lo cierto era que apenas se había detenido a pensar en lo que iba a decir—. Según él, se llama James Elder.

—Eso no significa nada —dijo el hombre mayor—. Seguramente acabarás por descubrir que en realidad se llama Younger. —Dicho esto, perdió todo el interés y se puso a jugar con un frasco de cola.

—Bueno, entonces James Elder intentó suicidarse —intervino el editor—. ¿Con barbitúricos?

—No. Se lanzó desde la escalinata del Adelphi.

—Y no se ahogó. ¡Vaya, vaya!

—Lo sacaron a tiempo. Se lo acabo de explicar —dijo, harta ya, Daisy. No obstante, intentó animarse.

—¿Eres pariente suya? —preguntó el viejo.

—No.

—No pierdas la esperanza, querida. Si sigue de una pieza, todavía puede fijarse en ti.

El editor se irguió en su asiento.

—No es noticia. Anualmente se producen veintiún suicidios desde las escaleras que dan al río, y a nuestros lectores solo les llaman la atención en el caso de que se trate de mujeres. No es de interés local.

—Sí lo es —dijo Daisy—. Está en el Blackfriars. Y se niega a comer, está

dejándose morir.

El editor se columpió en su silla, manteniendo el equilibrio, por un momento, sobre una sola pata. Luego dijo:

—Me llamo Thomas Kelly.

El viejo musitó:

—Y yo Sweedon.

—Yo me llamo Daisy Saunders.

—¿Qué andas buscando, Daisy?

—No ando buscando nada —replicó ella—. Le he traído una noticia para su periódico, una mucho mejor que todas esas sobre gatitos y sombreros. Aunque quizá sea usted demasiado miope para darse cuenta.

—Estamos permanentemente informados de lo que ocurre en el Blackfriars —dijo Kelly—. Si pasa algo anormal, como por ejemplo que algún médico corte una pierna de más, tengo allí a alguien que me da el aviso. Sin embargo, nadie me ha hablado de ese tal James Elder. Me gustaría saber cómo te has enterado tú.

—¿Qué importa eso? ¿Cuál es la diferencia?

—¿Sigues estando segura de que no es pariente tuyo?

—¡No! ¡Si no le conozco casi!

—¿Entonces en qué te beneficia a ti que lo publiquemos?

Daisy respondió con cuidado.

—Podría beneficiarle a él. No está del todo en sus cabales. Creo que esa noticia es lo único que le importa. Así que...

—Eres enfermera en el Blackfriars, ¿no es así?

—No, no lo soy —respondió Daisy—. ¿Parezco una enfermera?

—Sí, de hecho sí que lo pareces —dijo Kelly.

Daisy permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas en el regazo.

—He dicho la verdad. No soy enfermera. Todavía. Soy aprendiz de segundo año.

—Es lo mismo. Cuidas de ese idiota, ¿cierto? Se supone que tienes que tratar los detalles confidenciales de tus pacientes como algo sagrado, y no hacerlos públicos bajo ninguna circunstancia, salvo ante un tribunal.

—No va a escribir usted sobre él, entonces —dijo Daisy—. Aunque se lo he pedido personalmente, no lo hará.

—Todavía no he dicho que vaya a publicarlo ni que no vaya a hacerlo —dijo Kelly, dándose golpecitos en los dientes con un lápiz—. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—Ir a ver a otro editor —dijo Daisy, poniéndose en pie—. Si cruzas al otro lado del río, das una patada a una piedra y aparecen diez. Hay un montón de semanarios en el sur de Londres.

—Te estás metiendo en un lío —dijo Kelly—. No lo has pensado bien antes de venir.

Cuando entró no la habían invitado a que se quitara el abrigo, lo que supuso una bendición llegado el momento de largarse. En la escalera se encontró con el chico de

los recados, que volvía de la oficina de correos. Tuvieron que pegarse a las paredes cuando se cruzaron para poder pasar. El chico la miró y le preguntó si se encontraba bien. Ella respondió que sí.

En 1911 la Aerated Bread Company habilitó una sala para señoras en el primer piso de sus salones de té. Fue una de las primeras señales de que ahora había una multitud de trabajadoras en Londres que deseaban sentarse en paz a gastar el dinero ganado, aunque no fuera más que en una tostada. Pero si se quería tomar un té o un café y no se disponía de tiempo para ir a la ABC, siempre quedaban los típicos puestos callejeros. Daisy paró en uno que conocía bien, junto a un aparcamiento, en la siguiente calle. Cuando sacó el monedero para coger el dinero, alguien que apareció de repente tras ella puso un penique sobre el mostrador para pagar en su lugar. El penique de él quedó debajo del de ella. Se trataba del editor del *Blackfriars, Vauxhall and Temple Gazette*. Tocado con un bombín y vestido con un traje a cuadros que le daban una cierta elegancia deslustrada, dijo:

—Si quieres ir a Southwark, no has tomado la dirección correcta.

—No quiero ir allí —dijo ella—. Ya lo sabe.

—Te acompañaré un rato. Creo que en la oficina no te he causado buena impresión.

—¿Es que alguna vez la causa? —preguntó Daisy—. ¿Me ha seguido solo por eso?

—He sentido curiosidad —reconoció él—. No recibimos muchas visitas de jóvenes solas.

—¿Ha dejado todo el trabajo en manos del pobre señor Sweedon?

—No hay tanto que hacer, solo queda el encolado. Dos a uno a que se ha largado a tomar una copa. Si yo no fuera un alma caritativa, le pondría de patitas en la calle.

—¿Entonces es usted el dueño del periódico?

—Ponle otro té a la señorita —le pidió Kelly al dependiente—. No, es propiedad de los impresores.

—En ese caso, las almas caritativas son ellos —dijo Daisy—. No quiero más, gracias.

Cruzaron juntos el puente de Blackfriars, donde el estrépito de los carruajes era mayor aún que el de los autobuses.

—Me estás ofendiendo —insistió Kelly—. Solo quería saber qué impresión te había causado.

—Me gustaría que antes me dijera una cosa. ¿Por qué no dio usted una respuesta directa a una pregunta directa cuando llegué?

—Es una de mis malas costumbres —dijo Kelly—. Y me pareció que, si te ponía en tu sitio, te haría un favor.

—Bien, pues lo que pensé yo fue: «Lo siento por este hombre. Si ahora es así,

¿cómo será dentro de diez años?».

—¿Dentro de diez años? Puedo decírtelo —respondió Kelly con sequedad—: estaré muerto.

—¿Por qué piensa eso? No parece usted enfermo.

—Me llamarán a filas y acabarán pegándome un tiro si los primitos no dejan de pelearse. Soy reservista. —Ella lo miraba fijamente—. ¿Sabes que el rey tuvo un primo alemán?

—No leo mucho los periódicos —dijo Daisy.

Él la sujetaba por el codo de tal forma que debían de dar la impresión de ser amigos.

—No me agarre tan fuerte —le pidió Daisy—. Me salen cardenales con facilidad. —Se detuvo ante un edificio cubierto de hollín, separado de la acera por una barandilla de hierro y unas losas de piedra cubiertas de excrementos de pájaro—. Aquí me quedo —dijo.

—No puedes entrar aquí, ¡es una iglesia!

—Bueno, pues voy a entrar.

—¿Para qué? —preguntó él levantando la voz—. Si quieres librarte de mí, hay maneras mucho más fáciles.

—¿Qué tiene de malo entrar en una iglesia? —preguntó ella.

—¡No puedes creer en todo eso! —exclamó Kelly, molesto de veras—. No es más que una estratagema para mantenerte callada y para quedarse con tu dinero, de paso. Una chica lista como tú, una enfermera, que sabe cómo son las cosas, no puede creer en un dios que guarda allá arriba una lista de todo lo que haces. ¡No puedes creer en un Jesús que iba por ahí transformando los panes en peces!

Kelly se quitó el sombrero, se colocó el cigarro tras la oreja y cruzó tras ella la puerta principal y las puertas tapizadas en paño verde que había a continuación. Las velas de la misa vespertina seguían encendidas.

—Aquí no hacen nada útil —dijo Kelly con un susurro ronco—. No daría una mierda por nada de todo esto.

—No tiene que susurrar —le explicó Daisy—. Basta con que hable en voz baja.

Un monaguillo salió de la sacristía y abrió una puerta oculta en una columna: una réplica, construida en 1876, de las columnas de San Miniato. Dentro había un armario del que sacó una escoba, un recogedor y un cepillo, y se puso a barrer la nave.

—¡Eso es justo a lo que me refiero! —Kelly, enojado, se volvió hacia ella—. No te interesa nada la religión. Eres una mentirosa.

DAISY DEJA LONDRES

Cuando Daisy volvió al hospital —su turno empezaba a las seis—, se encontró con que habían retirado los biombos que rodeaban la cama n.º 23 del pabellón Alexandra. James Elder había recibido el alta aquella tarde. Una mujer de mediana edad, que dijo llamarse Floreen Harris, se había presentado allí, había hablado con el médico al cargo y con la secretaria, había firmado los papeles necesarios y se había llevado a Elder en un taxi.

Dos días después, el viernes, en la sección de sucesos locales del *Blackfriars, Vauxhall and Temple Gazette* apareció el titular: EL MISTERIO DEL ÁNGEL GUARDIÁN. El texto que figuraba debajo hablaba de un tal James Elder, sin dirección conocida, que en esos momentos yacía al borde de la muerte en el hospital de Blackfriars. Una encantadora informante, cuyo interés por el desafortunado resultaba más que notorio, había proporcionado esta información en exclusiva al *Gazette*. Los esfuerzos que realizaba por ocultar su inquietud habían llevado a sospechar que se trataba en realidad de una enfermera del hospital. Durante toda la entrevista, continuaba diciendo la noticia, ella había mantenido su rostro oculto tras un tupido velo.

Cuando Daisy acudió a la oficina de la enfermera jefe, tras recibir la orden de presentarse allí, vio el *Gazette* abierto sobre el escritorio. Solo fue capaz de leer, boca abajo: El misterio del ángel guardián. Entonces la enfermera jefe le dio la vuelta y Daisy leyó, a una velocidad de vértigo, el resto de la noticia.

—¿Y bien, Saunders?

—¡Jamás pensé que lo haría!

—Creo que no la comprendo. Ha revelado usted información sobre un paciente, uno del que era usted personalmente responsable, ¡y además a un periódico! Y no solo no lo niega, sino que ahora lo único que me dice es que no creía que lo fueran a publicar.

—Eso es lo que creí al principio, que no lo harían. Fui a sus oficinas, pero no llevaba ningún velo. Ni tupido ni de ninguna otra clase.

—¿Y por qué, Saunders?

—Creí que sería beneficioso para el paciente ver algo sobre lo que le había

sucedido publicado en la prensa.

—¿Creyó usted que esas eran las órdenes del médico?

—No, enfermera jefe.

—¿Le dio él instrucciones específicas al respecto?

—No, enfermera jefe. No lo hizo.

—Durante casi dos años hemos tratado de enseñarle a pensar, pero al parecer usted ha aprendido a creerse más lista que los demás. Según todos los informes, lo estaba haciendo usted muy bien. Sin embargo, su formación ha fracasado. ¿Por qué?

Se le dejó claro que tendría que irse en una semana a partir del siguiente lunes. Fue una concesión porque sabían que no tenía ningún sitio adonde ir. Kate Smith y varias de las dieciocho aprendices restantes de segundo año —no todas, algunas eran todavía cautas— le compraron un regalo de despedida. No tenían mucho tiempo, así que se decidieron por un conjunto de salero y pimentero de viaje, supuestamente de porcelana y decorado con una imagen de la coronación de Jorge V. Daisy les mostró su agradecimiento. La desgracia es contagiosa, pero también consigue que todos los demás se sientan un poco más seguros cuando les pasa cerca.

Al devolver el uniforme y el delantal en el almacén, le dijeron que había alguien en la cocina que quería hablar con ella antes de que se fuera.

Era una mujer morena y menuda, con un delantal de arpillera.

—¿Me recuerda usted? Soy la señora Martínez. Como no me dejaron ser enfermera, acepté un empleo en la cocina.

—¿Cómo está su niño, señora Martínez?

—No deja de preguntar por usted. —Eso parecía poco probable—. Todavía tengo sus dos chelines. No se los pedí porque los necesitara. Lo hice porque nunca se olvida a alguien a quien se le presta dinero, y no quiero que usted se olvide de mí.

—Pues yo preferiría que todo el mundo se olvidara enseguida de mí —dijo Daisy, y le dio un beso a la señora Martínez, que le preguntó adónde iba a ir.

—A Cambridge. No tengo muchas posibilidades, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer. El doctor Sage también trabaja en un hospital privado cerca de Cambridge. Pasa consulta allí los días que no le toca venir aquí, los miércoles y los sábados. Me han dado la dirección en secretaría. Iré a Cambridge, intentaré que me reciba y volveré en el mismo día.

—¡Pero si ese hombre está loco! —exclamó la señora Martínez—. Un día vino y me tiró al suelo todo el caldo de carne.

—Vuelva a la cocina, querida. Será mejor que no la vean en esta planta.

—Tiene razón —dijo la señora Martínez.

El mejor modo para ir a Cambridge era tomar el tren en King's Cross, pero Daisy lo tomó en Liverpool Street, porque era más barato. Había salido de Londres en muy contadas ocasiones. Por ejemplo, nunca fue con su madre a ver la casa de Hastings,

ya que lo dejaron todo en manos del abogado. Aunque si por entonces hubiera tenido diecinueve años, la edad que ahora estaba a punto de cumplir, seguro que habría actuado de manera diferente. Pero sí había hecho un par de excursiones a la costa con el colegio. En una de ellas fueron a Southend, se quedaron hasta que se hizo de noche, y salieron a navegar en barcas iluminadas con linternas japonesas. Las luces y los colores, amarillos y rojos brillantes, se reflejaban en la ondulada superficie del mar. La banda infantil tocaba en la orilla. La música viajaba sobre el agua como si buscara acomodarse allí y quedarse.

Mientras se dirigía a comprar la ficha para las taquillas de la estación de Liverpool Street, siempre ennegrecida por el hollín, iba pensando: «Supón que pasa otra vez. El viejo truco, el viejo juego. Nunca mires atrás». Entonces, alguien la tocó y una mano colocó media corona encima de su media corona.

—¡Señor, no puede ser Kelly! —exclamó, todavía sin volverse—. Esta vez ha hecho el tonto. Me marchó de la ciudad.

—Lo sé —repuso Kelly—. Vas a Cambridge. Ya te expliqué que tenía a alguien en la cocina del Blackfriars que me daba los soplos.

—No recuerdo que mencionara la cocina —dijo Daisy. Cogió su ficha y se apartó—. Imagino que allí hay alguien deseoso de ganarse un extra, como en todas partes.

—Me voy contigo a Cambridge —dijo Kelly caminando tras ella, casi pisándole los talones, como en una comedia de *music-hall*—. ¿Conoces bien la ciudad?

—Nunca he estado allí —contestó Daisy.

—Bien, pues te acompañaré para cuidar de que no te pase nada malo.

—¿Esa es la única razón?

Liverpool Street seguía iluminada por las farolas de gas y aquella luz verdosa acentuaba el aspecto desaliñado de Kelly —¿qué edad tendría?—, aunque él insistía en mostrarse alegre.

—No. Te acompaño porque me corroe el remordimiento por haberte hecho perder el trabajo. Por cierto, yo no escribí el artículo: fue Sweedon.

—¿De veras?

—No, Sweedon no sabe escribir. ¡Le cuesta hasta rellenar sus papeletas de la casa de empeños! El texto es mío. Tenía estilo, ¿verdad? ¿Dónde está tu maleta?

—En la consigna. Si el doctor Sage me acepta, pediré que me la envíen. Y, ahora, apártese de mi camino, Kelly. Mi tren sale en cinco minutos.

—Las mujeres siempre piensan que los trenes salen en cinco minutos. Los trenes salen según el horario previsto.

Daisy lo miró de la cabeza a los pies.

Y él añadió, sin molestarse en disimular que no era la primera vez que decía algo así:

—Conozco un hotel en Cambridge, cerca de la estación.

—Donde no hacen preguntas y, si las hicieran, me preguntarían: «¿Cómo se te ocurre venir aquí con ese canalla?».

Kelly pareció herido, pero se recuperó rápidamente.

—Sería tu primera vez, ¿no?

—Imagino que cuando entré de aquella manera en la oficina pensó usted que yo era una chica fácil —supuso ella.

—Lo único que pensé fue que te estabas metiendo en un buen lío. No me sorprendió que una enfermera anduviera detrás de un paciente. ¿Qué otra opción os queda? Pero también pensé que, si estabas dispuesta a arriesgar tu trabajo por el tal James Elder, no debías de ser una simple engatusadora.

—No quería perder mi trabajo —dijo la muchacha—. Me gustaba mucho ser enfermera.

—De cualquier modo, necesitas un hombre —sentenció él—. Cualquier hombre. Y eso es lo que soy, cariño, un hombre cualquiera. Cuidaré de ti, Daisy Saunders. No me casaré contigo, no es mi estilo, por no mencionar que ya estoy casado, pero cuidaré de ti, te doy mi palabra.

—Quiere decir que me pagará una noche en un hotel donde no hacen preguntas —dijo Daisy, con los ojos llenos de lágrimas.

—Dos noches, Daisy, tres noches. Necesitas cogerle el gusto. ¿Tienes alguna alternativa mejor? Sé que no hay nadie más que te quiera, pero yo te quiero, Daisy Saunders. No pasa nada. Y ahora necesitas un par de *whiskys*.

—No bebo —dijo ella.

—¿En serio?

—No —respondió—. Además, nunca he probado el *whisky*.

Ella sintió lástima por ambos.

—Será mejor que me acompañe, supongo —cedió—. No creo que conozca Cambridge mejor que yo, pero no sé cómo podría detenerlo.

Él le rodeó la cintura con el brazo, acariciándola. «Vaya pareja que hacemos —pensó ella—. Él no se merece nada mejor, pero yo tampoco».

Tercera parte

NINGÚN MISTERIO SOBRE EL PARADERO DE DAISY

Fred dejó las dos hojas de papel junto a una pequeña colección de cartas empezadas y jamás enviadas a la querida señorita Saunders, cartas que no se había decidido a tirar a la basura llevado por una convicción —por algo más poderoso que una superstición— que entraba en conflicto con su racionalidad. Tal convicción consistía en que si destruía sus primeras tentativas, destruiría a la vez toda posibilidad de llevar alguna a buen término. Sin embargo, el contenido de las cartas ya estaba decidido. Podría haber terminado la primera o podría haber terminado cualquiera de las demás en cualquier momento. Tras haber contemplado a Daisy de cerca durante digamos una media hora —aunque quizá su imagen resultaba algo borrosa— y haberle dirigido nueve comentarios y haber obtenido ocho respuestas —que él aún podría repetir palabra por palabra—, sabía que se tenía que casar con ella. Estaba decidido.

Debía hablar de ello lo antes posible con Flowerdew. El profesor no se había interesado por él; ni siquiera había hecho ningún comentario con respecto a su accidente, dado que no sabía nada. Había estado en Viena y en consecuencia se había perdido los primeros días del curso. Ignoraba que su joven ayudante hubiera sufrido una caída. Aun así, se hallaba profundamente angustiado. Fred sabía que la causa era la incesante invasión que sufría la Física por la perniciosa idea de la masa. La conservación de la masa, al parecer, iba a ser considerada un principio elemental, junto con la constancia de la materia. Pero Flowerdew no creía que la masa fuera indestructible, ni tampoco la materia, y se preguntaba dónde, en cualquier caso, residía dicha masa. Una tosca idea de corporeidad se deslizaba —o estaba siendo deslizada— sigilosamente a través de la ciencia, aunque demostraba una y otra vez ser insuficiente, por lo que se iba reduciendo a partículas cada vez más y más pequeñas. Y de nuevo el profesor le insistía a Fred en que basar los cálculos en aspectos inobservables —como Dios, como el alma, como el átomo, como las partículas elementales— no era más que una forma de autoconsuelo.

—No niego la necesidad de consuelo de todo ser humano. Pero los científicos no tendrían que dejarse llevar a esos extremos.

Al mismo tiempo, Flowerdew se reprochaba a sí mismo que su ayudante no hubiera comenzado todavía su propio programa de investigación, y es más, que ni

siquiera hubiera decidido cuál iba a ser este. No era el mejor momento, por tanto, para que Fred le dijera que tenía, por motivos al mismo tiempo físicos y espirituales, que renunciar a su plaza en el St. Angelicus.

«No puedo vivir sin Daisy —pensaba Fred—. No existe Dios ni autoridad espiritual ni designio, no existen causas ni efectos, no existe intención en el universo, pero si los hubiera, se podría demostrar que existía la determinación, antes incluso que la historia escrita, de que Daisy fuera mía».

Una semana después de su charla en la Sociedad de los Desobedientes, el portero informó a Fred de que un tal señor Wrayburn estaba allí y deseaba verlo. Fred encontró a Wrayburn vestido con el atuendo habitual de un intelectual fuera de servicio —bombachos de *tweed* y cuello rígido—, además de algo inquieto y un poco tembloroso. El trabajo que realizaba para el doctor Matthews —redactar notas a las notas de los manuscritos, posiblemente falsos, que complementaban los evangelios apocalípticos— debía de ser, sin duda, extenuante.

—Se trata de una cuestión más bien delicada, Fairly.

Wrayburn no quería ni entrar ni quedarse fuera, así que, como no había nadie más en el patio, se dedicaron a pasear alrededor del nogal.

—Bueno, quizá «delicada» no sea la palabra correcta —dijo Wrayburn—. Aún no estoy en condiciones de juzgar si es delicada o no.

Luego guardó silencio, y Fred se atrevió a preguntar:

—¿Tiene que ver con el doctor Matthews?

De inmediato, como una máquina tragamonedas, Wrayburn comenzó a lanzar un torrente de palabras, interrumpidas de cuando en cuando por fuertes resoplidos:

—¡No tiene en absoluto que ver con el doctor Matthews! Aunque me atreviera a decir algo sobre él, sería inimaginable que me confiara a alguien mucho más joven que yo, un simple conocido, alguien que no sabe nada, y menos aún de paleografía. No obstante, me gustaría también explicar que, a causa de la naturaleza minuciosa de mi trabajo, que exige largos períodos de concentración, quizá me sorprenda y me incomodo más fácilmente que la mayoría de la gente. No me refiero, Fairly, a mi reacción ante su accidente de hace diez días. Pero esto, lo admito, sí que ha sido una sorpresa para mí.

—¿El qué? —preguntó Fred—. ¿Qué ha pasado?

—No digo que fuera inaceptablemente tarde, supongo que serían las nueve y cuarto o las nueve y veinte. Pero ella ha sido la única persona que ha llegado a nuestra casa nada menos que en la furgoneta de una lavandería. Por lo visto preguntó en la estación si alguien podía llevarla. Pero no nos había dado a entender en modo alguno que tuviera intención de regresar.

—¿Dice usted que la señorita Saunders ha vuelto? —preguntó Fred, cuyo corazón se dilató y se encogió como ante un ataque de pánico.

—Sí. Creía que lo había dejado claro.

—¡No ha dejado nada claro, cretino! ¿Por qué no me lo ha dicho de inmediato?

—Fairly, ¿ha perdido el juicio?

Fred recobró la compostura.

—¿Estaba gritando?

—Sí, mucho.

—Cuénteme qué dijo la señorita Saunders.

—Suenan amenazador, Fairly.

—¿Podría repetirme lo que le dijo y explicarme qué está haciendo ella aquí? Debe de haber preguntado por mí, ya que usted ha sido tan amable de tomarse la molestia de venir al *college*.

—En absoluto. A usted ni le ha mencionado. Venetia, además, opina que no tendríamos por qué informarle. Pero he decidido seguir mi propio criterio. No quiero que mi esposa tenga que cargar con tareas domésticas adicionales. Desde que nos trasladamos a las afueras de Cambridge hemos tenido bastantes complicaciones con el servicio, aunque, en mi opinión, no creo que nadie pueda encontrar una familia más fácil para la que trabajar. Todo lo que pido...

—¿Se aloja Daisy en su casa? ¿Está en Guestingley Road? ¡Por amor de Dios, Wrayburn, dígame eso al menos!

Wrayburn le explicó con frialdad que creía que su mujer había instalado a la señorita Saunders en uno de los áticos.

—No pretenderá usted que sea yo quien tenga que ocuparme de esas cuestiones.

—No lo pretendo. Ha venido porque no quiere que su mujer tenga que responsabilizarse de ella. Claro que no. Claro que no tiene que hacerlo. ¡Pero, por Dios, no permita que Daisy se nos escape! No la deje volver a Londres. Eche los cerrojos. Hable con ella con calma y seriedad. Golpéela en la cabeza, dele un somnífero si es necesario.

—Está usted alterado, Fairly. ¿No me dijo que no tenía ninguna relación con esa joven?

Como aquel paseo alrededor del gran nogal se alargara mucho más, no tardarían en tener compañía. El tesorero y el director aparecieron de repente por la puerta más cercana. Apoyándose en el brazo del tesorero, el director, con un ágil movimiento, se agachó y puso primero la palma, y después el dorso de la mano, sobre la hierba.

—El miércoles lloverá —afirmó—. ¿Quién quería saberlo?

Sin perder nunca su dignidad, el director volvió a levantarse. Fred siguió a Wrayburn al exterior del *college* y juntos partieron en bicicleta hacia el noroeste.

—No tengo ninguna relación con ella —dijo, alzando la voz—. ¿No comprende usted que ese es *precisamente* el problema?

En realidad los movimientos de Daisy no eran para nada misteriosos. El misterio es

un lujo que no estaba al alcance de sus recursos. Había regresado a Cambridge porque no se le ocurría nadie que pudiera darle trabajo, excepto el doctor Sage. Para ser más precisos, no conocía a nadie que tuviera un hospital privado, con la excepción del doctor Sage. Había ido a casa de los Wrayburn porque no conocía a nadie más a quien acudir. No explicó dónde había estado los días previos. El dinero con el que había pagado el billete para llegar desde Londres y el chelín que le había dado al conductor de la furgoneta de la lavandería eran toda la fortuna que le quedaba, pero no era su intención pedir algo a cambio de nada.

Cuando la señora Wrayburn la llevó al ático, Daisy se percató de inmediato de que aquellas eran las estancias de los sirvientes y de que no había sirvientes en ellas. Se encontraba de nuevo en la habitación donde la habían acostado junto a Fred Fairly. Se desvistió, colgó la falda y se lavó en el grifo de agua fría del rellano. El lavabo estaba rodeado de azulejos color verde salvia, con grabados que representaban la historia de Peleas y Melisande. Si se asomaba desde el ático, alcanzaba a ver las ventanas iluminadas de la granja de la que había salido el fatídico carro y la carretera, por la que discurrían unas pocas luces; a veces, los brillantes faros de acetileno de un coche.

Por la mañana bajó a la planta baja y descubrió a la señora Wrayburn algo preocupada.

—Daisy, ¿puedo llamarte así? Debo decirte que hace poco tomé la decisión de, por principios, vivir con más sencillez. Fruta, verdura, el mínimo posible de té o de café, pues la ciencia ha demostrado que son nocivos. En cuanto a los platos principales, ¡mira esta lata que compré en el nuevo Eustace Miles Emporium en King's Parade! Puedes leer sobre sus posibles usos en la etiqueta, viene todo aquí, y merece la pena fijarse, porque contiene leche deshidratada, que se puede combinar con gran variedad de sustancias para hacer platos nutritivos sin necesidad de cocinar.

—A mí me parece más bien harina de maíz —dijo Daisy.

—Supongo que habrá que acostumbrarse —dijo la señora Wrayburn, intentando dar a sus palabras un tono resuelto—. Creo en el poder de la mente sobre el cuerpo. Sí, lo creo. Puedes acostumbrarte a todo. Hasta los hombres pueden acostumbrarse a todo.

—Espero que no le importe que se lo diga, señora Wrayburn —intervino Daisy—, pero no creo que su marido se acostumbre nunca a esto, sobre todo si tiene que tomárselo crudo. Su casa es muy grande, requiere mucho trabajo, y no veo por aquí a nadie más dispuesta a ayudarla.

—¡Ah, esas habitaciones vacías...! —exclamó la señora Wrayburn—. Deberían estar repletas de caras sonrientes y de manos fuertes y voluntariosas.

—Viven ustedes un poco lejos, me parece a mí, señora Wrayburn. No creo que consiga fácilmente a una chica dispuesta a alojarse aquí y, si la encontrara, ella no encontraría muchos sitios adonde ir por las tardes, salvo la granja de al lado.

—No, no se quedan mucho tiempo —convino la señora Wrayburn—. No mucho.

—Como si guardara relación con lo anterior, añadió—: Estudié cuatro años en Newnham. Fui secretaria de la sociedad de debate. También me hicieron tesorera y secretaria de la Junta Social y Política Femenina.

Mientras tanto, miraba al fregadero, repleto de todo lo que se necesita cuando un marido come a diario en casa. Al igual que la mayoría de sus amigas, la señora Wrayburn había pedido en sus oraciones que no le tocara casarse con un clérigo, un médico de familia o un profesor universitario no becado. Todas estas profesiones —a diferencia de la hostelería o el ejército— implicaban comer en casa, así que cada día —además de tazas, platos y bandejas— hacían falta portatostadas, hueveras para los huevos pasados por agua y tapas para mantenerlos templados, termos para el agua caliente, coladores de leche, coladores de té, cucharas de hueso para los huevos, tenacillas para el azúcar, frascos para la mostaza —de cristal azul en el interior y de metal por fuera—, cuchillos de plata para la fruta —porque se creía que el acero, en contacto con el zumo, se volvía venenoso—, servilletas con servilleteros de un color diferente para cada comensal, fuentes para la verdura con asas en forma de alcachofa, salseras, cubreplatos, tenedores de pescado con los que era difícil comer el pescado —los cuchillos de pescado eran cosa de ricachones—, fuentes para magdalenas que había que llenar de agua hirviendo para mantenerlas a la temperatura correcta, recipientes de loza con tapa desde los que se servía la sopa y los correspondientes platos soperos, fuentes de cristal tallado para el dulce de crema, reposacuchillos para los cuchillos, reposatenedores para los tenedores, fuentes para el queso con tapas en forma de trozo de queso, fruteros, cazuelas de barro, cazuelitas para hornear, vinagreras y ollas. Al señor Wrayburn todo aquello —presentado sobre un mantel limpio, con el pliegue longitudinal trazando una línea recta a lo largo de la mesa— no le parecía demasiado. Tampoco a la señora Wrayburn o a la propia Daisy les parecía fuera de lo razonable. La mayoría de los objetos se encontraban en aquel momento en el fregadero reprochando en silencio que nadie los hubiera lavado y secado aún.

Daisy y la señora Wrayburn se hicieron cargo de inmediato de sus mutuas situaciones y, apenas unos minutos después, se lo reconocieron la una a la otra en voz alta. Daisy se quedaría para ayudar. La habitación del ático pasaría a ser suya y en su tiempo libre haría las tareas de la casa.

UN PASEO POR EL CAMPO

Wrayburn lamentaba haberse mostrado tan hospitalario la noche en que ocurrió el accidente. Y, además, también se daba cuenta de que había cometido un segundo error al informar a Fairly del regreso de la joven, cuya identidad y propósitos nunca habían quedado del todo claros. Por suerte, no tenían teléfono, pero Fred podía convertirse en un fastidio a fuerza de rondar la casa o incluso presentándose con demasiada frecuencia en el ático. Sin embargo, de momento, aunque sin la menor demora, se había limitado a enviar a la señorita Saunders un mensaje donde le preguntaba si le gustaría salir con él cuando ella tuviera un día libre.

—Supongo que si ella fuera de otra clase, habrías sugerido la necesidad de una acompañante para esos encuentros suyos —le dijo Wrayburn a su mujer—. No creo que Fairly permitiera a sus hermanas...

—Querido, no sé siquiera si tiene hermanas —interrumpió la señora Wrayburn—. Y la señorita Saunders no está a mi cargo: no soy su patrona. O, al menos, no exactamente. Creo que llegaré a tomarle cariño, pero no es responsabilidad mía.

—¿Y de quién es responsabilidad entonces?

La señora Wrayburn solo sabía que el doctor Sage la había contratado en su hospital mental, y que el horario era de ocho y media a seis y media.

Fred le había preguntado a Daisy si, a pesar de lo poco que se conocían, podía llamarla Daisy, y si a ella le gustaría ir a dar un paseo, un paseo por el campo. Ella respondió que le encantaría. ¿Qué tal —preguntó Fred— si iban en tren hasta Whittlesford y desde allí seguían a pie hasta el molino de Great Chishill, aunque seguramente no llegarían tan lejos? Daisy repuso que estaba en buena forma.

Con sus botas gruesas y una gorra de golf que había encontrado en un baúl en el ático de los Wrayburn, parecía dispuesta a todo. Se había subido el bajo de la falda casi tres centímetros. Cuando salieron hacia la estación, la emoción ante la pequeña excursión le coloreaba aún más sus ya de por sí sonrosadas mejillas.

—¿Cómo es ese sitio al que vamos? —preguntó.

—No sé. He estado allí, pero, en realidad, nunca me he detenido a pensarlo. —La

miró preocupado—. ¿Debería haberlo hecho? Tenemos que dirigirnos hacia el suroeste, salir del pueblo...

—¡Mira! —dijo ella—. ¡Una casa en venta!

—¿Y qué tiene eso de especial, Daisy?

—Vamos a echar un vistazo —dijo ella—. Nos sobra el tiempo. Visitar una casa deshabitada siempre le anima a uno.

Fred trató de imaginar cómo.

—Es como ir de compras —explicó ella—. No tienes que comprar nada, basta con ver lo que hay.

—Me temo que tendremos que volver a Cambridge para que nos dejen las llaves —dijo Fred, pero, tal y como indicaba una nota que encontraron en una ventana y que decía RAZÓN EN LA FERRETERÍA, las llaves estaban a solo unos portales de distancia, en la misma calle.

El ferretero, que no podía prescindir de nadie en la tienda para que les enseñara la casa, al principio se mostró algo reacio a confiar las llaves a Daisy, pero acabó cediendo.

—No tardaremos —dijo ella—. Pensábamos ir a dar un paseo por el campo.

La casa, como cualquier lugar que llevara un tiempo desocupado, estaba repleta de papeles. Folletos, avisos de los servicios eclesiásticos y de las fiestas parroquiales, circulares, anuncios de subastas y advertencias acerca de la plaga de la patata que había seguido azotando la zona que las corrientes de aire habían esparcido por el suelo de piedra. Facturas y pedazos de cartas escritas con tinta negra, azul y violeta que habían entrado en la casa, y que probablemente seguirían entrando, a través de la estrecha ranura que hacía las veces de buzón: «... No veo el momento de ir a...», «... jueves sin falta...», «... confía en Su misericordia».

—Podría pasarme todo el día leyéndolos, si no tuviera nada más que hacer —dijo ella—. A lo mejor es porque no recibo muchas cartas.

—La gente de Cambridge tiene la costumbre de enviarse mensajes continuamente —comentó Fred—. A veces me gustaría que se contuvieran un poco. Supongo que yo sí recibo demasiadas cartas. Espero que no acaben igual que estas, hechas trizas en el suelo de una casa vacía...

Pero Daisy estaba ya inspeccionando los cajones: un plato, ningún cuchillo, un tenedor, una cuchara...

—Siempre solo, supongo; lo lamento por él.

—Pudo ser una mujer —sugirió Fred.

—No, nunca conocerás a una mujer que viva así. Ella debió de morir antes que él, o tal vez lo abandonó.

—Pasara lo que pasara —dijo Fred—, lo lógico sería que hubieran vaciado la vivienda.

—¿Cuándo has visto una casa vacía del todo? —preguntó Daisy—. Siempre queda algo.

En la cocina había un profundo fregadero de piedra, cubierto en parte de musgo, aunque del delgado grifo no debía de haber manado agua en meses.

Daisy inspeccionó rápidamente los armarios: nada, salvo más trozos de papel y un juego de cepillos de chimenea. Un tablón del suelo estaba suelto. «Seguramente las vigas están podridas», pensó Fred.

—Me parece que hay algo debajo —dijo Daisy—. ¿En qué otro sitio iba él a guardar sus tesoros? Todos los viejos son iguales. Lo más probable es que escondiera dinero.

Pero no dejó que Fred levantara el tablón, por si acaso les traía mala suerte. En el piso de arriba —las escaleras estaban detrás de una puerta igual que las de los armarios— había un desván oscuro, sin amueblar. No se veía ningún lavamanos: el propietario debía de asearse en el fregadero o en una bomba. También descubrieron una letrina en el patio, aunque la habían cerrado con unas tablas y se estaba hundiendo poco a poco en el suelo. Daisy parecía encantada. Lo había mirado y remirado todo, y hasta sabía el nombre del antiguo propietario, que averiguó gracias a los fragmentos de un par de sobres que había encima de una mesa.

Caminaron uno al lado del otro por la calle.

—Habría sido muy diferente —comentó Fred—, si de veras hubiéramos estado buscando una casa.

—Eso lo habría estropeado. Te habrías preocupado por el precio, las cañerías, el tamaño de las habitaciones... ¡Le habrías quitado la gracia!

Fred suspiró y preguntó:

—¿Es esa una de las diferencias entre los hombres y las mujeres, que las mujeres viven en su imaginación?

—Es todo lo que la mayoría de nosotras nos podemos permitir —dijo Daisy.

—No creo que el ferretero se lo tragara —dijo Daisy mientras saltaban la cerca—. Sabía desde el principio que no teníamos intención de comprarla. Salta a la vista.

—¿Qué es lo que salta a la vista?

—Bueno, esta es la segunda vez que nos vemos. Apenas nos conocemos, y no tenemos ninguna relación.

Fred estaba aterrado.

—¿No sabes lo que significas para mí?

Daisy se detuvo a pensarlo.

—Supongo que lo sé, Fred. La verdad, hasta un niño de seis años se daría cuenta.

—Eso es lo que quiero. Quiero que los niños de seis años se den cuenta, quiero que los ferreteros se den cuenta.

—Fred, tú tienes familia, ¿no?

Fred le explicó que su padre era párroco en Blow, y también lo que era un párroco, diferenciándolo de un vicario. Reconoció tener una madre y dos hermanas, y

dijo que lo único que quería era que todos ellos se enteraran de que estaba enamorado.

—Fred, sinceramente, ¿alguna vez has salido con una chica?

Fred tardó unos instantes en encontrar una respuesta.

—Nunca he salido con una chica con la que quisiera casarme.

—Espero que ellas no lo supieran —dijo Daisy.

—¿Qué importan ellas, Daisy? Aunque existieran, ¿qué importancia tendrían? No existen, nunca lo hicieron. Son inobservables.

Daisy se debatía con la cuestión del tiempo mucho menos que la mayoría de la gente. No pensaba en el pasado, salvo que no le quedara más remedio, y lo mismo le sucedía con el futuro. Ahora paseaba por el campo, y quería disfrutar del momento. En especial, estaba dispuesta a dejarse impresionar por montones de pájaros y de flores. El primer prado, inundado por dos centímetros de agua, yacía bajo una lámina de cristal plateado, con la larga hierba meciéndose por la suave corriente. El arroyo venía demasiado crecido para cruzar por el pequeño puente, así que tuvieron que rodear el prado. Una vez en terreno elevado, la agradable excursión se convirtió en el típico paseo campestre incómodo. Como seguían un camino de carros, tenían que elegir entre ir por el centro o por una de las anchas y embarradas cunetas. En opinión de Fred, a Daisy le correspondía ir por el centro, seco y más alto, pero, caminando por allí, quedaba casi a la misma altura que él. Cuando ella saltó para situarse a su lado, iban tan pegados que les resultaba casi imposible andar. La única forma era ir tomados del brazo.

¿Dónde estaban los pájaros? ¿Y las flores silvestres? Desde que ella los había mencionado, Fred se sentía en la obligación de hacer aparecer de la nada alguna muestra de ambos. La extensión de verdes campos, pálidos y sin cercar, parecía desierta, salvo por unas vacas que descubrieron a lo lejos. El trigo primaveral apenas se dejaba ver. No podía diferenciarse más del campo que rodeaba Blow, y era mucho menos rico, menos cuidado, menos hermoso, aunque también menos siniestro. Aquí el cielo se prolongaba hasta un horizonte infinito, sin casi puntos de referencia, de modo que una iglesia parecía estar a nada más que un par de kilómetros cuando en realidad se encontraba casi a diez. Durante los últimos cinco años, Fred se había acostumbrado a aquellos resplandecientes campos. Aún recordaba el primer paseo que dio por la zona, en compañía del profesor Flowerdew y de un profesor de Filosofía Moral del King's, que, mientras marchaban por aquel mismo camino de carros, dijo: «Flowerdew, por fin me he convencido de que lo físico y lo psíquico son dos aspectos diferentes de la misma realidad». «¡Absurdo! —exclamó Flowerdew por encima del hombro—. Este campo no es un aspecto de nada. Es un simple campo. Mi mente no es un aspecto de nada, es una mente, y solo se diferencia del campo en que controla su propia actividad».

—¿Qué pájaros eran esos? —preguntó Daisy—. ¿Eran codornices, Fred?

—No, me temo que no. Me parece que más bien eran zorzales.

—Es una pena —dijo Daisy—. Me gustaría ver una codorniz.

De flores Fred sabía todavía menos; era un tema que había dejado en manos de sus hermanas. Confiaba en encontrar alguna primula madrugadora, pero no había ninguna. Daisy, no obstante, descubrió entre la hierba a la vera del sendero un grupo de flores diminutas, blancuzcas y verdosas, de apariencia insignificante, no todas iguales entre sí. Él pensó que debían de ser vellosillas o hierbas gallineras.

—Esta es diferente —dijo ella—. La llamamos flor de la viuda. Hay que andarse con cuidado si se utiliza para elaborar algún medicamento. Podría resultar letal.

Daisy se había quitado los guantes y sostenía delicadamente la mísera planta entre sus fuertes dedos.

—Mira, cinco pétalos. Puedes contarlos.

—Todas tienen cinco pétalos —repuso Fred—. Yo no habría descubierto ninguna diferencia entre ellas. —Miró la flor con respeto—. ¿De veras se llama flor de la viuda?

—¡Claro que no! —dijo Daisy—. No tengo ni idea de cuál es su nombre. No conozco los nombres de las plantas. Solo lo he dicho para que no decaiga la conversación.

Ella advirtió que él se había inquietado ante su comentario.

—Tienes que decirme siempre la verdad. Estoy perdido si no puedo confiar en ti —le explicó.

Siguieron adelante.

—En el Blackfriars confiaban en mí. Soy una buena enfermera, no es vanidad. La enfermera jefe dijo una vez que yo era la clase de enfermera que necesitaba, en especial con los convalecientes de cirugía. Y si lo dijo fue porque de veras lo pensaba, puedes apostar lo que quieras.

—Entonces ¿por qué te fuiste de Londres? ¿Te cansaste del trabajo?

—Nunca me cansaría de ser enfermera —dijo ella—. Pero hay una norma que prohíbe hablar sobre los pacientes fuera del hospital.

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Por qué, Daisy?

—Pensé que así le ayudaría a conseguir lo que quería. Pensé que eso le salvaría la vida.

—¿Y lo hizo?

—No.

—¿Murió?

—No, pero en realidad no necesitaba que le salvaran la vida.

Un poco más tarde, aunque no estaban demasiado cansados, se sentaron a descansar en el cementerio de una iglesia. El suelo estaba hecho de pedernal y guijarros. Pese a que había un viejo molino de bombeo a menos de un kilómetro, un buen número de las tumbas pertenecían a hombres, mujeres y niños ahogados en

diversas inundaciones. El sol dejó sentir por fin su calor y Daisy se quitó la gorra de golf, donde había guardado la flor blanca. La gorra olía a alcanfor.

—El sol hace que huela aún peor. Estaba en uno de los baúles llenos de ropa que hay en el ático, me la prestó la señora Wrayburn.

—No me imagino a la señora Wrayburn jugando al golf —dijo Fred—. No tengo ningún motivo para ello, pero no puedo imaginármelo.

—Me dijo que era de su hermano. Ella la guardó cuando él partió a Rangún.

—Mis hermanas me quieren —repuso Fred—. O al menos la más pequeña. Pero no creo que si me fuera a Rangún guardaran ninguna de mis cosas ni un solo día.

—A lo mejor a ella le gustaría volver a ser niña —sugirió Daisy—. Tal vez piensa que en algún momento de su vida tomó el desvío equivocado.

—No vuelvas a ponértela —dijo Fred.

No iban a llegar a Great Chishill, pero coincidieron en que ninguno esperaba hacerlo realmente. Daisy reconoció estar sedienta. Sin puntos de referencia, los extensos campos resultaban engañosos, y a Fred le pareció que arriesgaba su reputación si le decía que una doble hilera de sauces que había frente a ellos, algo elevada, señalaba una carretera vecinal y que allí encontrarían un *pub*, The Fenny Inn. Siguieron caminando, y sí que había una carretera, y sí, allí estaba The Fenny Inn. Más que construido por seres humanos era como si lo hubieran pescado directamente en el agua pantanosa. Pero era clara e indiscutiblemente un *pub*.

—¿Has estado alguna vez aquí? —preguntó Daisy.

—No, solo he pasado por delante, pero si no te gusta, nos largamos de inmediato.

—¿Adónde iríamos?

—No lo sé, pero si no te gusta, nos largamos de inmediato.

Era evidente que lo decía en serio. Daisy se dio cuenta entonces de que él le ofrecía lo mejor de sí mismo, sin guardarse nada; lo mejor que una persona puede ofrecerle a otra.

Pasaron al bar, que no parecía muy acogedor. Solo estaba iluminado por la poca luz que penetraba a través de una ventana, alta y empañada por la humedad. Lucios y anguilas podrían haber nadado al otro lado: era como si la estancia estuviera por debajo del nivel del suelo.

—Es el sitio más bonito que he visto en mi vida —dijo Daisy.

—¿Estás segura?

—No, pero temía que fuéramos a largarnos de inmediato.

—No sé por qué te ríes de mí todo el tiempo —protestó Fred—. No puedo hablar más en serio.

Daisy tomó asiento y se estiró con deleite, centímetro a centímetro, apoyada en el duro respaldo del banco. ¿Qué le apetecía tomar? Media pinta de negra cremosa, pero en The Fenny Inn no tenían, así que al final fue media pinta de Cambridge Ale.

—Está muy buena —dijo ella.

—Pero no es lo que querías.

Daisy tomó un sorbo y dijo:

—¿Sabes que las enfermeras del hospital toman algún trago de vez en cuando? Al menos las mayores. Al final de los turnos el dolor de espalda les resulta insoportable, no se las puede culpar. Es como una sierra. Guardan la ginebra en una botella de licor farmacéutico y tienen preparado un terrón de azúcar para disimular el olor. La ginebra es un licor farmacéutico, en realidad.

—Daisy, ¿quieres casarte conmigo?

Ella bajó la mirada.

—Sé que no dices lo que no piensas, Fred.

—¿Lo considerarás?

Daisy habría dado el mundo por decirle, sin callarse nada, lo que sentía. Durante toda su vida había encontrado mucho más fácil dar que recibir. Eso había provocado que siempre estuviese en cierta desventaja. La gente necesitada era superior a ella, que se desprendía sin pensarlo de todo su dinero y sus posesiones. Pero solo aceptaba algo con la cautela de un animal semidomesticado.

—No digo que no lo vaya a hacer, Fred.

UNA VISITA A LOS FAIRLY

El señor Wrayburn estaba angustiado. A la larga, alguien podría reprocharle lo que estaba ocurriendo bajo su propio techo. Su mujer le dijo que era absurdo que se pusiera así. En lo que se refería a «su propio techo», Fred, salvo en la primera ocasión, jamás había pasado del recibidor. Cada vez que había salido con Daisy la había acompañado de vuelta a casa. Unos días más tarde, invitó a Herbert a cenar al St. Angelicus, donde, «según tus propias palabras», habían dado buena cuenta de una botella de Madeira mientras escuchaban música rara. ¿Qué se le podía reprochar? El señor Wrayburn no dio ninguna explicación. Lo único que dijo fue que le parecía que Fairly provenía de una familia decente.

Quizá todo se solucionase manteniendo una pequeña charla con Daisy. Pero él nunca había hablado con ella. ¿Por dónde empezar? La chica no regresaba —Venetia se lo había dicho— del hospital mental hasta después de las siete. A continuación se marchaba directa a un lugar donde él prefería no poner el pie: la cocina. Pero, si quería tener esa conversación, no le quedaba otro remedio, así que allí que se plantó mientras Daisy clasificaba la colada, viendo pasar ante sus narices sus camisas y prendas de ropa interior.

—Señorita Saunders, ¿por casualidad ha escuchado usted alguna vez la ópera de Verdi *La Traviata*?

—Conozco una de las canciones —contestó Daisy—. Está en mi colección de «Joyas Vocales».

—En *La Traviata* el héroe, un joven sencillo, honrado y de buena familia, se obsesiona con Violetta, una mujer de dudosa reputación. No piense, por favor, que busco hacer una comparación. No obstante, el padre del protagonista llega a París y le suplica que regrese a la vieja Provenza, lugar de donde él procede.

—¿Por qué la Provenza es «vieja»? —preguntó Daisy.

—Al principio el hijo se niega. Quizá se pregunte usted por qué le cuento todo esto.

—No me pregunto nada —dijo Daisy—. Piensa que soy demasiado corta para entender lo que me quiere decir si lo hace directamente.

—El hombre está preocupado porque teme que si su hijo no deja a la Traviata, su

vida y su carrera acabarán, a todos los efectos, arruinadas. Y así se lo explica a Violetta.

Aunque con su último comentario Daisy había pretendido callar al señor Wrayburn, lo cierto es que sentía debilidad por las buenas historias.

—Y bien, ¿qué pasa luego?

Wrayburn perdió el hilo.

—En el sentido al que usted se refiere, no pasa nada. El problema se resuelve por sí solo. En fin, Violetta muere de tisis.

—Ya no la llamamos así —dijo Daisy—. Pero, en cualquier caso, ¿qué dice ella?

—Dice: «Quiero vivir». —Wrayburn hizo memoria—. El anciano padre lamenta su rudeza, pero eso no viene al caso.

—Pretende insinuar que no soy buena para Fred —concluyó Daisy tranquilamente—. Pero yo estoy sana, no sé de ningún caso de enfermedad grave en mi familia.

—No me ha comprendido. Quiero decir que si Fairly se casa con usted, o con cualquier otra joven, tendrá que renunciar a su plaza de profesor adjunto en el *college*. Esa es condición *sine qua non* para obtener el puesto, como él debe de saber muy bien. No hay adjuntos casados en el St. Angelicus. Es más, a ninguna mujer se le permite poner el pie allí. El director y el resto de profesores son, en resumen, célibes.

—También lo eran el padre Haggert y el coadjutor de mi parroquia —dijo Daisy—. Pero las mujeres rondaban todo el día la casa parroquial, incluso aparecían en mitad de la noche para pedir todo tipo de cosas.

—Señorita Saunders, no quiero que se sienta decepcionada después de lo que he dicho. Era, en cierto sentido, mi deber hablar con usted.

—¿En qué sentido? —preguntó Daisy—. Fred podría habérmelo contado si hubiera querido.

—Es muy poco probable que desee hacerlo. A eso me refiero.

Fred la llevó a ver la representación de *Cox and Box* de la Sociedad Universitaria de Cambridge, y también a Rupert Brooke haciendo de Mefistófeles en la segunda producción de la Sociedad Marlowe del *Doctor Fausto*. A Daisy esta obra no le gustó tanto como la primera, pero su capacidad para relajarse y disfrutar era asombrosa. Al igual que su predisposición a sentir simpatía tanto por los personajes como por los aficionados que los interpretaban. Había ido al teatro muchas más veces que Fred, pero habitualmente a las salas de variedades, donde si los cómicos medio borrachos se olvidaban de sus frases, el público medio borracho estaba siempre presto a apuntárselas. Ella no se sabía, sin embargo, las frases del *Doctor Fausto*.

Preguntó a Fred sin rodeos por lo que el señor Wrayburn le había contado, sin mencionar *La Traviata*, y él le confesó que era cierto. Tendría que dejar el *college* cuando se casaran. Por otro lado, tampoco se veía capaz de seguir viviendo allí si ella

le rechazaba.

De repente toda la familia de Fred se presentó en Cambridge. Hester llamó por teléfono al Cavendish.

—Mira, Hester, se supone que yo no...

—Lo sé, pero el hombre de tu *college* nos quería hacer creer que no sabía dónde estabas.

Alojarse en un hotel habría resultado demasiado caro. Estaban en el Albergue Anglicano para Mujeres con Escasos Recursos, donde también se hospedaban, le explicó Hester, algunos evangélicos.

—¿Qué habéis hecho con padre?

—Está rodeado de toda clase de comodidades en el Trinity Hall. Tiene que asistir a una cena. Por eso estamos aquí, de hecho. Solo se celebra una vez cada veinticinco años.

—Le hemos asegurado que no nos da ninguna envidia —intervino Julia a voz en grito—. Le dijimos: «Bueno, amigo, que Dios te ayude a encontrar a alguien a quien conocieras de joven».

—¿Está madre ahí?

—Freddie, querido —dijo su madre—. Voy camino de Londres. Un camino no muy directo, pensarás tú, pero confiábamos en verte. He de visitar a algunas presas allí, si conseguimos el permiso y, claro, también haré algo de trabajo administrativo, por supuesto, para el proyecto de ley de conciliación. Pedimos el voto para todas las mujeres que paguen más de diez libras anuales de renta, aunque consentiremos que las casadas no voten en el mismo distrito electoral que sus maridos. Es solo para mantener al señor Asquith tranquilo. No pienses, por favor, que tu madre va a embarcarse en algo demasiado espectacular.

—¿Las chicas irán contigo?

—No. Hester tal vez podría resultarme útil, pero Julia no tanto, como ella misma admite sin problemas. Hester se ha ofrecido a volver a Blow y cuidar de los dos mientras estoy fuera.

—Madre, ¿qué has hecho con mis hermanas? Me las has cambiado.

—Por favor, no te alteres, Freddie.

—¿Está padre al corriente de todo?

Julia se puso al aparato.

—Pensamos decírselo mañana, después de la cena. El enfado que le provocará la discusión con sus amigos sobre socialismo cristiano le ocasionará tal indigestión que estará deseando volver a Blow con sus dos comprensivas hijas.

—Julia, ¿quién paga esta llamada?

—Está todo explicado en un cartel. El albergue paga siete libras anuales por llamadas ilimitadas a abonados en un radio de un kilómetro, y una libra con cinco

chelines extra al año para cada kilómetro o fracción adicional. Así que podemos utilizar el teléfono cuando queramos, y dejamos lo que nos parece pertinente en la caja de la colecta. Son unos especuladores, Freddie.

—Iré en cuanto pueda.

Y allí, en el Albergue Anglicano, donde no se permitía la entrada a nadie después de las nueve de la noche, Fred les contó que se había enamorado. Habló con serenidad, pero su revelación causó gran alboroto. Incluso la señora Fairly alzó la voz en algún momento. La vigilante les recordó que de seis a siete había una hora de silencio que era necesario respetar, y que se pedía a los huéspedes que evitaran, a cualquier otra hora, temas de conversación controvertidos.

—¿Quién es? ¿La conocemos? ¿Es la hermana de alguien? ¿Dónde la conociste? ¿Cuándo la conoceremos nosotras?

—Está bastante ocupada.

Pero Fred accedió, aunque el tiempo aún no era muy bueno, a llevarlas a todas a dar un paseo en batea la tarde siguiente.

El sol no calentaba demasiado. Se encontraron en el embarcadero de Chesterton y zarparon por el plácido y poco profundo Cam, tal vez el lugar más apropiado del mundo para navegar en batea. La señora Fairly se sentó con Hester, y Julia con Daisy. Fred veía la cara de su madre y la nuca de Daisy. Aunque quizá de un modo algo imprudente, él las quería a todas por igual. Ojalá encontrasen el modo de quererse entre sí.

—Es un placer conocerla, señorita Saunders —dijo la señora Fairly mientras se acomodaban en la batea—. Sabemos muy pocas cosas de usted.

Hester dedicó una mirada severa a su madre y comentó que Cambridge era muy frío, comparado con la parte del país de la que procedían.

Fred se impulsaba despacio con la pértiga, remontando suavemente la corriente. Él les había contado que era enfermera y que venía de Londres, que era casi todo lo que sabía de ella. La señora Fairly lo intentó de nuevo.

—¿Baja usted mucho al río en Londres, señorita Saunders?

—Sí, adoro el agua —dijo Daisy—. He pasado muy buenos ratos en el *ferry* que lleva a Gravesend —añadió—. Por favor, llámeme Daisy.

La señora Fairly continuó:

—Creo que mi hijo no mencionó nada acerca de tu edad.

—Pronto cumpliré veinte.

—¿Y eres enfermera de hospital?

—¡Madre, por favor, deja de avasallar con tantas preguntas a Daisy! —interrumpió Hester—. Es como si la estuvieras entrevistando para un puesto vacante en una tienda.

—Es lo que está haciendo, en cierto modo —dijo Julia.

—¡Julia, eso es ridículo! —la reprendió la señora Fairly con dureza—. Confío en que la señorita Saunders esté disfrutando del aire fresco tanto como yo.

Fred había decidido no intervenir. Avanzando lentamente por el brillante río primaveral, se sentía invadido por una tranquilidad absoluta, casi libre de preocupaciones. Habían llegado hasta el Backs, donde, llevado por una arraigada costumbre, llamó la atención de las mujeres hacia aquel sauce que asomaba sobre el agua, cerca de la biblioteca Wren. Le explicó que, por supuesto, su aspecto mejoraría según avanzase el año, a lo que la señora Fairly asintió, tal como habría hecho en su jardín. Ahí estaba el Johns, el puente de los Suspiros, a continuación el Clare, el puente del Kings, el Kings, por supuesto, aquel de ladrillo rojo era el Queens, surgiendo directamente del agua, directamente de su reflejo. ¿Cuántas veces, en sus visitas anteriores, habían visto su madre y sus hermanas aquel tramo del río y aquellos edificios? Pero Daisy no los conocía y la familia del párroco, curtida en muchas excursiones parroquiales, sabía disfrutar, como si fuera la primera vez, de lo que era nuevo para los invitados.

Mientras tomaban el té en el albergue, después de que Fred regresara a su laboratorio y Daisy a sus tareas, la señora Fairly volvió a lo que había dicho Julia, «o más bien al modo en que lo dijiste. ¡Un puesto vacante! No creo que a Fred se le haya pasado por la cabeza abandonar el St. Angelicus. Y en cuanto a la chica...».

—¿Qué sucede con la chica? —preguntó Hester.

—Ya sabes que no me gusta juzgar a los demás, pero ¿te la imaginas viviendo en la parroquia?

—No tengo que imaginarla en la parroquia —respondió Hester—. La imagino enarbolando una pancarta que pusiera VOTO PARA LAS MUJERES.

Julia le dijo a su madre que se estaba comportando como el padre de aquella ópera tan famosa.

—¿Qué ópera, Julia?

Julia no se acordaba del nombre, lo que debilitaba la comparación, pero opinaba que Daisy era una muchacha estupenda. El señor Fairly no fue consultado respecto a ninguna de estas cuestiones. Fred lo había invitado a cenar en el *college* aquella noche y lo sentó junto al profesor Flowerdew, que, con su melancólica sonrisa, le aconsejó que no depositara grandes esperanzas en el futuro del universo material. Por otro lado, habló muy favorablemente de Fred.

Cuarta parte

MATTHEWS

Desde la reunión de la Sociedad de los Desobedientes, el doctor Matthews había pensado mucho en el accidente de Fred; tanto que llegó a verlo como algo mucho más misterioso de lo que en realidad había sido. Wrayburn le pudo decir poca cosa, pero Wrayburn, pese a trabajar con esmero, era bastante necio. Tomó unas cuantas notas. El carretero responsable del accidente ha desaparecido. Era de suponer que, al ver lo que había hecho, saldría corriendo. No por la carretera, sino campo a través. ¿De qué clase de campo se trata? Abierto, sin setos que demarquen las propiedades, con ringleras de sauces acompañando los riachuelos, el típico terreno de nuestra región de tierras bajas. ¿Dónde esconderse? Difícil saberlo. Debemos asumir que el carretero no se dirigió a su casa, pues no parece el mejor lugar para alguien a quien busca la policía. Digamos entonces que fue a que le escondiera un amigo de confianza. Era un hombre de los alrededores, según el granjero, y los hombres de por aquí no son muy dados a viajar. Tal vez se refugiara en un establo o entre dos pilas de patatas, pero a la postre tendría que volver a la carretera y recorrerla a pie. Aunque nadie lo vio en la carretera.

¿Qué hacer? Si queremos encontrar a un hombre que ha sido visto en cierta carretera conduciendo un carro y que ha causado daños a dos bicicletas, a un hombre y a una mujer... Pero aquí debo detenerme. ¿No había un tercer ciclista? ¿Y no ha desaparecido también? ¿Y no nos dicen nuestros científicos y racionalistas, quienes, quizá, no son siempre las mismas personas, que si no confiamos en nuestros sentidos no nos queda nada en lo que confiar? Los mismos cinco sentidos que el sacerdote unge en la partida de un hombre de este mundo, y son despachados, por así expresarlo, tras haber hecho todo lo posible por hacer lo mejor de nuestras vidas — aunque podríamos preguntarnos, opino, si nosotros les correspondemos en la misma medida. He conocido a un hombre hace poco, un científico, que nunca ha fumado una pipa—.

Vuelvo al carretero. Se le podía oír y se le podía ver, se le podía estrechar la mano y, me atrevo a afirmar que, si se trataba de un trabajador honrado, hasta se le podía oler. Aun así no se le encontró en la carretera ni a los costados de esta ni en ningún otro sitio en un radio de kilómetros.

Me parece, después de todo, que un cuento puede ser el mejor camino para llegar a la verdad. Tendremos que proceder, pues, por analogía, un método que ahora los teólogos consideran poco respetable, pero que, según me dicen, sí lo es para los científicos. Es decir, voy a comparar el momento presente con otro del pasado, con la esperanza de arrojar un poco de luz sobre nuestros problemas. Digo esto pese a que no siento una gran inclinación a hablar de mis experiencias de hace cuarenta y dos años, ni siquiera a recordarlas. Saquen ustedes de ellas sus propias conclusiones.

Cuando era joven participaba en cuanta excavación se llevaba a cabo, sin importarme que contaran con posibilidades de descubrir algo. Extraer valiosa información de textos antiguos o arrancarla de la misma tierra, así como de ladrillos o de piedras, fue desde bien temprano mi pasión. Se podría pensar que se trataba de una ocupación tranquila. En cualquier caso, la expedición del verano de 1869 tuvo como destino, de entre todos los lugares posibles, los campos frente a la que hoy es la granja del señor Turner, salvo que entonces no había ninguna casa en los alrededores ni ningún señor Turner —la granja se llamaba Hinton—. En vez de la actual carretera había allí un camino de carros que se elevaba en el tramo que pasaba ante la granja para formar algo parecido a un puente. Ese punto concreto estaba reforzado con ladrillo, pues era el camino que tomaban los zapadores que entraban y salían de los colectores de drenaje después de las tormentas de verano. Creo que nunca he visto tantos vencejos en ningún otro lugar.

Los ladrillos eran muy viejos, claramente medievales. El hombre que estaba al frente de nuestra pequeña expedición, Edward Nisbet —no se acordarán de él—, había averiguado que entre la segunda mitad del siglo XIII y 1427 existió en aquel lugar insospechado un pequeño convento. Se erigió en honor a santa Salomé, la comadrona de la Virgen María. Es probable que la granja, en aquella época, estuviera vinculada al convento. Los cuatro nos alojamos en ella. Dormíamos por parejas en unas camas con dosel, en las habitaciones del ático. La mujer del granjero estaba encantada de tenernos allí. La venta de huevos y aves de corral, además del alojamiento de gentes de paso, constituían sus únicas fuentes de ingresos extra, ¿y cuánta gente pasaría por allí en aquel entonces, antes de que se construyera la carretera?

—Espero que los jóvenes caballeros hayan dormido bien —nos dijo la primera mañana.

Nos apresuramos a asegurarle que así había sido, con la excepción de Nisbet, quien, aunque escrupulosamente educado, se preocupaba mucho por la precisión.

—No es que tenga demasiada importancia, pero usted y sus amigas estuvieron cantando y hablando hasta muy tarde, señora Hinton.

—¿Se refiere usted a mí y al señor Hinton? Nunca nos acostamos tarde. Trabajamos demasiado. No podemos permitirnos algo así.

Los demás, advirtiendo cierto resentimiento o puritanismo, dijimos que no habíamos escuchado nada. Yo dormí en la misma habitación que Nisbet y, de hecho,

no oí nada.

Habíamos pagado a Hinton para que levantara la capa superficial de tierra antes de que llegáramos, a fin de empezar con las medidas y los trazados de inmediato. También contratamos a dos peones de la granja, que compartieron con nosotros su impresión de que el sitio no parecía más que una porqueriza. La planta del convento, para ser sincero, no permitía hacerse demasiadas ilusiones de que fuéramos a dar con nada especial. Los únicos datos de interés respecto al lugar los encontraron en un informe de 1426 que se había elaborado por orden del obispo de Ely. En aquel momento la situación del convento era precaria. Solo había dos mujeres sucias y abandonadas, ambas muy mayores, que seguían vistiendo el hábito, y una tercera, de la que, pese a ser también anciana, se decía que llevaba una vida inmoral. El tejado se describía como «incapaz de impedir el paso de la lluvia». Al parecer, el obispo envió a una comisión con poderes para, en caso de considerarlo necesario, sacar de allí a las mujeres y realojarlas en el convento de St. Radegung. El convento era menor, por lo que no se menciona en ningún otro registro. No se sabe con certeza si el inspector enviado por el obispo llegó y cumplió con su cometido. Para cuando se construyó la carretera, hacía trescientos años que en el lugar donde se había erigido el convento no quedaba nada. La hierba cubría el terreno y el ganado deambulaba por allí a sus anchas.

La noche siguiente no fue mejor para Nisbet, que me despertó salpicándome la cara con agua fría y me contó que no solo oía voces, sino que también distinguía, claramente, lo que estas decían.

«Adentro, adentro, adentro», repetían una y otra vez. Y en una ocasión: «Adentro con él. Abajo, abajo, abajo». El volumen de las voces aumentaba considerablemente, conforme la noche avanzaba. Pensaba que las voces habían alcanzado un volumen sobrehumano. Había vivido una experiencia terrible.

Aunque se nos pasó por la cabeza que podría tratarse de una especie de broma de la señora Hinton, rechazamos la idea de inmediato. La mujer solo se había reído una vez durante nuestra breve estancia, cuando uno del equipo tropezó en el desgastado escalón de la puerta de la cocina y cayó al suelo cuan largo era. Ella se rio a carcajadas; de hecho, lloró y se atragantó de la risa. Hacía tiempo que no veía algo tan cómico, y la risa le sentó de maravilla, según nos refirió ella misma.

—Supongo que deberíamos alegrarnos por haber conseguido que nuestra anfitriona se sienta bien —dijo Nisbet—. Imagino, por cierto, que no es propensa al reumatismo.

—En las tierras bajas abundan las fiebres —dije.

—¿No te sientes tú un poco febril, Matthews?

Le pregunté si se encontraba mal.

—Algo me pasa. —En ese momento me fijé en él (es habitual cuando se convive estrechamente con alguien dejar de mirarlo con atención) y vi que su tez estaba gris y que tenía sombras alrededor de los ojos y de las fosas nasales que en circunstancias

normales serían síntomas de una enfermedad grave.

—¿El qué?

—Una presión. Me siento aplastado.

—Está todo en tu cabeza, Nisbet.

—No, no lo está.

—Vamos a tomar el aire.

Nos dirigimos hacia la excavación, aunque apenas comenzaba a amanecer. Nisbet propuso de pronto que levantáramos la albañilería y los colectores de drenaje de la zanja.

Ya he explicado antes que los colectores eran tan viejos como el convento mismo. El campo, por supuesto, ya no requería de ellos para su drenaje. Aun así, en caso de retirarlos habría que volver a dejarlos tal como estaban, y ninguno de nuestros peones parecía capacitado para dicha tarea. Para nuestro asombro, los dos dijeron que era mejor no andar toqueteando los antiguos colectores, pues no se sabía lo que aparecería debajo.

—Para eso precisamente estamos aquí —insistí—. Para eso les pagamos. Queremos saber qué hay debajo.

Nos contaron que sabían de obras similares que acabaron con el suelo hundiéndose y tragándose todo. Les presionamos para que nos dieran detalles de aquello, pero no pudieron ser más precisos. Estoy convencido, sin embargo, de que si Nisbet no se hubiera empeñado tanto como lo hizo y hubiera dejado de rondar el colector, mientras los demás nos ocupábamos del levantamiento topográfico y de la toma de notas, habríamos abandonado la idea.

—¡Qué demonios! —exclamaron los otros—. Parece un perro olfateando una cloaca.

Salía antes que nosotros y regresaba el último. Tratando de aligerar la atmósfera, le pregunté si había visto algo fuera de lo normal. Para mi sorpresa, contestó que sí.

—Y bien, ¿qué, o a quién?

A regañadientes, me contó que se había topado con una vieja que al verlo había abierto la boca, como si fuera a lanzar un grito o quisiera devorarlo. No le quedaba ningún diente. Cuarenta años atrás, escaseaban las ancianas que conservaran toda su dentadura. Si eran pobres, no se libraban de perderla. Le pregunté cuál era el problema. Me respondió que había tenido miedo de que ella lo tocara. Si no hubiera sido por su aspecto, habría soltado una carcajada.

—¿Adónde iba? —pregunté.

—A Guestingley, supongo. No hay ningún otro sitio al que uno pueda ir desde aquí. Me dio pánico que me tocara.

No recuerdo si he mencionado ya que los otros dos miembros del grupo eran estudiantes de Medicina. Aunque eso no significaba que supieran gran cosa, decidí consultarles sobre los efectos de la tensión nerviosa y preguntarles si ellos creían que había que recomendarle a Nisbet que volviera a casa lo antes posible, o persuadirlo de

ello. Antes de que se me presentara la oportunidad de hacerlo, no obstante, Nisbet me contó que la noche anterior, durante la que, debo reconocerlo, dormí profundamente, se levantó y bajó a la zanja para examinar la antigua obra de ladrillo bajo la luz de la luna.

—¿Y bien? ¿Seguía por allí la vieja?

Me confesó que había visto a tres mujeres. Estaban agachadas, a cuatro patas, escudriñando algo largo y oscuro que habían llevado hasta allí: el cuerpo desnudo de un hombre. No estaba muerto, porque movía un poco las piernas y los pies. A continuación, mediante un procedimiento que Nisbet no alcanzó a distinguir, fueron introduciendo el cuerpo del hombre, de una longitud y una delgadez grotescas, centímetro a centímetro en el colector. Daba la impresión de que sus huesos se hubiesen roto en mil pedazos, o de que pudieran doblarse por la mitad. No emitió sonido alguno, aunque sus pies seguían moviéndose.

—¿Decían algo las mujeres?

—Decían «adentro», «adentro», y luego «abajo».

—Hoy habrá luna —dije yo—. Creo que las cosas se ven mejor bajo la luz del día, pero si sales de nuevo esta noche, te acompañaré.

Me miró como si no recordara quién era yo exactamente. Tendría que haber mencionado que a esas alturas él no ingería ya casi nada, mientras que los demás, después de trabajar todo el día al aire libre, comíamos con voracidad. No podíamos pedirle, por supuesto, que se ausentara a la mesa, pero habría sido mucho más agradable que lo hiciera. La señora Hinton consideraba que, si él había pagado por su comida, debía recibirla. Así que le ponía delante enormes platos que después retiraba intactos, sin decir palabra.

Nos marchamos a las habitaciones, para acostarnos.

—¿Qué diantre haces? —exclamé cuando algo me despertó de súbito.

Me había dormido, y Nisbet, que ni siquiera se había desvestido, estaba saliendo de la habitación. Me puse mi chaqueta Norfolk y lo seguí. Fuera de la casa, aunque Nisbet nunca se apresuraba, echó a correr. Lo alcancé justo cuando llegamos al dichoso sitio. Estaba tendido boca abajo en la zanja, todavía húmeda y, a mediados de verano, repleta de hierba y maleza.

—Te estaba esperando, Matthews.

—¿Para qué? ¿Has encontrado algo?

—No busco nada. Ya sé lo que hay aquí. ¿Llevas encima un cuchillo afilado?

—¿Para qué lo quieres? Supongo que puedo conseguir uno en la cocina.

—Esto hay que hacerlo en absoluto silencio. Tienes que cortarme la lengua. Ese será tu trabajo.

Decidí llevarlo de vuelta a la granja. Parecía haber perdido la razón, lo que en cierto modo suponía un alivio. A aquella edad yo era bastante fuerte. Más que Nisbet, quizá. Cuando se habla de sacar a la gente a rastras de algún sitio, no se explica cómo hacerlo si no se le puede agarrar de un brazo o de una pierna. Forcejamos, cubiertos

de hierba y barro. Nisbet repetía una vez tras otra, con un tono desagradable: «Adentro, adentro, cariño. ¡Adentro, adentro!».

—Así no vamos a ninguna parte, amigo —dije. Sus «adentro, adentro» me producían escalofríos.

No conseguía sujetarlo, y de pronto se zafó e introdujo la mano derecha y la mitad del brazo en el colector. El cielo estaba cubierto de nubes y yo apenas veía nada. Me tendí junto a él y pasé mi brazo izquierdo bajo el suyo. Tiré. Ni se había agarrado a nada dentro del colector ni se había quedado atascado: alguien se oponía a mis esfuerzos, tratando de arrancarme a Nisbet.

—¡Haz fuerza conmigo, Nisbet! —grité junto a su oreja—. ¡Imagina que estamos en el colegio, tirando de la soga! Nisbet, imagínalo. ¡Tira!

No sabía si Nisbet había jugado a sogatira en el colegio, pero no se me ocurrió otra forma de animarlo. Él nada tenía ya de escolar. Ni siquiera se esforzaba por ayudarme. De hecho, intentaba con todas sus fuerzas librarse de mí. Seguía repitiendo: «Adentro, adentro». Mi única oportunidad se presentó cuando él cayó por fin de costado, sin conocimiento. Al quedar libre su brazo, retrocedió como de un culatazo. La mano no había desaparecido, seguía unida a la muñeca, pero no era más que huesos y tendones. Toda la carne había sido arrancada o absorbida, hasta la última hebra. Algo se la había arrebatado.

—Va a desangrarse —dije en voz alta.

Pero debía de haber gritado tan alto que mis otros dos compañeros ya acudían a la carrera, en camión. No me detuve a imaginar lo que pensarían cuando vieran al pobre Nisbet.

Ninguno de los dos se había enfrentado antes a una gran hemorragia como aquella. Sin embargo, una vez que lo colocaron sobre la mesa de la cocina, se las apañaron para hacerle un torniquete. Yo mismo fui a buscar al médico. He olvidado qué explicación le di.

—Somos arqueólogos —dije—. Trabajamos en una pequeña excavación durante las vacaciones de verano.

El médico dijo que jamás, en toda su carrera, se había encontrado con nadie que hubiera sufrido un accidente como aquel, y además como resultado de una pequeña excavación arqueológica.

No sé si desean ustedes saber más de la historia. Nisbet, aunque se recuperó, jamás mostró deseos de hablar sobre ello. A causa de su discapacidad, no llegó a ordenarse, como era su intención. Además de perder el brazo hasta el codo, creo que sufrió algún tipo de daño cerebral. Se trasladó al extranjero, me parece que a Bélgica; sí, a Bélgica.

Se preguntarán ustedes qué fue de la excavación. Nunca se retomó, aunque la posterior construcción de la carretera obligó a realizar alguna que otra zanja. Me tomé la molestia de averiguar si había salido a la luz algo digno de mención. Sí, un antiguo esqueleto de un hombre, una curiosidad, una curiosidad macabra. Parecía

haber sido machacado y enrollado y a continuación desenrollado o estirado. Costaba comprender cómo se habría hecho algo así, en especial si fue antes de que el hombre muriera. Quedaban unos pocos jirones de carne, parecidos a lengüetas de zapatos, conservados por la humedad. Para los historiadores sí se encontró un hallazgo significativo, unos fragmentos de pergamino que habían sido introducidos por la fuerza, por una vía indecorosa, en el cuerpo. Las escasas letras —no quedaban palabras completas— que se descifraron permitieron concluir, casi con total certeza, que los restos de pergamino pertenecían a un *quoniam igitur*, un mandato de desalojo emitido por el obispo, enviado en una segunda visita de inspección. Deben ustedes recordar que aunque existen más de diez mil mandatos medievales de *significavit* en el Archivo Nacional, no había, de aquella época, ni una sola muestra de *quoniam igitur*. Comprenderán, por tanto, la excitación de los historiadores. Pero debo decir que, basándome en mi actual experiencia, los historiadores son gente especialmente excitable.

Y ahora esperarán ustedes que vuelva a mi analogía. Después de todo, ese no era el asunto que nos ocupaba. Comenzamos debatiendo los paraderos de un desafortunado carretero y del tercer ciclista, también desaparecido. No los encontraron en la carretera ni en sus proximidades, nos asegura la policía. Pero, díganme, ¿no tendríamos que buscar asimismo *bajo* la carretera? No me refiero a que el carretero y el ciclista hayan sido víctimas de algún tipo de violencia de origen humano. Creo, sin embargo, que se encuentran enterrados bajo el asfalto, en la zona por la que discurre el antiguo colector. ¡Que lo que queda de ellos descansa en paz! En estos casos, solemos utilizar la expresión «desvanecerse en el aire». A ellos, no obstante, se los han tragado la sucia tierra y el agua pantanosa. Existen lugares, no siempre llamativos, ni siquiera reconocibles, que más vale dejar tranquilos. Sucedió en ellos en algún momento algo tan atroz o cruel que cualquiera que los perturbe sufrirá en sus propias carnes una repetición de los sucesos originales, algo así como una compensación en sangre humana. ¿Cuándo y con qué frecuencia? Bueno, no nos corresponde conocer los momentos ni los lugares exactos. Que cada uno se lleve la mano al corazón y piense si se ha encontrado alguna vez en un sitio que parece incómodo, que parece aguardar a que lo abandonemos, para poder recuperar la paz. Al carretero y al ciclista se los ha tragado la tierra, esa es la verdad. Supongamos que es eso lo que realmente ha sucedido. Me han preguntado no una, sino numerosas veces, si yo creo en tales cosas. Bueno, lo único que puedo decir es que estoy dispuesto a considerar las pruebas, y a aceptarlas si son satisfactorias.

El doctor Matthews había concluido su relato. ¿A quién se lo leería y dónde? Esta era la segunda parte del exorcismo que acostumbraba practicar a lo que fuera que tuviera en la cabeza. Solía aguardar hasta que finalizaba octubre, a la festividad de Todos los Santos, cuando a los difuntos del año anterior se les invita a retornar de su reino

misterioso y a sentarse a la mesa de sus antiguos hogares. En esa época del año leía con frecuencia sus historias ante los Excavadores, una sociedad de paleógrafos medievales. Pero no le apetecía esperar hasta la siguiente reunión.

«Una impaciencia inusual», se dijo. Cuando cruzaba el patio del Protector en el St. James's con el manuscrito en el bolsillo, se encontró con el subdecano.

—¡Ah, Hartley!

Hartley difícilmente podía rehusar concederle media hora a su rector. Volvieron a la residencia del doctor Matthews. Finalizada la lectura —el doctor Matthews leía pausadamente, imitando las voces—, lanzó una mirada escrutadora a través de sus gafas redondas.

—Me ha gustado mucho, rector —dijo el subdecano. Siguió un silencio, que no era lo que se esperaba de él, por lo que añadió—: Se aprecia cierto simbolismo, diría yo, y puede que una pizca de sexo.

—Confío en que no haya ninguna de las dos cosas. Nunca cambio mis cuentos una vez terminados, y no cambiaré este. Como digo, no hay, confío, nada de lo que dice usted. Ya me cansa bastante el sexo de las novelas. En un cuento de fantasmas, agotaría mi paciencia.

—Seguramente, si el sexo no te cansa en la vida real, tampoco te cansará en la ficción —dijo el subdecano.

—A mí me cansa —contestó el doctor Matthews—. O, más bien, me cansa la preocupación de la gente por el tema. ¡No dejan de hablarte y de hablarte y de hablarte de ello sin parar!

El subdecano no recordaba haberle contado la historia a nadie. Esta circuló, sin embargo, y junto con ella el rumor de que el rector del St. James's creía que alguien —puede que dos personas— había sido enterrado recientemente debajo de Guestingley Road, unos kilómetros antes del sanatorio para lunáticos del doctor Sage. Al cabo de poco tiempo, el relato se enriqueció con el añadido de que la policía estaba barajando la posibilidad de cerrar la carretera mientras se procedía a una búsqueda preliminar, lo que haría que tanto el tráfico de herradura como el motorizado tuviera que dar un amplio rodeo. La policía, que no había tomado ninguna medida respecto al accidente en Guestingley Road porque no sabía de qué modo proceder, era consciente de que el rector, si bien excéntrico, era una institución a la que se debía tener en cuenta, dado que además se desplazaba con frecuencia a Londres, donde aconsejaba a personas influyentes. No parecía muy probable que mencionara ante ellos el asunto del carretero desaparecido, pero, por si acaso, decidieron zanjar el problemático asunto. Se envió una citación a George Turner, granjero, por haber facilitado a un conductor o carretero, con quien tenía una relación de señor y sirviente, un vehículo inseguro que no contaba con luces delanteras ni traseras, contraviniendo la ley de iluminación en carretera de 1904, y haciéndolo

asimismo responsable como empleador de los daños cometidos por su empleado, quien, el 26 de febrero de 1912, condujo el carro arriba mencionado sin la precaución que dicta la razón, causando lesiones a Frederick Aylmer Fairly y a Daisy Saunders y daños en sus respectivos vehículos. El secretario del juez escribió a Turner para preguntarle si era su intención personarse en el juzgado o si dejaría su representación en manos de un abogado. Turner envió un mensaje: «Ambas cosas». La policía perdió toda esperanza de que el asunto se redujera a una formalidad. Llamaron como testigos a Fred, a Daisy y a la señora Wrayburn.

—A ti no te necesitan para nada —dijo la señora Wrayburn a su marido—. No tienes ningún motivo para preocuparte.

—Supongo que saben que mi tiempo es tremendamente valioso. Deben de estar al tanto de que estoy desbordado de trabajo. Me sorprende que tengan tan buen juicio. Si me hubieran llamado, me habría visto obligado a negarme. Y si, como resultado de ello, hubieran considerado pertinente el arresto, yo, para ser fiel a mis principios, habría ido a prisión. Alguien debe demostrarles a las sufragistas que en cuestión de principios no tienen el monopolio.

No lo citaron, y él siguió quejándose.

UN JUICIO INUSUAL

El juicio, presidido por un magistrado estipendiario convocado a última hora, comenzó a las diez. A Fred, a Daisy y a la señora Wrayburn les pidieron que aguardaran en la sala de testigos. Como se esperaba que el proceso no durara mucho, Daisy llevaba sus cosas en un bolso, para salir hacia el hospital en bicicleta en cuanto concluyese su testimonio. Estaba algo pálida. Tenía buen semblante, pero su mirada apagada, como la de una estatua, no mostraba emoción alguna. La cortés señora Wrayburn, ataviada con botas rusas carmesíes y un tabardo de lino, trató de animarles diciendo —la habitación era pequeña y estaba mal ventilada— que los habían tomado por prisioneros y que pronto les darían el rancho y les obligarían a coser sacas de correos.

—Señora Wrayburn, soy incapaz de reírme —dijo Daisy—, y Dios sabe cómo puede hacerlo usted. Está aquí, perdiendo el tiempo, porque en su día hizo usted una buena acción. ¿No lo ha pensado?

—Puede que se me haya pasado por la cabeza —dijo la señora Wrayburn.

A los testigos no se les permitió pasar a la sala hasta que George Turner hubo escuchado los cargos en su contra. Un inspector de la comisaría acudió para hacerse cargo de la acusación.

—Se llama usted Richard Carter, es usted sargento detective. —Le leyó a toda velocidad a su primer testigo—. ¿Interrogó, el 4 de abril, al señor George Turner en la granja Turner, Guestingley Road, y lo acusó de dos delitos y respondió él de modo injurioso y trató de obstaculizar el cumplimiento de su deber? ¿Le preguntó él por qué no había encontrado al carretero desaparecido, y afirmó que la policía de Cambridgeshire tenía menos idea de cómo encontrar a alguien que una vaca de librarse de las moscas que le rondan el trasero?

El sargento respondió afirmativamente a todo.

Fred prestó juramento y procedió con su testimonio. Era la primera vez que veía a George Turner. Este, sentado de mal humor y con las manos sobre las rodillas, escondía su nuca de los vientos del este tras el cuello rígido de los domingos. Era la imagen de un hombre sencillo perplejo ante los procedimientos legales. El abogado defensor, que se puso en pie para su turno de preguntas, parecía ansioso por ganarse

su sueldo. Preguntó a Fred si tenía buena vista. Fred dijo que sí. El defensor pareció desconsolado. ¿Era completamente de noche? No, pero estaba bastante oscuro.

—Señor Fairly —comenzó el defensor—, ¿se considera usted un científico y un filósofo?

El magistrado preguntó si eso era pertinente para la causa. El defensor explicó que buscaba comprobar la fiabilidad del testigo.

—Nunca he sido filósofo —respondió Fred—. Si pretende dar a entender, tal como creo, que, como científico, no miro por dónde voy, debo decirle que se equivoca.

Después de que Fred regresara a su asiento, la señora Wrayburn prestó juramento y dijo que se dedicaba a sus labores.

—Sería licenciada —dijo—, si la universidad permitiera licenciarse a las mujeres.

—Señora Wrayburn, se dedica usted a sus labores —prosiguió el inspector—. La noche del 26 de febrero oyó usted lo que sonó como una colisión fuera de su casa. Se puso un impermeable y, al salir a la carretera, halló a dos individuos, un hombre y una mujer, tendidos en el suelo y aparentemente heridos. En aquel momento no pudo identificarlos. A continuación se dirigió en busca de ayuda a la granja vecina y encontró al hijo del señor Turner, quien trasladó a las dos víctimas a la casa de usted, en una carretilla, haciendo un viaje para cada una.

—¿Está el hijo del señor Turner en la sala? —preguntó el magistrado.

Al hijo lo habían eximido porque no se encontraba en condiciones de testificar. Se le permitió efectuar una declaración jurada, en la que afirmó desconocer a quién había contratado su padre para conducir el carro y si este llevaba las luces reglamentarias. Pero entendía que alguna debía de llevar, ya que si no el conductor no habría podido avanzar ni un paso por aquel camino.

—Bastante afortunados han sido ya de haberle sacado algo con tanto sentido —intervino el señor Turner.

El magistrado le dijo que tendría oportunidad de hablar más adelante.

—Y tengo mucho que decir —contestó Turner.

* * *

Cada nuevo encuentro con Daisy pillaba a Fred con la guardia baja y, aunque pensaba que nunca olvidaría nada referente a ella, al final le abrumaba todo lo que, en definitiva, no lograba recordar correctamente. Su testimonio apenas había durado veinte minutos, de modo que unos veinte minutos atrás había estado sentado con ella en la sala de testigos. Se había fijado en que estaba pálida, pero ahora se percataba de que no había prestado la debida atención a su palidez, similar a la de una rosa de té blanca, donde el color se halla bajo la superficie y solo se intuye. Mientras Fred —ajeno al principio de Mach según el cual el motivo de asombro nunca reside en el fenómeno observado, sino en el observador— seguía discutiendo consigo mismo,

Daisy prestaba juramento.

—El señor Fairly ha declarado en su testimonio previo que usted iba al lado, o justo detrás, de otro ciclista —comenzó el inspector—, un hombre que por lógica hubo de ser testigo del accidente. Tuvo usted, por supuesto, que ver a ese hombre, y existe la posibilidad de que lo conociera. Señorita Saunders, ¿podría decir al tribunal cuál es la identidad de ese hombre o darnos alguna otra información sobre él?

—No, no podría —dijo Daisy.

—¿No sabe quién era?

—No.

—¿Es usted amiga o conocida de ese hombre?

—No.

—Pero iba con él.

—Iba detrás de él.

El magistrado dijo que le gustaría aclarar ese punto. También él se había fijado en la palidez de Daisy, pero la atribuyó a trastornos menstruales. Como no le gustaban los desmayos en su sala, trató de animarla un poco.

—La policía, ya lo sabe usted, señorita Saunders, no ha tenido éxito al tratar de localizar a ese hombre. ¿Tiene usted alguna idea de dónde se encuentra?

—Si no sé quién es, ¿cómo puedo saber adónde ha ido? —contestó ella.

—Eso no tiene nada que ver, señorita Saunders.

—El demandado tiene derecho a hablar en su defensa —dijo el magistrado.

—Tengo mucho que decir —repitió George Turner—, pero mi abogado, aquí presente, me aconseja que me calle.

—¿Ese es todo su alegato?

—Sí, es todo mi alegato, según las leyes de la tierra.

—No necesito que me instruyan sobre las leyes de la tierra —dijo el magistrado—. ¿Es todo cuanto tiene que decir?

—Lo que le digo es que no puede hacerme responsable de lo que hizo alguien cuyo nombre nadie recuerda y al que no son capaces de pillar. Además, cierto profesor de Cambridge anda contando que ese hombre, el que llevaba el carro, está muerto y enterrado debajo de Guestingley Road.

George Turner dijo esto último en un tono que daba a entender que bromeaba, y su abogado se permitió una sonrisa. Turner se sentó y cruzó los brazos. El inspector se puso en pie e informó al magistrado de que la policía contaba con un testimonio adicional. El magistrado y su secretario se inclinaron uno hacia el otro y murmuraron entre ellos.

—¿Desea presentar una declaración escrita?

—Puedo llamar al testigo en persona, su señoría. Llegó hace diez minutos.

Un agente fue enviado a la sala de espera y Kelly se presentó poco después ante

el tribunal. Llevaba un chaleco pardo, como el de un soplón, y parecía enfermo y furioso. Cuando le dedicó a la sala una astuta mirada de experto, una sensación física de culpabilidad y peligro recorrió a los presentes, como un aliento cálido en la mejilla.

Kelly declaró que su profesión era la de editor de prensa y periodista. El magistrado, que empezaba a perder la paciencia, dijo que, seguramente, una implicaba la otra. Kelly no respondió. Miraba fijamente al frente, pasándose la lengua por los labios como si estuviera sediento. Cuando se le preguntó dónde se encontraba la tarde del 26 de febrero, contestó que salía en bicicleta de Cambridge, en dirección a Guestingley. ¿Llegó a Guestingley? No, no lo hizo. Se había librado por poco de que lo atropellara un carro y había tenido que dar un viraje brusco a la derecha.

El magistrado dijo:

—Quiero saber si puede describir o identificar al conductor del carro.

—Sí, puedo. Cuando vio lo que había hecho, saltó del pescante y corrió hacia la granja. Lo vi a la luz de la lámpara de mi bicicleta.

—¿Puede describirlo?

—No es necesario. Está aquí presente. —Señaló con la cabeza a Turner—. Él conducía el carro.

Turner se puso a bramar y siguió haciéndolo mientras lo escoltaban fuera de la sala. Se oían sus bramidos por el pasillo y se oyó también a un agente que le pedía que se controlara, primero con calma y luego menos calmado.

—Aplazaré la causa hasta que se rectifique la acusación —dijo el magistrado—. Por favor, digan a los de fuera que hagan menos ruido y, si es necesario, detengan al demandado. Mientras tanto, quiero aclarar una o dos cuestiones. Señor Kelly, ¿qué hizo usted, exactamente, después del accidente?

—Volví a Cambridge y fui al Hotel Pett's. Había reservado una habitación para esa noche, para la señorita Saunders y para mí. Pensaba que ella acabaría volviendo allí. No tenía dinero y su bicicleta estaba rota.

—¿Se refiere a la señorita Saunders que se halla presente en la sala como testigo?

—Sí, Daisy Saunders. Pero me quedé con las ganas. No apareció hasta la mañana siguiente.

—¿Por qué no dio aviso del accidente de inmediato, por si hubiera sido necesario algún tipo de ayuda?

—Quería mantenerme al margen. No quería que se supiera que íbamos juntos a un hotel. No quería fastidiarla.

Kelly hablaba en un tono de voz tan bajo y monótono que el magistrado y el secretario tuvieron que inclinarse hacia delante, con su habitual gesto de reproche ante lo que no alcanzaban a oír. El magistrado repitió:

—No quería fastidiar a la señorita Saunders. Asumo que con eso quiere decir que no deseaba avergonzarla. ¿Qué le ha llevado a mostrarse ahora? Por favor, hable con claridad.

—He cambiado de idea —dijo Kelly. A continuación gritó—: ¡Dios, sí, ahora sí que quiero fastidiarla del todo!

TUMBAN A KELLY A DESCANSAR

El abogado de la defensa rescató al señor Turner, que quedó en libertad a la espera de posteriores averiguaciones. A Kelly lo retuvo la policía, para que realizase una declaración firmada. Y a todos los demás se les dijo que podían marcharse. Daisy cogió su bolso y partió de inmediato hacia el hospital del doctor Sage. No miró a Kelly ni una sola vez, aunque él no hubiera despegado los ojos de ella. Tampoco habló con Fred.

Fred pasó tres horas sentado en un pequeño café que había frente al juzgado. Pidió una taza de té y dos pastas por cinco peniques, e hizo el propósito de no pensar en nada. No obstante, tal empeño suele resultar infructuoso. No es posible no pensar en nada. Sin duda, se trataba de un comportamiento poco profesional por parte de Fred, a quien la universidad pagaba por usar la cabeza, y constituía, además, una actitud poco aconsejable para un enamorado. Pero lo cierto era que se sentía embargado por unos sentimientos de lo más amargos, que dejaron paso primero a la estupefacción y luego a un vacío terrible.

En realidad, el café no era más que la estancia delantera de una pequeña vivienda. En una chimenea, ardía sin fuerza un fuego de carbón —no era carbón exactamente, sino briquetas de polvo de carbón mezclado con hojas de té—, y solo había tres mesas. La encargada salió cruzando una cortina de cuentas y le preguntó si deseaba que encendiera la lámpara de gas. A no ser que Fred quisiera leer, dejaría la luz baja. Fred reconoció en su voz el tono, universal como el sonido del mar, de la preocupación por el dinero.

—No quiero leer —dijo—. No necesito más luz.

—Tampoco me gustaría que pareciera que no está abierto. De hecho, iba a preguntarle si no le importaría sentarse junto a la ventana para simular que hay ambiente. Ya sabe, tal vez pase alguien...

Fred se sentó junto a la ventana. Se llevó consigo su taza y su plato.

—Supongo que el té ya se le habrá quedado frío. Se lo habría servido antes, pero me detuve porque me pareció que estaba usted muy concentrado.

—¿Viene mucha gente aquí a pensar? —preguntó él.

—No viene mucha gente de ninguna clase a nada. Seguro que usted piensa que

estamos en un buen sitio, delante del juzgado y de la comisaría... Quizá si lo vieran hablar... Y sería mejor aún si sonriera un poco. Puedo decirle a mi padre que venga y se siente con usted, aunque no oye muy bien.

Fred intentó sonreír.

—¿No le han gustado las pastas? —le preguntó ella.

—Si la policía retuviera a alguien ahí dentro —dijo Fred—, para interrogarlo y demás, cuando lo soltasen cruzaría la calle y vendría aquí, ¿no?

—No, no lo haría —contestó el padre de la encargada, que atravesó tambaleándose la cortina de cuentas. No parecía en absoluto sordo—. No vendría. Cuando la policía los retiene, todos se largan lo más rápido posible.

—Espero a que salga alguien. Por eso estoy aquí —explicó Fred.

—¿Quiere tomar algo más? —preguntó la encargada.

—Sí, sí. Lo mismo.

—¿No prefiere una tostada?

—Sí, lo mismo de antes y una tostada.

—¿Desea algo para su amigo?

—No deseo nada para él. Y no es amigo mío. Me temo que no soy la clase de persona que busca usted para animar el negocio.

—Busco gente joven —dijo ella, con cierto recelo.

—Tengo veinticinco años, casi veintiséis —dijo él. Ella pareció más recelosa aún.

—Pero, su amigo, ¿se tomará una tostada?

—No quiero pedir nada para él. Ni siquiera quiero hablar con él.

—Lleva esperándolo tres horas. Yo diría que es importante para usted hablar con él.

—Lo que quiero es darle un puñetazo.

Fred se dio cuenta entonces de en qué había tratado de no pensar. El padre de la encargada se echó a reír a carcajadas, agarrándose al respaldo de una silla para mantener el equilibrio. Por suerte, Fred llevaba una buena cantidad de dinero encima, puesto que había confiado en invitar a Daisy y, si hacía falta, también a la señora Wrayburn a comer. Mientras pagaba sus consumiciones vio cómo Kelly bajaba las escaleras de la comisaría, y experimentó entonces la incredulidad propia de ese momento en que llega lo largamente esperado. El periodista llevaba el sombrero echado hacia delante en lugar de hacia atrás y el cuello de la chaqueta levantado. Debía de estar chispeando. Al llegar a la acera dobló a la derecha y echó a caminar con su característico pavoneo, que a Fred le pareció propio de un hombre que creía tener acceso ilimitado a las mujeres. Una joven elegida al azar que le acompañase a un hotel barato no significaría nada para él. Su chaqueta le importaba mucho más que cualquiera de ellas: la consideraba mucho más difícil de reemplazar.

No había nada que discutir. Fred cruzó la calle a la carrera, pasando entre una motocicleta y un carromato, alcanzó a Kelly, lo agarró por el cuello del abrigo y lo obligó a volverse. Eso los dejó en una postura incómoda, con el brazo de Fred

rodeando el cuello del otro, bloqueados en una especie de abrazo.

—Así que tú eres el maestro —dijo Kelly. Apartó la cabeza todo lo que pudo y le escupió a la cara—. Pues jódete, maestro.

Fred lo agarró más firmemente y lo golpeó con fuerza justo debajo de la oreja. No fue un golpe limpio, pero a veces la justicia se reduce a lo que te permiten tus capacidades. No obstante, Kelly no respondió en absoluto como Fred esperaba. Continuó en pie un momento, como si dudara entre caer hacia la izquierda o hacerlo hacia la derecha, y luego se desplomó como si lo único que lo hubiese mantenido en pie fuera su chaqueta. Cayó delante de una tienda, un taller de arreglos de ropa, y se quedó inmóvil, tendido en el suelo.

—¿Necesitas ayuda, Fairly? —Era Skippey, una aparición inesperada en aquella parte de Cambridge—. ¿Sabes que hay un hombre tumbado en la acera junto a ti?

Los transeúntes, que no querían verse implicados, se desviaban para evitarlos.

—Sí, le he pegado.

—¿Te arrepientes?

—No, no me arrepiento.

—Pero no puedes dejarlo ahí. —Skippey tomó los pies de Kelly, agarrándolo por los botines puntiagudos—. ¿Hacia dónde?

—Sinceramente, Skippey, no lo sé.

—Ya se nos ocurrirá algo por el camino.

Skippey caminaba dando la espalda a Kelly, sujetándolo por debajo de las rodillas. De ese modo atravesaron Parkers Piece. Hablaba por encima del hombro, con tranquilidad pero sin cesar, a Fred, que lo seguía sujetando la cabeza y los hombros de Kelly, y vigilando que este no perdiera el sombrero.

—Fairly, este incidente no es propio de ti.

—Te diré quién es. Te diré lo que intentó hacer.

—Luego, luego. Me alegro de haberte encontrado. Quería hablar contigo de un problema.

Recorrieron St. Andrews Street, esquivando a todo aquel que se cruzaba con ellos. En cualquier caso, la gente iba a lo suyo.

—Como sabes —continuó Skippey—, estoy trabajando en los experimentos Michelson-Morley. Creo que se podría repetir toda la serie con mayor precisión. Hacer diminutas variaciones de longitud que implicarían mediciones muy precisas y que difícilmente puedo realizar yo solo si tengo que seguir desempeñando mis otras tareas satisfactoriamente. Sin embargo, no he obtenido respuesta a mis repetidas solicitudes de un ayudante.

Doblaron una esquina. El sombrero de Kelly cayó al suelo, pero fue recuperado por un niño con uniforme escolar. Seguía lloviendo suavemente.

—No se trata de que no haya fondos; siempre hay dinero en una gran universidad. Ampliaciones de edificios, escuelas de Medicina... Se construye por todas partes. Todos quieren una biblioteca, hasta los parasitólogos, Fairly... ¡Incluso los

economistas! ¡Te lo aseguro! Y el dinero parece llover del cielo. Y aun así no sé si alguien habrá leído mi solicitud, y ya no digamos que haya llegado a considerarla.

—A lo mejor piensan que no merece la pena seguir trabajando en los Michelson-Morley.

—¡Fairly! Esos experimentos no han llegado a ninguna conclusión definitiva.

—No creo que exista una conclusión definitiva a la que llegar —dijo Fred.

Resultaba raro que Kelly siguiera inconsciente después de tanto rato, a no ser que estuviera herido de gravedad, y eso también habría sido raro. Tenía mejor color ahora que en la sala del tribunal. A lo mejor sencillamente le gustaba que lo llevaran en brazos, como a un bebé.

—No hablo solo del interferómetro, Fairly. Hablo de las contradicciones Fitzgerald-Lorenz.

La charla de Skippey, cuyo tono de voz era bastante agudo, tranquilizaba a todos aquellos con los que se cruzaban. O esos dos eran unos buenos compañeros que acarreaban a un amigo que había bebido demasiado, o llevaban a cabo un experimento sobre pesos y medidas fuera del laboratorio. Parecía como si pudieran seguir caminando y hablando indefinidamente, sin soltar su peculiar carga. Para sorpresa de Fred, sin embargo, Skippey tenía muy claro hacia dónde se dirigían. Al pasar por delante del jardín botánico, giró repentinamente a la derecha y cruzó la entrada principal.

—Quiero ver a Batty. Puede que lo conozcas. Morfología y homología botánicas.

—¿Por qué?

—Puede que esté en uno de los invernaderos. Quiero que dé un discurso la semana que viene en la Sociedad de los Desobedientes. Me gustaría que defendiera el tema: «Viviríamos mucho mejor sin árboles».

Era casi la hora de cierre. El jardín botánico estaba prácticamente vacío. Habían segado por primera vez esa primavera y al borde de una de las extensiones de césped había una gran cesta de alambre llena de hierba cortada.

—Me parece que aquí estará bien —dijo Skippey, con la mente en otro asunto. Tras posar a Kelly en el blando lecho de hierba, añadió—: Incluso demasiado cómodo, diría yo.

EL CONSEJO DE FRED A SUS ALUMNOS

Fred aún tenía otro problema. En diez minutos empezaba su charla a los alumnos de Física Aplicada de segundo trimestre del primer curso. Acompañado por Skippey, que quería continuar su conversación, tomó un taxi al St. Angelicus para coger la toga. Desde la portería llamó al jardín botánico. No quería hablar con el director, explicó, sino con el jardinero jefe. ¿Había estado, o continuaba allí, en la gran cesta para la hierba del lado suroriental, un hombre dormido que podría dar la impresión de estar enfermo? El jardinero jefe se ausentó durante lo que pareció demasiado tiempo para hacer las averiguaciones pertinentes. Sí, de hecho lo encontraron en la cesta a la hora del cierre. ¿Dónde estaba ahora? No lo sabían. Había salido corriendo. ¿Parecía enfermo? No tanto como para no poder escalar la verja.

En su habitación le esperaba el ya acostumbrado pequeño montón de mensajes, invitaciones y cartas. Una de las cartas era de Holcombe.

Como me pasa muy a menudo, esta mañana no pude dar contigo. Lo intenté después del juicio. Por eso te escribo estas líneas. No te fijaste, creo, en que me encontraba al fondo de la galería del público, pero allí estaba. Lo que quería decirte es, en cierto modo, una mera prolongación del último mensaje que te envié, escrito la noche de la reunión de la Sociedad de los Desobedientes. En aquella ocasión te di mi enhorabuena, sin la menor acritud, por la protección que supone tu puesto de adjunto en el St. Angelicus ante toda seria preocupación sentimental. No tiene sentido, te recordaba, que te molestes en buscar a una chica apta para casarte con ella. Y tras ver hoy a tu señorita Saunders, me ha parecido más que evidente que, aunque sea francamente atractiva, no se la puede considerar apta para el matrimonio. Imagino que, después de lo sucedido, no tienes ninguna intención de volver a verla. Fairly, como no sabes lo difícil que me está resultando cazar a una chica, sea de la clase que sea, he decidido hacerte una propuesta. No me puedo permitir una boda, pero tampoco ser exigente, y supongo que la señorita Saunders no se encuentra en disposición de...

Fred cogió la toga del colgador que había en la puerta y fue directo al edificio Cavendish.

Había ocho estudiantes en el mismo lugar en que él se había sentado hacía ocho años, feliz de ser joven y compadeciendo la resignación propia de la mediana edad. Entonces, al igual que ahora, J. J. Thompson estaba al frente del Cavendish —aunque se hubiera convertido en *sir* Joseph—, y entonces, al igual que ahora también, los laboratorios estaban desbordados de estudiantes que se podían considerar afortunados

si eran capaces de encontrar un espacio, aunque fuera muy reducido, en una mesa individual, y que tenían que apañárselas sin ayuda para hacer funcionar sus equipos mediante el método de ensayo y error. En la habitación de la última planta, donde Fred daba clase, hacía —ahora y siempre— un frío helador porque los conductos de cobre de la calefacción, que supuestamente impedían las perturbaciones magnéticas, eran muy estrechos. De aquella miseria, empero, había surgido una indiscutible grandeza. Ni uno solo de los estudiantes desearía estar en ningún otro sitio del mundo. Estaban ya en el Cavendish.

Fred era buen profesor. Durante su infancia había ayudado en la escuela dominical a la que todos los niños de Blow asistían cada domingo por la tarde. Era el único momento en que sus padres, en sus sobrepobladas casas, podían acostarse sin sufrir interrupciones. Y en la rectoría lo sabían. Fred y la señora Fairly, y más adelante Hester, debían retener a los niños en la sala parroquial hasta las tres y media, lloviera o hiciera sol. «¿Cuál fue la segunda plaga de Egipto?». «¿Qué estaba fabricado con madera de acacia y recubierto de oro?». «Cuando la burra de Balaam recibió el don de la palabra, ¿qué fue lo primero que dijo?». Sorprendía que la gran mayoría de los niños de los pueblos ingleses, y sin duda los de Blow, pudieran responder sin vacilar a semejantes preguntas.

Fred anunció a sus alumnos que concluirían la clase de esa tarde con la aplicación del teorema de Gauss a los campos gravitatorios.

—El flujo gravitacional normal sobre una superficie que encierra una masa m es igual a $-4Bm$. El $4B$ se debe a que empleamos un sistema no racional, y el signo negativo a que el campo gravitacional siempre actúa contra una masa puntual.

Por alguna razón, los alumnos veían necesario tomar nota de todo. Aquello formaba parte de una extraña corriente de solidaridad. Cuando el último de ellos dejó de escribir y se cerró la tapa del último tintero, Fred dijo:

—Un momento, por favor. Hace dos semanas les pedí que me entregaran un trabajo. Los tengo aquí, pero no voy a devolvérselos de momento porque no estoy del todo satisfecho con ellos. «No del todo satisfecho» es la forma que tenemos en esta universidad de decir «nada satisfecho». Recordarán que les pedí que escribieran un trabajo especulativo. Si se lo propusiera hoy, es muy probable que el tema no fuera el mismo, pero en aquel momento les pedí que concibieran un sistema racional para medir la felicidad humana. Todos parecieron sorprendidos. Me daba la sensación de que pensaban que un físico no debería ocuparse de tales cuestiones, que yo era un bicho raro. Tenían cara de querer que les devolvieran el dinero de la matrícula. No obstante, pretendía recordarles que no existe diferencia entre el pensamiento científico y el ordinario. Sabemos algo sobre la fisiología de la memoria y sobre la fisiología de los sentidos, pero todavía no comprendemos del todo la fisiología del pensamiento. Créanme: cuando la comprendamos, descubriremos que toda modalidad de pensamiento tiene lugar de idéntico modo.

»Hagan ustedes lo que hagan, caballeros, no crean que por ser científicos son

nada extraordinario. No se permitan ni por un momento sentir desdén por aquellos cuya mente trabaja de forma diferente a la de ustedes. La mente de esas personas, de hecho, no trabaja de forma diferente. No piensen que las ideas de los demás son tópicas. Está muy bien que una idea sea tópica. Lo importante es que una idea nueva se desarrolle hasta convertirse en algo asimilado, en un viejo conocido. Las visitas de los viejos conocidos no siempre son gratas, pero al menos no pueden engañarte, sabes quiénes o qué son.

»Ustedes han venido a Cambridge para estudiar la interdependencia de la materia y la energía. Por favor, recuerden que energía y materia no constituyen, de ningún modo, algo diferente a lo que ustedes mismos son. Recuerden también que los científicos no se muestran imparciales. Su juicio y su capacidad para realizar una buena labor dependen de su digestión, de sus prejuicios y, por encima de todo, de sus emociones. Deben afrontar el hecho de que si otro ser humano, cuyo bienestar significa mucho más para ustedes que el suyo propio, actúa de modo completamente diferente a como ustedes esperaban, entonces su eficiencia puede verse perjudicada. Es absurdo pensar que podemos analizar la sangre cuando se nos rompe el corazón. Repito: su eficiencia puede verse perjudicada.

Los estudiantes, con sus togas negras o azul marino, salieron de la fría e incómoda habitación entre murmullos. Dos se rezagaron para hablar con Fred.

—Ha dicho usted, señor Fairly, que nuestros trabajos estaban muy mal.

Eran Robert Cork, del *college* Sidney Sussex, y Fraill, del Pembroke.

—Muy mal. Pero más adelante hablaré sobre ellos con cada uno de ustedes por separado.

Cork suspiró.

—Espero que no le moleste si le digo que me ha preocupado lo último que dijo en la clase de hoy. Fraill también está preocupado. Sus comentarios nos angustiaron. Parecían trascender lo impersonal. Los dos pensamos que somos afortunados por tenerlo como profesor y, en cierta medida, lo hemos tomado como modelo de lo que deberían ser los primeros pasos en la carrera de un científico.

—¿Para qué quieren un modelo? —preguntó Fred.

Pero Cork solo repitió:

—Estamos preocupados.

Mientras que Fraill tuvo la audacia de añadir:

—Lo que dijo sonó como un problema personal.

—Sus trabajos eran muy malos, los dos —dijo Fred—. No obstante, gracias.

EN EL HOSPITAL DEL DOCTOR SAGE

El hospital del doctor Sage —el nombre de su socio, fuera quien fuera, nunca se mencionaba— había sido antes una espaciosa vivienda particular. Se trataba de una mansión jacobina, de color rosa, con tejado holandés y unos curiosos miradores ocultos en gran parte por la enredadera de Virginia y la glicina. Fred le pidió al taxista que esperara. Esa tarde aún tenía otra cita que no podía cancelar ni posponer. Eso significaba que debía estar de regreso en Cambridge a las siete.

Se acercó al mostrador de recepción.

—Quisiera hablar con la señorita Saunders. Es una de las enfermeras.

—No hay ninguna que se llame así, señor.

De pronto, el doctor Sage en persona asomó por la puerta de su oficina para darle un feroz recibimiento:

—¡Si me está buscando, aquí me tiene! ¡A mis pacientes no les pasa nada malo! A ninguno se le puede calificar propiamente de perturbado. No me cuesta imaginar una sociedad en la que pudieran ser completamente normales. Me cuesta mucho más imaginar otra en la que hieran felices.

—El caballero pregunta por una tal enfermera Saunders, doctor. Pero no tenemos ninguna enfermera que se llame así.

—Saunders no es enfermera —dijo el doctor Sage con aspereza—. Es una de las criadas. Debería usted saberlo. ¡Que su ignorancia no la lleve a divertirse a costa de las visitas! Es usted la recepcionista, así que: ¡reciba!

El doctor se marchó por la puerta principal y a continuación apareció un portero para acompañar a Fred a la entrada de servicio.

—Tiene que esperar hasta que salgan —explicó.

—¿A qué hora terminan de trabajar?

—A las seis y media, señor.

La entrada de servicio era la antigua puerta trasera de la casa. A través del tragaluz que había sobre ella le llegaban ráfagas de olor a desinfectante, crema de repostería y jabón Monkey Brand. Más allá de la esquina del edificio, Fred vio un campo por el que el doctor Sage, ya calmado, caminaba muy serio atrás y adelante, atrás y adelante, en compañía de un gesticulante paciente.

Las mujeres empezaron a salir de dos en dos y de tres en tres, cargadas con las bolsas que llevaban para recoger su parte correspondiente de las sobras del hospital. Se encendieron las luces. «¿Cuánto tiempo habré pasado hoy simplemente esperando?», se preguntó Fred. Por fin apareció Daisy, con su abrigo, pero sin el sombrero. A Fred lo sorprendió con la guardia baja.

—Me has pillado —dijo ella sin mostrar ninguna emoción al verlo—. El doctor Sage no me dio trabajo de enfermera. ¡Cómo iba a hacerlo! Ni siquiera llegué a obtener el certificado... Él sigue yendo al Blackfriars tres días a la semana y sabe lo que me pasó. No tuve que explicarle nada, lo que supuso un alivio. Me dio trabajo de planchadora. Aquí tenemos a un buen montón de incontinentes. Usamos más sábanas que la mayoría de hospitales.

—No es eso sobre lo que quiero preguntarte, Daisy.

—Pensé que no ibas a volver —dijo ella.

—Iré siempre a dondequiera que estés. ¿Cómo puedes pensar lo contrario? Pero, Daisy...

—¿Qué?

—Todo este asunto es horrible. El Hotel Pett's es horrible. ¡Alquilan habitaciones por horas!

—Bueno, para algunos es muy práctico —dijo Daisy.

—No hables así —la reprendió él.

—Nunca llegué a ir. Iba a hacerlo, pero, tal como resultaron las cosas, al final no fui.

—Y, Daisy, él también es horrible. ¡Kelly es un hombre horrible!

—A lo mejor te parece que no pega en Cambridge, pero aquí hay de todo.

—No, gente como él no. En el nombre de Dios, ¿cómo pudiste venir a Cambridge, o cómo podrías ir a cualquier otro sitio, con alguien así?

—Si quieres saberlo, te lo explicaré. Estaba deprimida. Ya sabes cómo perdí el trabajo. No contaba con encontrarme con Kelly en Liverpool Street. En realidad, no contaba con encontrarme con nadie. Pero allí estaba él y, aunque fuera vestido de manera chillona y no me gustara, era mejor que nadie.

—¿Le quieres, Daisy?

—¡Dios, no!

Fred tenía la asfixiante impresión de que había leyes o reglas que gobernaban la situación, de forma que solo se le permitía cierto número de preguntas. Tenía también la impresión de estar haciendo las equivocadas.

—¿Por qué dijiste en el juzgado que no sabías quién era?

Quería apartarla de la puerta trasera. Estaban junto a una farola de gas que alumbraba débilmente el sendero. Ella estaba tan pálida que ni siquiera parecía bonita. ¿Por qué había dicho que no sabía quién era Kelly? Eso era, en verdad, lo que Fred necesitaba comprender. Cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho para no herir los sentimientos de Fred. Si era así, su creciente sufrimiento se desintegraría,

dejando lo valioso nada más. Dilo, Daisy, dilo, dilo. Pero no se atrevía a preguntárselo.

—No miento a menos que no me quede más remedio —continuó ella—. Al igual que solo se corre para coger el tranvía si lo vas a perder.

Dilo, dilo.

—Me daba miedo que él apareciera por aquí —dijo, casi como si charlara despreocupadamente—. No creo que quiera volver a Londres. Y no me imagino dónde puede estar ahora, a menos que la policía lo tenga detenido.

—¡Dios mío! Pero te da igual dónde está, ¿no?

Ella murmuró algo que él no llegó a entender, salvo la palabra «mejor». Fred dijo con amargura:

—No le des más vueltas. Puedo sacarte de dudas. Está, o estaba hasta hace poco, en un cubo de basura en el jardín botánico.

Daisy pareció asustada.

—Tuve que darle un puñetazo, Daisy.

—¿Quieres decir que lo noqueaste?

—No exactamente.

—Kelly es mayor que tú, bastante más. Se tiñe el pelo. Debiste de darte cuenta si lo tuviste cerca. En su negocio, tiene que pasar por un tipo joven. Su trabajo no es como para enorgullecerse, pero no tuvo tantas oportunidades como tú. Piénsalo la próxima vez que te topes con un pobre diablo como él.

Ya perdida toda esperanza, se miraron. Ahora parecía regir otra ley o regla que les obligaba a decir lo que no pretendían y a atacar lo que querían defender. Más allá de la luz de la farola, el portero del hospital se aclaró la garganta.

—Lo lamento, señor. No es que el doctor quiera cerrar la puerta, él preferiría tener el hospital abierto noche y día, pero la junta nos obliga a hacerlo.

Daisy dijo:

—No vuelvas, Fred. No estaré. No me encontrarás aquí.

—¿Es esa la verdad, Daisy? ¿Es la verdad?

Él sabía que lo era. Daisy volvió a entrar en la cocina y cerró la puerta tras ella.

LA PUERTA DE LOS ÁNGELES

Todo esto sucedió a las siete. Media hora después, como habían acordado, llamó a la puerta del profesor Flowerdew. Se disculpó por no sentirse bien.

—No hace falta, mi querido Fairly. Sé lo que le ha sucedido. Ha prestado usted testimonio en el juzgado, ¿no es así? El rector del James's me ha invitado, hace una hora, más o menos, a tomarme un jerez. Aunque cena aquí con frecuencia, creo que soy el único miembro de la Facultad de Ciencias Naturales con quien está dispuesto a tomar una copa de jerez. Y es solo porque cree, erróneamente, que me opongo a la investigación experimental. Me ha hablado, en cualquier caso, sobre su dolorosa experiencia de esta mañana.

—¿Quiere decir que el doctor Matthews estaba en el juzgado?

—Parece que asistió al proceso. Ignoro la razón.

—No lo vi —dijo Fred.

El doctor Matthews, Holcombe, ¿cuántos más? No se había fijado en ellos y, si lo hubiera hecho, su presencia tampoco habría significado nada para él.

—Es un eminente académico —continuó el profesor en tono moderado—, pero cuentan que oye golpecitos y susurros tras los tabiques de la residencia del rector. Por supuesto, uno está en su derecho a oír golpecitos y susurros en su *college*. En cualquier caso, me habló de los desagradables personajes que se presentaron en el juzgado: un joven sórdido, un granjero más bien problemático y una joven guapa pero deshonesto.

—Creo que no debe tomarse al pie de la letra todo lo que dice el doctor Matthews —dijo Fred con esfuerzo—. Como ya sabe, escribe ficción.

—Sí —dijo el profesor Flowerdew dubitativo—. Debe de haberlo encontrado bastante desconcertante.

Fred había ido a recoger al profesor para llevarlo, cumpliendo con una de sus muchas obligaciones, a la conferencia vespertina que se celebraría —para poner de manifiesto la importancia del tema— en la sala oriental de las Old Schools. El tema era, en cierto modo, delicado. Se trataba de explicar en qué sentido Ernest Rutherford, que se hallaba en ese momento en Manchester, había entrado en desacuerdo con su antiguo profesor, J. J. Thompson, respecto a la estructura del

átomo —en caso de que fuera posible verla— y respecto a cuál sería su aspecto realmente. Rutherford no había podido asistir, pero envió desde Manchester a su ayudante personal, Hans Geiger y, como auxiliar de este, a un estudiante muy joven llamado Marsden.

—Yo no asistiré —le explicó el profesor Flowerdew—, pero le estaré muy agradecido si toma usted nota de todo lo que digan. No creo que repartan copias impresas de la charla. Rutherford ha propuesto un átomo nuclear. No tiene nada de llamativo. Newton también lo propuso, aunque de ese modo infringiera sus propios principios. Rutherford, sin embargo, afirma poder demostrar que existe. Que este inobservable, compuesto a su vez por inobservables, dependiente de intercambios de energía sobre los que solo puede afirmar que no tiene ni idea de cuándo ni por qué se producen, existe, y que debemos aceptarlo como la unidad indivisible de la materia.

Fred solo quería estar a solas, pero dijo:

—Debería venir, profesor.

—No, Fairly, podría acarrearle la ruina. Imagínese que preguntara: «¿Cómo puede lo inobservable ser indivisible?»... O incluso divisible, porque eso también, me temo, se propondrá en breve.

—Iré a ver qué dicen. No sé cuánto durará.

—No importa lo largo que sea, pase a verme sin falta de regreso al *college*.

—¿Quiere que me quede a las preguntas?

Flowerdew dudó.

—No a muchas.

Había un asomo de debilidad en su voz, como cuando el otoño de Cambridge se deja sentir antes incluso de que caiga la primera hoja, cuando el viento de las tierras bajas pasa de frío a más frío. Flowerdew nunca cambiaría de parecer, no podía. No era que no apoyara el ordenado átomo de J. J. Thompson frente al incontrolable, insustancial y díscolo átomo de Rutherford. Para él, aquellos dos grandes intelectuales perseguían quimeras. A semejanza de Benedicto XIII, podía aceptar la derrota, pero nunca la reconocería como legítima, ni siquiera como respetable. Incluso estimaría necesario retraerse aún más en la reclusión. Tal vez llegase hasta a solicitar una plaza en Oxford, pero, si eso sucedía, no debía ser a costa del padecimiento de Fred Fairly, su principal ayudante después de tantos años y, en cierto modo, su última apuesta desesperada. Tenía que dar con alguna solución para que Fred Fairly siguiera en el St. Angelicus, libre de angustias y fatigas, durante el resto de su vida.

—¿No quiere comer algo antes de ir?

Fred había olvidado que, en aquel día de decepciones y pérdidas, no había tomado más que una taza de té y dos pastas.

—No, gracias, profesor.

—No llegará a la cena en el salón, me temo.

—Aun así, no, gracias.

—Bueno, entonces lo veré luego. Si me encuentra dormido, cosa bastante probable, ¿qué hará?

—Ya me preocuparé por eso llegado el momento —dijo Fred—. Puedo despertarlo tocando algo al piano.

—Pero suave, suave.

El profesor lo miró con mayor atención.

—Sí, no parece sentirse bien. Eso fue lo que dijo al llegar... ¿no? ¿Tiene usted problemas de dinero?

—Soy desdichado, profesor.

—Bueno, quizá no haya necesidad de que se quede a las preguntas. Vuelva de inmediato.

Antes de abandonar el hospital, Daisy preguntó si podía ver al doctor Sage. No, estaba ocupado con un paciente, o más bien con varios, inmerso en una especie de charla. Los pacientes le daban una charla al doctor, y puede que durara toda la noche.

—No importa —dijo—. Escribiré. Le escribiré una carta.

En cierto modo fue un alivio, porque detestaba dejar al doctor Sage. En Londres recetaba tratamientos temerarios, en Cambridge parecía menos cuerdo aún que sus pacientes, pero les aseguraba cuidado y confianza sin límites. Era, además, el último vínculo de Daisy con el hospital de Blackfriars, donde también habían confiado en ella. Al día siguiente, cuando leyera el *Cambridge Evening News*, el doctor averiguaría lo que ella había hecho, y no le resultaría difícil encontrar a otra chica que se ocupara de la plancha.

Fue en su bicicleta prestada a la casa de los Wrayburn. El señor Wrayburn había salido, pero la señora Wrayburn estaba sentada delante de un pequeño fuego, gozando de su soledad. A Daisy le habían enseñado a no quedarse en el umbral, dejando que entraran corrientes de aire, así que pasó y cerró tras ella. Apoyó la espalda contra la puerta para indicar que estaba a punto de irse.

—Adiós, señora Wrayburn. No puedo quedarme más en Cambridge; no después de lo que ha pasado en el juzgado.

—No, Daisy, me temo que no es posible...

—Esperaba que las cosas hubieran podido acabar de un modo diferente.

—Lo sé.

—¿Quién iba a imaginarse que fuera a aparecer Kelly de repente?

—Sí, ¿quién?

Daisy suspiró.

—He dejado la bicicleta y la llave de la puerta en su sitio. Me gustaría darle algo, una especie de recuerdo.

—No creo que vaya a olvidarte, Daisy. —Pero Daisy no cejó y se quitó el anillo de oro de la mano izquierda.

—Se ha ensanchado desde que estoy aquí.

—No lo ha hecho, Daisy. El anillo sigue teniendo el mismo tamaño. Lo estás personificando. Una debilidad de la lengua inglesa. Quieres decir que tú has adelgazado. Pero, en cualquier caso, no está bien que me lo regales. Es un anillo de boda.

—No lo creo, señora Wrayburn. Era de mi tía Ellie, y ella nunca se casó.

La señora Wrayburn tuvo la cortesía de aceptar el anillo. Se sentía agotada. Le sorprendió descubrir que Daisy había tenido una tía.

Daisy recogió sus escasas posesiones del ático. Su maleta seguía en la consigna de Liverpool Street. No había ido a sacarla de allí. Todo ese tiempo había confiado en su bolso, al que, como la mayoría de los vagabundos, había cobrado un cariño irracional. Cepillo, peine, corsé, agua de lavanda, pañuelos de bolsillo, libro de oraciones... Fieles compañeros, todos ellos, que ahora regresaban al bolso. Era un modelo Jemima, con laterales elásticos, que habían cedido con el uso.

En la carretera, con el sobrecargado Jemima, se sintió como si fuera a ahogar a una camada de gatos y hubiera cambiado de parecer en el último momento. La lluvia amenazaba con arreciar. En algún momento había tenido un paraguas bueno y robusto que ahora echaba en falta. Se lo prestó a una de las dos cocineras del hospital del doctor Sage, y a esas alturas detestaba reclamar cualquier cosa. Eliminaba de golpe cuanto había de bueno en el acto de prestar.

Cruzó la carretera y se quedó junto a la cuneta, a la espera de que pasara alguien que pudiera llevarla. Cuando era niña siempre soñaba con viajar, pero desperdiciar medio día en ir desde las afueras de Cambridge hasta Liverpool Street nada tenía que ver con ese anhelo. Al pensar en la estación, con su hedor a azufre y las filas de carteles azul oscuro, no pudo evitar romper a llorar. Llevaba horas a la espera de una buena llorera, como un borracho frente a la puerta de un bar. Lo había arruinado todo y le aterraba que, una vez en Londres, Kelly pudiera volver a dar con ella. En cualquier caso, no lloraba de miedo, sino por el dolor que le había causado a Fred.

Desde donde estaba, veía la luz del salón de los Wrayburn, justo enfrente de ella; la única luz que habría en toda la casa hasta que volviera el señor Wrayburn. Pero en la granja de los Turner, apartada de la carretera, cada ventana resplandecía, como si todas las luces estuvieran encendidas con motivo de alguna celebración. Le llegaron dos o tres gritos desde la casa y a continuación un crujido y un chapoteo. Como en un sueño que se repite una y otra vez, Daisy vio un caballo y un carro saliendo de la propiedad de los Turner. Podía ser el mismo carro, salvo que ahora iba bien iluminado con lámparas de petróleo. El vehículo salió a la carretera, dobló a la derecha y se detuvo frente a Daisy.

Conducía una mujer, envuelta como un fardo en un montón de mantas y lona impermeable. No dijo nada, así que Daisy cogió el bolso, se enjugó la cara con el dorso de la mano, apoyó el pie en el resbaladizo escalón de hierro, subió y ocupó el asiento del acompañante. Mientras el carro se mecía un poco y se estabilizaba de

nuevo, la mujer, sin emoción aparente, dijo:

—Voy a casa de mi hermana en Chesterton. Esta noche ya no soporto más a mi marido.

Al caballo no le gustaba demasiado salir de la casa cuando ya había oscurecido. La mujer lo arreó con fuerza y el animal meneó la cabeza, esparciendo gotas de lluvia que brillaron a la luz de la nueva lámpara delantera. Después inició un trote corto. Fue un viaje lento —todos les adelantaban—, pero no por ello tranquilo. El carro, como un barco en el mar, cabeceaba y se balanceaba, y un radio flojo en una rueda producía un rechinar intermitente. Además, se escuchaban los crujidos de la collera y de los tiros y los resoplidos del caballo, como una protesta que le salía de muy dentro, mientras los cascos emitían su tañido rítmico y hueco, una y otra vez. Aquella incomodidad pacífica, ruidosa, familiar y monótona aislaba al animal de todas las demás personas y vehículos de la carretera.

Daisy supo por las farolas que ya estaban en Chesterton Road, donde esperaba tomar un autobús a la estación. El movimiento la había adormecido, pero se volvió al fardo de mantas y lona que estaba a su lado.

—Si es tan amable de frenar un poco, me apearé. Le agradezco mucho que me haya recogido. No sé qué habría hecho si no.

—Parecía perdida, por eso paré.

Daisy vaciló.

—No sabe quién soy.

—Sí lo sé —dijo la señora Turner.

Mientras la luz trasera del carro se alejaba, a su lento paso, Daisy esperó en la parada de autobús de Chesterton Lane, de espaldas al viento que llegaba de las tierras bajas y que soplaba ahora con mayor fuerza, hiriendo como la punta de un cuchillo más que como el filo. La lluvia había cesado. No aparecía ningún autobús, ni el urbano ni el del Hotel Bull, que pasaba cada hora. Daisy sacó su reloj de enfermera del bolsillo del abrigo. Eran más de las ocho. Debían de haber dejado de circular. Había perdido el último. Echó a andar hacia la estación, tratando de concentrarse en encontrar el camino más corto. Los remordimientos, como es su costumbre, habían esperado pacientemente a que su mente se aclarara, y ahora aprovechaban la mejor oportunidad para atacar, apabullantes, por todos los flancos.

Cruzó el río y dobló a la izquierda en Jesus Lane. Fue un error: tendría que haber girado a la derecha en algún sitio para volver a St. Andrews Street. Ese camino apenas iluminado al pie de un antiguo muro de piedra no le sonaba de nada. Nunca había estado allí. Demasiado pequeño para un *college*. Tal vez fuera una prisión.

Cuando un sitio parece prohibido, siempre se busca, irreflexivamente, una forma de colarse en él. Pocos metros más adelante, se topó con una puerta tan estrecha como una grieta de buen tamaño, abierta de par en par. No se sorprendió, aunque lo normal era que un lugar así se cerrase en cuanto anocheciera. De todas formas, ella era una de las pocas personas en Cambridge a las que aquello no les llamaba en

absoluto la atención.

Aunque sí había algo cierto: todas habrían mirado dentro. Daisy vio un pasaje abovedado, no mucho más ancho que la puerta, y, más allá, una extensión de hierba y las ramas de un árbol. Una luz débil se filtraba a través del techo del pasaje y de las hojas del árbol. Pensó que, a pesar de todo, debía de ser un *college*, aunque nunca había estado en ninguno y tampoco tenía la menor intención de entrar en aquel.

Fue entonces cuando escuchó un grito débil, un grito humano de angustia. Sin pensárselo dos veces, atravesó el pasaje. Al final, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el árbol de gran tamaño cuyas hojas se mecían suavemente, encontró a un anciano. Daisy se arrodilló a su lado y dejó el bolso empapado en la hierba. No estaba borracho, pero el pobre hombre era ciego. Pulso lento, sudor frío, solo eso, nada grave, un síncope sin importancia. Lo rodeó con sus brazos y, sin tirar bruscamente de él, como si fuera lo más fácil del mundo, lo tendió sobre el suelo. En cuanto su cabeza quedó a la misma altura que su corazón, se revolvió y pudo hablar.

—¡La puerta!

Daisy supuso que una inesperada corriente de aire frío procedente del pasaje le habría provocado el ataque. A veces basta muy poca cosa para causar una bajada de tensión en las arterias cerebrales. Ella le tomó la mano.

—No hay nada de lo que preocuparse.

Unos hombres, también con togas, salieron de la capilla iluminada que había enfrente. Desafortunadamente, no parecían muy resueltos. Al ver a Daisy empezaron a lanzar gritos de consternación. Uno de ellos parecía presa de una especie de terror animal.

—¡Ya basta, así no ayudan! —les reprendió ella enérgicamente—. No lo muevan todavía. No le den nada de comer ni de beber. Manténganlo abrigado y llamen al médico.

Se levantó, sacudiéndose la falda. El paciente no quería soltarle la mano, pero Daisy, acostumbrada a esos lances, se zafó con suavidad. Con una voz débil pero clara, él dijo:

—No, no puede ser...

Daisy recogió el bolso y, dando la espalda al desconsolado grupo, salió por donde había entrado y cerró la puerta tras ella, lo que fue mucho más fácil de lo que cabría imaginar. El pestillo volvió a su lugar con un golpe seco.

Debía de haber estado dentro cinco minutos, no mucho más. Aquel pequeño retraso, sin embargo, hizo que se encontrara con Fred Fairly, que regresaba sin prisa al St. Angelicus.



Dig dic 2017



PENELOPE FITZGERALD (Lincoln, Reino Unido, 1916 - Londres, Reino Unido, 2000). De soltera se apellidaba Knox. Era la hija del editor de *Punch*, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y novelista Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. Fue educada en caros colegios de Oxford. Durante la segunda guerra mundial trabajó para la BBC. En 1941 se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés, con el que tuvo tres hijos. Durante algunos años vivió en una casa flotante en el Támesis.

Autora tardía, Penelope Fitzgerald publicó su primer libro en 1975, a los cincuenta y ocho años, una biografía del pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones. En 1977 publicó su primera novela, *The Golden Child*, una historia cómica de misterio ambientada en el mundo de los museos. A lo largo de los siguientes cinco años publicó cuatro novelas vagamente autobiográficas, que la consagraron como una de las figuras más importantes de la nueva narrativa inglesa, comparable a Iris Murdoch o A. S. Byatt. Con *La librería* (1978) fue finalista del Booker Prize, premio que finalmente consiguió con su siguiente novela, *A la deriva*. Siguió con *Human Voices* (1980) y *At Freddie's* (1982). En este punto, Fitzgerald declaró que ya estaba cansada de escribir sobre su propia vida, y se decantó por la novela que desvelaba hechos y acontecimientos del pasado, desde un punto de vista histórico. La primera de ellas sería *Inocencia* (1986), desarrollada en la Italia de los años 50 y que narraba la historia de amor entre la hija de un aristócrata arruinado y un médico comunista. En 1988 publicó *El comienzo de la primavera*, que tiene lugar en el Moscú de 1913, protagonizada por un pequeño impresor inglés perdido en los albores de la

Revolución rusa. Siguió *La puerta de los ángeles* (1990) y *La flor azul*, centrada en la vida del poeta alemán Novalis. Penelope Fitzgerald murió en Londres en abril del año 2000.

Notas

[1] Traducida al castellano como *A la deriva* (Mondadori, 2000). (*Nota de los editores.*) <<

[2] «El pensamiento reside en la sangre que circunda el corazón», Empédocles. (*Esta nota y todas las siguientes son del traductor.*) <<

[3] Así en el original. <<

[4] Los Laboratorios Cavendish son el Departamento de Física de la Universidad de Cambridge. Meca mundial de esta ciencia son conocidos por ser el lugar donde en 1807 se descubrió el electrón. 29 de los investigadores de estos laboratorios han ganado el Premio Nobel. <<

[5] En el original: *combination room*, sala donde se reúnen representantes de los alumnos y del profesorado para tratar temas organizativos del *college*. Suele haber una para los alumnos de pregrado, otra para los de posgrado y una tercera para los profesores. <<

[6] Womens Social and Political Union, principal asociación a favor del sufragio femenino en Gran Bretaña. <<

[7] Cita de *The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature*, de William James. <<

[8] Sábana que se utiliza en los hospitales para dar la vuelta a los pacientes impedidos.

<<